



ANTOLOGÍA
RELATA 2012





ANTOLOGÍA RELATA

Cuento, poesía y teatro

2012

Red de Escritura Creativa

Selección, edición y presentación
Miguel Ángel Manrique



Antología RELATA 2012 / María Victoria Acevedo ... [et al.] ; selección,
edición de textos y presentación Miguel Ángel Manrique. --
Medellín : Sílabas Editores : Red de Escritura Creativa, RELATA : Ministerio de Cultura, 2012.
p. 230; 22 cm.
I. Poesía colombiana - Colecciones I. Acevedo, María Victoria
II. Manrique, Miguel Ángel.
Co861.6 cd 21 ed.
A1375262

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

ANTOLOGÍA RELATA 2012

Red de Escritura Creativa

MINISTERIO DE CULTURA

MINISTRA

Mariana Garcés Córdoba

VICEMINISTRA

María Claudia López

SECRETARIO GENERAL

Enzo Rafael Ariza

DIRECTORA DE ARTES

Guiomar Acevedo Gómez

GRUPO DE LITERATURA Y LIBRO

María Acosta

Francisco Rozo

Carlos Cóbbita

ISBN 978-958-8794-01-3

© Varios autores

© Ministerio de Cultura, República de Colombia

RELATA www.mincultura.gov.co

redrelata@mincultura.gov.co

© Sílabas Editores

Primera edición: Noviembre de 2012, Medellín

EDICIÓN DE TEXTOS Y PRESENTACIÓN

Miguel Ángel Manrique

EDICIÓN Y DISEÑO FINAL

Sílabas Editores

CONCEPTO GRÁFICO DE LA COLECCIÓN

Tangramagráfica

Distribución y ventas: Sílabas Editores

Carrera 25A No 38D sur-04. Medellín, Colombia.

www.silaba.com.co / silabaeditores@gmail.com

Printed and made in Colombia / Impreso y hecho en Colombia por Editorial Artes y Letras,
Medellín.

Prohibida, la reproducción total o parcial de esta obra sin la autorización escrita de los
editores y propietarios del copyright.



MinCultura
Ministerio de Cultura

PROSPERIDAD
PARA TODOS



Sílabas

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

UNA HISTORIA REDONDA: LA ESCRITURA CREATIVA
EN DIEZ CAPÍTULOOS

Miguel Ángel Manrique 11

CUENTO

UN PAR DE HUEVOS 23
Claudia Lama Andonie

FINAL DE RUTA 26
Leonardo José Berdella Guzmán

A LAS SEIS 30
Frank Mauricio Durán

EL SAPO 36
Jorge Isaac Toledo Ramírez

LAS VACAS LOCAS 41
Yamid Torres Rodríguez

LA OFENSA DEL *ALIJUNA* 45
Beatriz Maestre Rocha

EL ROBO 51
Ana María Castro Vives

COBARDES COMO TÚ 57
Aura María Mena de la Cruz

MARIANA 59
Leonardo Gómez Marín

VEINTICINCO PALABRAS 67
Diego Valbuena

LA RISA DEL BURRO	69
María Victoria Acevedo Ardila	
SIN GASOLINA DE REGRESO	71
Jhon Walter Torres Meza	
AL FINAL DE LA CURVA	77
Norwell Calderón Rojas	
ASCO	81
Alexandra Walter Londoño	
ESPACIO Y TIEMPO	84
Sergio Augusto Sánchez Murillo	
LA VISITA DE LA CIGÜEÑA	88
Michael Andrés Cabrera Calderón	
DEL LIBRO DE LAS REVELACIONES	90
Mónica Paola Siabato Benavides	
NO IMPORTA, SÉDALO	93
Andrés Rodrigo López Martínez	
MÁTAME DE PASIÓN	96
Álvaro Méndez Pérez	
EL INDIO Y EL NEGRO VS. ESPAÑOLADA Y BLANCOLO	98
Over de Jesús Córdoba Rentería	
LA GRAN RATA	112
Carlos Wilfrido Neme Monroy	
YESIKA	114
Blanca Ligia Suárez Ochoa	
HIT ME	120
Carlos Barros	
CARTA JUGADA	128
Javier Rosero Calderón	
RECUERDOS PERDIDOS	133
Alejandra Tenchi Lugo	

SEGUNDAS INTENCIONES Cecilia Pedroza Bello	136
CARNAVAL Rita Salamanca	142
63 DÍAS HÁBILES Alejandra Pacheco Estupiñán	145
LA OSCURA VANIDAD Carlos Andrés López Franco	149
CUANDO TÍO BEN ESTÁ DEBAJO José Andrés Ardila Acevedo	156
CAFÉ DE ANIVERSARIO Leonardo Fabio Arias Arias	165
MOÑA IMPERIAL Sandra Patricia Palacios Rojas	167
NOS CAMBIÓ LA VIDA Hilda Isabel Lubo Gutiérrez	172
POESÍA	
BALANCE DEL DESTIEMPO Carlos Valverde Nallar	183
FULGOR DEL ABISMO Lucy Esther López Panza	186
PÁJARO Felipe García Quintero	187
DANCER IN BLUE Yovany A. Piedrahita C.	188
VIENTO Y OTROS POEMAS Alexander Noreña Agudelo	190
MI REINO María Cecilia Muñoz	195

TEATRO

CON LA ESPALDA SIEMPRE RECTA 199
Carlos Alberto Molano Monsalve

LA MUELA 208
Eugenio Gómez Borrero

AUTORES Y TALLERES

SOBRE LOS AUTORES 215

TALLERES RELATA 2012 223

NOTA BIBLIOGRÁFICA 229



PRESENTACIÓN



UNA HISTORIA REDONDA: LA ESCRITURA CREATIVA EN DIEZ CAPÍTULOS

Miguel Ángel Manrique



Amable lector: la *Antología Relata 2012* del Ministerio de Cultura resume la experiencia de escritura de los mejores cuentos, poemas y obras de teatro creadas en los talleres vinculados al programa Relata. En los siguientes diez breves capítulos comparto el ejercicio estimulante de la edición salpicado de comentarios y discusiones que surgieron durante el proceso. Antes que nada, celebro el entusiasmo de los 41 escritores que trabajaron cuidadosamente en sus escritos y se dedicaron a mejorarlos.

I La escritura

Escribir literatura es como fabricar sueños: se trata de un oficio inacabado que duramos aprendiendo y perfeccionando a lo largo de la vida. Hay que aclarar, además, que un escritor es alguien que tiene por oficio soñar. La escritura viene inmediatamente después.

II La escritura creativa

En el capítulo uno de *Confesiones de un joven novelista*, Umberto Eco se preguntaba por la diferencia entre un escritor creativo y uno científico o filosófico. “Nunca he entendido –afirmó– por qué a Homero se le considera un escritor creativo y a Platón no”. Eco resolvió la cuestión explicando cómo la diferencia residía “más bien en las formas opuestas en que los escritores reaccionan a las interpretaciones de sus textos”.

Un escritor creativo tiende a respetar la interpretación que los lectores hacen de su obra, por más descabellada que parezca. En cambio, un escritor científico o teórico puede aceptar o refutar lo que un lector afirma sobre sus textos científicos o filosóficos, “porque en un ensayo teórico, normalmente uno pretende demostrar una tesis determinada o dar una respuesta a un problema concreto, mientras que en un poema o en una novela, lo que uno procura es representar la vida con todas sus contradicciones”. En otras palabras, los escritores de ficción no aspiramos a demostrar teorías, simplemente dejamos en el papel nuestras vidas.

III Los talleres

Por lo general, un taller es un lugar de aprendizaje en donde las personas se congregan alrededor de un maestro que les transfiere los saberes que domina (ya sean de cerámica, encuadernación o escritura). Quien orienta un taller conoce la historia de su oficio, las técnicas, las herramientas, los errores y los secretos que enseña a sus aprendices. En un taller de escritura creativa los materiales de trabajo son el lenguaje y las formas literarias que este adquiere.

En el capítulo II del libro *Para ser novelista*, “Los estudios y la formación del escritor”, John Gardner sugiere varias cosas importantes que se dan en un taller de escritura creativa: tienen la virtud de congregarse a las personas interesadas en la escritura creativa y

permiten compartir la emoción de las personas que comienzan a escribir. Se reciben tanto elogios como críticas. En ellos, las personas que escriben no solo dejan de creerse anormales, sino que se sienten virtuosas y privilegiadas. Casi todos los grandes escritores han estado relacionados con alguna dinastía literaria. Así que en un taller, las personas que asisten crean una comunidad de lectores. Los asistentes se benefician de los estudiantes más brillantes, de los cuales se aprende. Una singularidad del taller es que no hay teorías en las que basar la enseñanza práctica. Quizá el gran peligro del que debe guardarse quien asiste a un buen taller de escritura creativa es la posibilidad de que los conocimientos teóricos y técnicos que se adquieran le resten personalidad y predisposición a arriesgarse. Un taller de escritura creativa debe tener criterios de calidad literaria y establecer un diálogo crítico entre sus integrantes.

No podría estar más de acuerdo. Indudablemente, los talleres de escritura creativa son espacios significativos de aprendizaje del oficio de escritor.

IV Los autores

Jorge Herralde dice que “una de las dificultades mayores de la práctica editorial estriba en el complicado manejo del ego de los autores, un ego obligado y en expansión acelerada en consonancia con sus éxitos”. Sin embargo, en esta antología los egos literarios fueron moderados. Cuando supieron que iban a ser publicados, los autores manifestaron más bien sus dudas, su gratitud y sus emociones:

“Agradezco mucho esta oportunidad que me da Relata de mejorar mi texto y de reconocer las debilidades de mi escritura. Estoy muy interesada y dispuesta a participar en este proceso de aprendizaje”.

“Mi pregunta es la siguiente: ¿los textos ganadores también deben ser reenviados?”.

“Es un gran honor y un estímulo personal participar como autora en la publicación de la Antología Relata 2012”.

Como escritor y editor puedo decir que me satisfacen más las emociones de los autores que sus egos.

V El proceso de la escritura

El proceso de la escritura pasa por momentos y etapas. Un primer momento individual, solitario, creativo, que es el del autor consigo mismo. Otro momento colectivo, social, que es el del autor en comunicación con sus primeros lectores, con el director del taller y con el editor. Luego de publicada, la historia o el poema ya no nos pertenece. Le pertenece a los lectores.

Resumo a continuación el proceso de escritura que concibo: i) la escritura del cuento o el poema, ii) su maduración dentro de un cajón, iii) la revisión y corrección, iv) la reescritura, v) la edición, vi) la corrección de estilo y vii) la publicación.

En una de las etapas del proceso se les sugiere a los autores revisar y corregir la falta de concordancia, las palabras que no pertenecen al español ni se encuentran en el diccionario, la falta de cohesión y de coherencia, las palabras mal utilizadas o poco precisas, las frases que suenan mal, los gerundios mal usados, las frases retóricas, las frases rebuscadas o recargadas, los lugares comunes, las frases hechas, la ausencia o exceso de tildes, la mala estructura de los diálogos, los nombres y escenas inverosímiles e inadecuadas, los títulos poco sugerentes o tontos, las lagunas en la historia, las asperezas, la débil caracterización de los personajes, la falta de ritmo, la ausencia de imaginación, la pobreza del lenguaje, los experimentos inútiles, los juegos vacuos, la falta de honestidad, los excesos barrocos, las sensiblerías y vaguedades.

En todo caso, la última palabra la tiene el escritor.

VI La edición

En esta antología, los cuentos fueron las formas literarias más presentes, seguidas por los poemas y las obras de teatro. Sin duda, en los talleres de escritura creativa colombianos se forman más cuentistas que poetas o dramaturgos. Por eso, durante el proceso de edición el tipo de comentarios más comunes fue sobre asuntos narrativos.

EL AUTOR:

“He enumerado los párrafos y subrayado en amarillo los ajustes que deben hacerse. La sugerencia de separar los diálogos de la narración no es necesaria debido a que está justificada al inicio del cuento, ya que hace parte del estilo de la narración. No es una falsa vanguardia o una licencia artística que quiera imponer. Hay varios ejemplos de esto en muchas obras. Autores como Hubert Selby Jr., Rubem Fonseca, José Saramago, lo han hecho. Cormac McCarthy dijo alguna vez que los libros se sustentan en otros libros. Creo que uno como autor debe saquear de todos los autores que lo puedan ayudar a narrar mejor. Por eso mi estilo, el estilo de los diálogos, está ejecutado de esa forma. Quiero que el lector conozca el Open Mic, técnica del hip hop para improvisar, de Albeiro Mourning. Quiero que todo sea en línea recta. Sin guiones, comillas, etcétera. Me han gustado las cursivas para la jerga. Es una corrección muy acertada. Muchas gracias por su labor editorial”.

Como se advierte, en el proceso de escritura algunos autores ya tienen clara su poética.

VII Una historia redonda

Son frecuentes, en el diálogo referido a la creación, las metáforas. Aunque también pueden ser comunes las frases descarnadas y directas que usaba, por ejemplo, Italo Calvino, que era un editor

irónico y severo: “¿Por qué escribes ‘la aldea era un rebaño de casas que tocaba el cielo’? ¿Por qué escribes que la chica ‘tenía un perfume selvático’? ¿Todavía crees en estas cosas? ¿Por Dios, si me dan ganas de romperte la cara!”.

Al editar y corregir los textos de la antología la mayoría de las veces se estableció un diálogo más amable entre el autor y el editor:

EL AUTOR:

“Estimado editor: usted me dice que mi cuento es una historia redonda. Que revise de nuevo la estructura, las frases, para ver si puedo mejorar el estilo. Aunque luego de escribirlo he considerado variar palabras en algunas frases (o su orden), no sé qué debo buscar en el estilo o en la estructura”.

EL EDITOR:

Estimado autor: el estilo es el modo complicado de escribir que un escritor desarrolla, durante el ejercicio constante y reflexivo de la escritura, para decir las cosas más sencillas. Pero también puede ser “un modo muy simple de decir cosas complicadas”. El estilo es un resultado que se manifiesta en la forma como el escritor inicia o termina una historia, o hila las frases, en la manera personal de construir los diálogos, en el uso excesivo o económico del lenguaje, en el tono con el que narra, en el ritmo que logra su prosa, en fin, es esa voz íntima que nos permite a los lectores reconocerlo y diferenciarlo de otros escritores. Con el tiempo irá formando su estilo, pero lograrlo exige mucha lectura y dedicación a la escritura. Pulir significa dudar de lo escrito: cuando el escritor no está satisfecho con la estructura de cierta frase, la elabora mil veces hasta lograrla; o cuando no encuentra el término preciso para expresar cierta realidad, lo busca hasta dar con él. No le puedo dar fórmulas ni decirle qué hacer: usted lo irá descubriendo.

EL AUTOR:

“En las primeras correcciones enviaste mi cuento con algunas correcciones las cuales acaté, creí entender y llevé a cabo. Tú me decías que revisara el estilo, que por lo demás la historia era REDONDA y estaba bien escrita. Verás, aunque escribo ya hace algún tiempo,

este espacio de correcciones y demás es nuevo para mí. En primera medida quedé desconcertado con la palabra REDONDA”.

EL EDITOR:

Estimado autor: aunque no existe una definición de “historia redonda”, permítame recurrir a la lingüística para intentar darle una explicación satisfactoria: una de las propiedades de un texto es la unidad, esto es, la articulación coherente y cohesionada de las distintas partes que lo componen. Pues bien, decir que una “historia es redonda” es explicar, usando una metáfora vulgar, que un cuento tiene unidad; que existe cierta armonía verificable entre sus distintas partes. Aristóteles hablaba en su *Poética* de inicio, medio y final: una narración a la que no le falta ni le sobra ninguna de sus partes, que está completa, que no está coja, que conserva un equilibrio narrativo tanto en la composición estructural como en la caracterización de los personajes.

En resumidas cuentas, estimado autor, si su historia es redonda tiene valores narrativos y quizás literarios (no sé si comerciales) que la hacen publicable. Le recuerdo que no ejerzo como crítico literario, sino como editor.

VIII Sensibilidad y oficio

El diálogo crítico entre el autor y el editor requiere de sensibilidad y oficio. De esta forma, el editor reacciona ante una frase bien lograda, se regodea con los aciertos del autor, se alegra de la trama o se entristece por la elección de las palabras y por detalles aparentemente nimios.

EL AUTOR:

“Pude modificar algunas cosas en los diálogos y los puntos que usted me marcó con amarillo, además de mejorar el tema de los signos de puntuación, pero me preocupa la forma de hablar de los personajes”.

EL EDITOR:

“Me alegra que esté revisando su cuento. Es lo más importante, pulir, pulir y pulir. La forma de hablar de los personajes de las comunidades afro o indígena no tiene por qué diferenciarse en la fuente. Sugiero usar la misma para todos. De hecho al hacer cambios fonéticos ya está indicando que es diferente. El lector tendrá que darse cuenta de esto”.

EL AUTOR:

“Tengo una pregunta: no sé qué debo hacer con los guiones que señala de color rojo, si son cortos en vez de largos, la corrección no lo especifica”.

EL EDITOR:

“Los guiones de diálogo generalmente son largos”.

LA EDITORA:

“Hemos empezado la revisión de los textos y quiero comentarte un asunto sobre los guiones. En el archivo final que me enviaste los guiones de diálogo aparecen largos y resulta que en el *Manual de identidad gráfica* aparecen en tamaño mediano, lo mismo en la *Antología Relata 2011*. Entonces creo que vamos a tener que cambiarlos”.

EL EDITOR:

“Creí que los guiones de diálogo eran largos y no medianos. Por eso, consideré que el manual que dicta la pauta estaba errado, supuse que los guiones medianos eran como paréntesis. Además, me parecían feos y antiestéticos para indicar el diálogo. En todo caso, la decisión que tomes está bien para mí”.

EL AUTOR:

“La música que usted manifestó debía hallar en mis poemas creo que representa la máxima expresión de la poesía y con estos ejercicios inicio apenas la búsqueda de eso que llamo el artista”.

EL EDITOR:

“Encontraré esa música en sus poemas”.

Aunque no siempre es fácil resolver las inquietudes que surgen del proceso de escritura.

IX La publicación

Para elaborar esta antología se tuvieron en cuenta los mejores textos literarios de los autores vinculados a los 58 talleres de escritura creativa de todo el país adscritos a la Red de Escritura Creativa-RELATA del Ministerio de Cultura. Se publicaron 33 autores de cuento, 6 autores de poesía y 2 autores de teatro, que conforman la *Antología Relata 2012*.

Dice una autora:

“La verdad es que en este punto las palabras se quedan cortas frente a la propuesta. Es tan maravilloso ver todos los textos corregidos y presentados con estilo y estética, que uno se quedaría corto con cualquier comentario. Tengo una pregunta: ¿la antología lleva ilustraciones?”

Aunque la antología no lleva ilustraciones, no puedo estar más contento con el resultado.

X El lector

En un país con pocos lectores de literatura y con pocos lectores en general (1,64 libros por persona en 2005; 1,82 en 2007; 1,93 en 2008; y 2,2 en 2011), publicar otro libro suena paradójico. No obstante, la esperanza en los libros como extensiones de la imaginación y la memoria, y en la literatura como una forma de arte, conocimiento y entretenimiento, debe seguir manteniéndose en un país necesitado de Historia e historias.

Ojalá, como dice Borges, sea usted el lector de estos ejercicios. Cabe recordar, sin embargo, que un lector de literatura es solo un lector de sueños producidos en una fábrica al borde de la bancarrota.



CUENTO



UN PAR DE HUEVOS

Claudia Lama Andonie



Terminando de organizar los ingredientes, notó que faltaba un par de huevos. Fue como si le pringara salsa de tomate en una camisa nueva. Se cambió y salió rumbo a la tienda. De camino, admiró lo bonita que estaba la mañana, soplaban una brisa fresca y el cielo estaba despejado. Escuchó el gorjear de un pájaro, el grito cantado de un vendedor ambulante a lo lejos y el ronroneo de los motores. No encontró motivo para quejarse y se sintió más tranquila; sin embargo, siguió andando rápido, debía tener todo listo a las doce y media. En la esquina, evitó una pila de escombros puesta sobre la acera y giró a mano derecha. De nuevo en el andén, un almendro grande le hizo sombra. Observó sus ramas firmes y los hilillos de luz colándose entre las hojas. Pensó que todo estaría bien.

En la tienda quedaban unos cuantos huevos, pero estaban rotos, así que el dependiente, el de siempre, el del apurado “en qué le puedo servir” y el silencio después del gracias, le indicó que podía conseguirlos en la panadería de enfrente. Le molestó la idea de cruzar la calle, de perder más tiempo. Ahora podía quejarse del tráfico y de que no hubiera un par de huevos buenos en la tienda, pero no lo hizo y cruzó.

Llegando a la panadería vio en el suelo, recostado tras una reja, un bulto de harina abierto, *al alcance de cualquier rata*. Al lado del bulto vio a un muchacho sudoroso extendiendo masa con un rodillo de madera y, al fondo, una nevera panorámica oxidada y atiborrada de mantecas y salsas. Meneando la cabeza recordó lo que había aprendido en los cursos de manipulación de alimentos. Desde que se había mudado un par de meses atrás evitaba comprar allí. Entró al local por una puerta contigua. Detrás de un refrigerador que exhibía quesos y embutidos, había un muchacho al que le pidió los huevos. Echó un vistazo a las vitrinas del pan, a esa hora estaban casi vacías. El muchacho le entregó los huevos en una bolsa transparente. *Son 600, mamita*; le dijo una señora gruesa y blanca que estaba sentada en la caja, frente al refrigerador. Pagó y salió. El “mamita” le quedó fastidiando como una mosca zumbándole en la cara.

Mientras observaba pasar los carros, esperando para cruzar de nuevo la calle, se le ocurrió preguntarse qué sucedería si por alguna locura, creyera que lo correcto es cruzar cuando pasan más carros. Se imaginó en medio de un caos de insultos y frenazos, muy confundida, sin saber qué hacer ante la mirada acusadora de todos, preguntándose qué había hecho mal. Sacudió aquel pensamiento, se recriminó a sí misma por pensar en idioteces, agarró bien los huevos y cruzó.

Al pasar de nuevo por la obra en construcción de la esquina sintió de pronto mucha inquietud. Bajó a la calle esquivando los escombros con la necesidad apremiante de esconder la bolsa contra el costado de su cuerpo opuesto a la mirada de los albañiles. Verla con un par de huevos en la mano podría hacerles creer que les insinuaba ciertas cosas. Esperó alguna mirada inapropiada, algún piropo, alguna insinuación, pero los hombres se ocupaban de su trabajo sin fijarse en ella. Recordó a Jaime. Al menos él se había fijado en ella. Se preguntó si habría sido por eso que se interesó en él.

Antes no tenía que salir tanto, cuando necesitaba algo llamaba al expendio de la 50 y Jaime le traía el encargo. Allí vendían casi todo lo que ella necesitaba, era un local grande y bien organizado. Recordó la primera vez que entró, el color vivo de las verduras, los tarros bien ordenados en los estantes, los productos nuevos, el aroma arrebatador de las hierbas y los condimentos. Al principio él

le había resultado indiferente, pero poco a poco se la fue ganando con su interés, *qué cocina que huele tan rico*, hasta el punto que ella terminó dándole a probar sus platos. Le encantaba que él no se midiera en halagos. Ahora vivía lejos, había tenido que conseguir nuevos clientes y a duras penas le alcanzaba el dinero para vivir y mandar algo a su madre en el pueblo. No quería volver a saber de aquel lugar. Un carro pasó muy cerca de ella. Subió de nuevo a la acera maldiciendo en silencio al conductor.

El “mamita” volvió a zumbarle en el oído. Recordó el aliento alcohólico y ácido de Jaime en aquel bar oscuro y ruidoso al que la llevó la vez que aceptó salir con él, acercándose cada vez más, dándole pellizquitos en la cara con los ojos entornados, insistiéndole que bebiera más, diciéndole las mismas palabras que ya estaba cansada de oír. En la vida real, se dijo con frialdad, no pasa como en los sueños. En qué momento había comenzado a soñarse entrando del brazo de Jaime al expendio, ganándose el respeto de su suegra, recibiendo la bienvenida a la familia que además le otorgaba un lugar detrás del mostrador. Soñaba montar su propio restaurante con el apoyo de Jaime y ser feliz al fin. Dio un tumbó en la acera, pero logró mantener el equilibrio, no había testigos, nadie vio nada. Miró que los huevos estuvieran bien y siguió caminando. Se preguntó por qué aquella noche le contestaba “no sé” cuando le preguntaba cosas, que si iría a bailar con él la semana entrante, no sé, que si le gustaba aquel lugar, no sé, cuando a esas alturas ya se había dado cuenta de que era más de lo mismo y de que no tenía caso perder el tiempo. Que si *ven mamita, vámonos para otro lado*. Él quizás había imaginado que ella contestaría otra cosa, pero le dijo con cara de aburrimiento que estaba cansada, que por favor la llevara a su casa, que otro día, ¿por qué le dijo que otro día? No imaginó ni en sueños que aquel hombre, que se había mostrado antes tan amable, siguiera insistiendo por el camino, tirándola del brazo. Que aquel muchacho que creyó tan buena gente, de pronto parqueara la moto en un lugar oscuro cerca de su casa, la jalara por la camisa, la atenazara fuerte y comenzara a besarla a la fuerza, a lamerle la cara, a restregarse contra ella. Luchó por quitárselo de encima, cerró las piernas con todas sus fuerzas. Ante su puerta, la estremeció el sonido de los huevos quebrándose en el piso. Miró la bolsa con estupor. La clara comenzaba a asomar y ya no supo qué hacer.

FINAL DE RUTA

Leonardo José Berdella Guzmán



Salimos, y por primera vez, Paula no se oculta. Los vidrios polarizados parecen ofrecerle la seguridad que mis palabras jamás le dieron. Aunque hace mucho que no le digo nada. Simplemente dejó de importarme.

El carro parece flotar sobre el pavimento. Su olor a nuevo se desprende de todas partes y sube desde el volante hasta mis manos. En su tablero hay tantos instrumentos que bien podría durar todo el día manipulándolos y no encontraría nunca lo que busco. Casi siento que el acto de conducirlo es un mero accesorio. Me hundo en el espaldar del asiento y lo dejo correr, veloz como el humo de un cigarrillo que escapa de los pulmones en una sola bocanada.

¿Ves? Ya te fuiste de nuevo. Jamás te quedas conmigo... ¿Por qué nunca te quedas?

La voz de Paula es como un despertador que suena en la madrugada. Es peor cuando se irrita. Y en este momento, parece haber estado sonando desde hace un buen rato, aunque yo no haya captado sonido alguno. Pero tiene razón, siempre me marchó, sin importar a dónde. Nunca me gusta quedarme. Con algunas, me voy incluso antes de haber llegado.

¿Me estás escuchando?

Una vibración empieza a surgir desde la parte baja del vehículo. El chasis tiembla y siento que se altera el contenido de mi estómago. Una sensación parecida a la de hace un instante, cuando Paula me hincaba los dientes en el hombro, mientras yo empezaba a acelerar. Una breve parada en pits, como las llamo para que ella se muera de risa. Me encanta el sudor que Paula acumula durante las clases, aunque hoy casi no se haya notado, pues en este carro, todo, incluyendo el aire, está perfectamente acondicionado. Aún no entiendo por qué cambió el anterior. Era nuestro, aunque sus vidrios fueran translúcidos y su modelo fuera viejo, y solo por ratos ocupara el asiento del conductor. Quizá la mejor explicación de este cambio es “porque ella puede hacerlo”. A mí, por el contrario, siempre me resulta más difícil cambiar.

¿Sabes lo que me cuesta todo esto?, y aun así nunca te quedas. ¿Tienes idea de lo difícil que es?

Tal vez lo que le molesta es la velocidad. Por la mañana, en la ida hacia el colegio, Paula condujo con excesivo cuidado, como si fuera ella quien llevara el carro auestas. Imagino a su papito instruyéndola después de la compra, pues de ese modo conduce él, sufriendo por cada hueco en la carretera, como si lo nuevo nunca se fuera a depreciar. Así que aprieto más el acelerador y empiezo a zigzaguar para aminorar la vibración. Paula abre enormemente sus ojos hacia mí.

No te importa nada de esto, ¿cierto? Ahora ya tienes otra excusa para ignorarlo.

Ciento diez, ciento veinticinco, ciento cuarenta. Me empeño en demostrar que los números de tres cifras dibujados a la derecha del velocímetro no son mera decoración. Solo el cinturón de seguridad me mantiene en mi posición, pero Paula nunca lo usa y comienza a flotar. Con esta aceleración la gravedad de las cosas empieza a convertirse en un dato intrascendente. Su falda también empieza a elevarse y me muestra la tersa blancura de sus muslos, casi luminosa sobre la oscura tapicería. Paula siempre se los acaricia con la misma lentitud que emplea mi mirada en recorrerlos. Creo que todo esto empezó por esos muslos, que ahora comienzan a abrirse otra vez ante mis ojos.

Ya no puedo mirarla de frente... ella lo sabe, estoy segura... no entiendo cómo tú no lo notas, cómo haces para ignorarla.

Sus quejas me llegan a pedazos, como cada trozo de paisaje que se precipita sobre el carro y se pierde por los retrovisores. Mirarla de frente. Como si yo no supiera de su grotesca capacidad de adaptación, esa que le permite contestar sonriente el chat de su teléfono, y enseguida apartar la vista de la pantalla y retomar la expresión de tristeza que tenía justo antes, sin transición alguna. Claro que lo noto. Tendría que ser un estúpido para no notarlo en cada mirada de mi mujer. Pero ahora solo me preocupa si vamos lo suficientemente rápido como para virar hacia la izquierda, evitar los carros que vienen por el carril opuesto y lanzarnos hacia la zanja que bordea la carretera, para que esta vibración termine y todo quede sepultado entre escombros y latas retorcidas. Mejor sigo apretando el acelerador, pues podríamos sobrevivir y no quisiera contestar a nada, ni siquiera a Paula, que aumenta sus decibeles y parece a punto de romper en llanto.

Tú no te das cuenta de lo que espero, de que hace tiempo lo único que hago es esperar.

El motor empieza a despedazarse con el esfuerzo y la vibración. Sus esquiras perforan el capó y se estrellan contra el parabrisas, haciéndolo estallar. La cabina también se resquebraja y sus fragmentos salen despedidos hacia atrás. Sin embargo, ninguno nos alcanza todavía. Si alguien observa desde afuera, aún podría ver la reluciente superficie del carro y las dos figuras detrás de los vidrios polarizados, y pensar que nada ocurre. Dentro, la aguja está a punto de llegar al final y yo continúo acelerando. El carro vuela por encima del tráfico y la voz de Paula se quiebra. He perdido muchas de sus palabras y no he pronunciado ninguna. Quizá haya vuelto a mencionar aquel temor de que un día no nos vean salir, o de que ya no tenga que buscar excusas o esconderse, no sé. O quizá no quiera seguir esperando a que yo tome la decisión. Pero lo que ahora decido es girar con brusquedad el volante y hacer que el carro vuelque y se destruya a sí mismo contra el pavimento. Paula sale despedida de su asiento dando una voltereta, y antes de que su rostro se fraccione y se confunda entre los destrozos, me fijo en sus muslos totalmente abiertos y advierto su humedad. Dentro de mí vuelve a despertarse el mismo instinto del principio.

Disminuyo la velocidad. Allí adelante he visto otro sitio. Lo conocemos: nos hemos revolcado antes, bajo sus espejos. Me vuelvo a acercar cuidadosamente, pues se trata de la última parada en *pits*. Cuando entramos, Paula, por fin, empieza a llorar.

A LAS SEIS

Frank Mauricio Durán



Los hombres se detuvieron en la esquina de una calle, a la espera del guiño del semáforo.

—¿Qué hora es? —preguntó Rafael.

Wilson sacó de su bolsillo un reloj viejo y sin pulsera.

—Lo están pensando. Las cinco —contestó.

—¿Cinco? ¿Seguro?

—Sí.

—¿Las cinco?

—¡Que sí!

—Parece que es más tarde.

Wilson observó el cielo nublado. Estaba a punto de descargarse una tormenta. Dio con el dedo índice dos topecitos al domo rayado.

—En punto —dijo.

—En punto...

—Ajá.

—Qué va. Muestre a ver.

Wilson alargó el brazo y le ofreció el reloj. Rafael lo observó.

—Puto tiempo... Nunca había estado tan seguro de algo en mi vida. Las cinco apenas. Cuándo carajos.

Wilson alzó los hombros. Guardó el reloj.

—Alcanzamos a tomarnos unas polas —sugirió.

El semáforo les hizo el guiño y se dirigieron a un cafetín. Estacionaron frente a él, buscaron sitio y se sentaron. Colocaron los cascos sobre la mesa. La mesera se acercó, limpió la mesa con un paño al tiempo que decía: ¿Los señores qué van a tomar? Antes de pedir las cervezas y un cigarro, contemplaron, además del rostro pintado, los pechos contenidos inestablemente por el escote de la blusa. Las pidieron y ella se alejó con su andar paquidérmico. Al momento, regresó con dos botellas. Las ubicó junto al cenicero, la espuma se derramó. Wilson fue el primero en echarse un sorbo. Dijo algo referente a la empleada. Qué culo. Rafael encendió el cigarrillo, soltó una bocanada por la boca y la nariz. Bebió un trago de cerveza. La veía alejarse.

—Ajá —respondió sin mucho interés.

—Me hizo acordar de Pamela —confesó Wilson.

Rafael escupió al suelo; una vez más hacía patente la costumbre de escupir exageradamente cuando bebía.

—Sí, se parece —dijo.

Wilson rió. Rafael siguió serio.

—No puedo creer que lo haya hecho —dijo.

—¿Todavía se acuerda? Que lo recuerde yo. Pero sí, Pamela tenía unas tetas...

—Tremendos melones, al menos.

—Llenos de leche. Me sentí como un... bebido.

Wilson no pudo contener la carcajada que atrajo la atención de algunos clientes. Los dos soltaron sendas carcajadas. Al calmarse, luego de un par de minutos de improvisar otros comentarios al respecto, Rafael agregó:

—Ponerse a follar cuando está criando, la gran puta. Usted sí es de buenas pa' ese tipo de viejas, ¿no? Un día le dije a una que le iba a dar por el chiquito y, ¿sabe qué contestó? Que no porque era lo único que le quedaba virgen. Pagué treinta mil pesos y me salió delicada, ¿ah?

Rieron de nuevo, con entusiasmo, tal vez algo exagerados, recreándose un poco más con aquel recuerdo y, después, quedaron en silencio. Bebieron lentamente las cervezas. A su alrededor se oía el retintín de las copas, los comensales dialogando, el rumor de los automóviles afuera, el seseo de las llantas sobre las calles mojadas. Cuando agotaron el tema, callaron otra vez. Rafael bogó el resto de cerveza que le quedaba. Wilson volvió a sacar el reloj. No lo miró simplemente, parecía escrutarlo hasta en los engranajes. Alzó la mano, dijo ¡hey, pisst!, y pidió otras dos. No guardó el reloj, lo mantuvo en el puño que al cabo de un rato se puso sudoroso. La mujer llevó las bebidas.

—A qué hora sale, mi amorcito —dijo Wilson, esbozando su mejor sonrisa de medio lado. Quiso darle una palmada en una nalga, pero recordó que no estaba en un lupanar. Podría haberlo hecho, qué más daba, él es Wilson; sin embargo, eso hubiera significado llamar demasiado la atención.

—A las nueve —respondió la camarera, dio media vuelta y se retiró, sin decir nada más, dejando al otro con la siguiente palabra en los bordes de sus labios. No volvió a mirarlo. En realidad, había respondido como si fuera lo más natural del mundo, ni siquiera dejó salir una sonrisa que sirviera de señal, que permitiera a Wilson pavonearse con solvencia. Tal vez respondió con algo de ingenuidad, sin sospechar que Wilson estaba coqueteando.

—Ese coñito será mío —afirmó Wilson—. Con el dinero del encargo vengo y la invito a bailar. Y la llevo a un motel de esos todos modernos, con espejos en las paredes, el techo. Me la follo hasta que pida clemencia. Al rato, la invito a comer algo, no sé, pollo asado, tal vez, o primero comemos pollo y luego me la como a ella. Otro día la llevo al cine, a ver una película de acción, o de amor, lo que ella mande, y así, hasta que el tiempo pase, y dependiendo de cómo se porte, pues... hasta le digo que se venga a vivir conmigo.

Por un instante, Rafael lo observó en suspenso.

—¿Qué va, en serio? —dijo— ¿Es pa' tanto? Mírela bien: es un monigote.

—Ojo, Rafa, que ese monigote puede llegar a ser mi mujer. Pues claro que sí. ¿No ve que esas son las que me gustan: aguerridas, no como esas muñequitas de los centros comerciales, las modelitos esas

que da pesar cogérselas? Como que uno las va a ensuciar, o como si tocara hacerles suavcito, pa' que no se rompan. No, señor, a mí me gusta follar a lo bestia, pa' que sepan que se acuestan con un macho.

—Qué va. Fijese en el patrón. Viejo feo como ese no hay, y véalo: el manajo de viejas buenas con las que se lo pasa. O qué. ¿Va a decir que si tuviera harta plata no se levanta una de esas? ¿Se va a rodear de puras feas?

Wilson sonrió con cierto dejo de malicia.

—Ni pendejo que fuera —dijo—. Lo que pasa, Rafa, es que uno no sabe nada de nada.

—Cómo así.

—Sí, pa' que me ponga a soñar si tendré plata y viejas y todo eso si no tengo ni idea de qué pasará hoy. Además, solo me alcanza pa' levantarme una de esas —Wilson señaló a la mujer con un movimiento de la cabeza.

Rafael la miró. Estaba sentada detrás de la barra, mirando hacia la calle. Descansaba el mentón en una mano y enredaba entre los dedos de la otra su cabello pajizo, negro en las raíces. Rafael suspiró, contagiado, quizás, por la melancolía que adivinaba en aquellos ojos negros. Alzó la botella. Brindemos entonces, dijo, y sin esperar a que el otro alzara la suya y la chocara, bebió un sorbo largo. Wilson bebió después y cuando la pilló mirándolo, envió con sus labios húmedos, sombreados por su bigote incipiente, un beso, apenas un piquete al aire. Al verlo, ella torció los suyos, haciendo como que no le interesaba, pero reprimiendo una risita cómplice, y volvió su atención al televisor en la estantería. Por un momento Rafael observó la pantalla. Al pasar la tanda de comerciales, siguió un programa donde unas mujeres hablaban en una sala de temas faranduleros. Rafael bostezó y volvió a mirar a Wilson.

—Usted habla de tener una vieja pa' vivir con ella —dijo—. ¿Cuál es su afán?

—Quiero tener hijos.

—¿Hijos? Puta vida. Hijos. ¿Si oye lo que dice?

Escupió.

—¿Y qué si yo quiero?

Rafael dejó pasar unos segundos.

—Pues sí —dijo—. Qué me importarán sus hijos huérfanos.

Quedaron callados. Wilson tenía el ceño fruncido y movía compulsivamente una pierna. Afuera, ya empezaban a encender las primeras luces de los almacenes. El tráfico, el ruido llenaba las calles.

—Quiero hijos como pa' armar un equipo de fútbol —dijo.

Rafael volvió a escupir.

—Más bien dígame la hora.

—¿Otra vez? Tranquílcese. Usted es el único conocido que se afana de verdad por ir a trabajar.

—Ya sé que a usted eso no lo afana.

—Lo que pasa es que no mantengo dándole vueltas al asunto.

Rafael suspiró impaciente. El cigarrillo en su mano era apenas una colilla encendida. Cayó en la cuenta y, de un capirotazo, lo arrojó a la calle y terminó de tomar su bebida. Observó el envase vacío, lo agarró, despegó la etiqueta y la pegó en la mesa. Miró por un instante hacia el televisor. Ahora presentaban una telenovela. O se había acabado el programa o la mujer cambió el canal.

—¿Qué cree que pasará hoy? —dijo Rafael.

—¿En la novela?

—¡No sea güevón!

—Ah, ya... No, pues, lo que siempre pasa. Aquí estamos, ¿no?

Los dedos pulgar e índice de Rafael se posaron un instante en sus ojos, los masajearon, y al quitarlos dejó entrever en ellos un vacío profundo.

—No sea ave de mal agüero, Rafa, nos va a salir bien la vuelta.

—Su afán por otras cosas es mal agüero... Dizque hijos...

—Entonces qué, ¿dejamos el encargo botado?

—Cómo se le ocurre.

—Ah, entonces... Déjese de maricadas.

Wilson volvió a mirar el reloj.

—Listo —dijo. Apretó el objeto.

Rafael alzó un brazo y pidió la cuenta.

—No, espere, yo voy y le pago —dijo Wilson, a la vez que detrás de la etiqueta del envase apuntaba algo con un lapicero.

Se levantó y se dirigió a la barra.

—¿Cuánto es?

—Diez mil pesos.

Wilson ofreció un billete de veinte mil junto con la etiqueta. Sus dedos rozaron la mano de la mujer. Había visto esta treta en una película o en una telenovela, lo del roce y el papel con el número telefónico y otros datos convenientes. Recibió el cambio, y abriendo su mejor sonrisa, dijo: Nos vemos luego, mi amor, y le dedicó un guiño.

Se dirigió al orinal, y cuando terminó de orinar, acomodó, de manera que el frío del acero no rozara la piel, el revólver dentro del pantalón. Miró la hora, y también miró un par de fotos. Fue el propio patrón quien les facilitó las fotos y les dio los detalles: Lorenzo Arrabal detendrá su camioneta frente al restaurante Rainieri, donde lo suele esperar Norma Constanza. Es probable que no haya escoltas.

Salió caminando un poco incómodo: el frío del cañón, el continuo roce y los pensamientos obscenos que le dedicaba a la mujer, o la tensión del encargo, se la pusieron dura. Se acercó al compañero. Listo, dijo. Ahora huélame la mano. Rio al tiempo que la extendía y se la ponía frente a la nariz. Rafael la retiró de una palmada y le dio un puño en el hombro: Pirobo. Se levantó, subió la cremallera de su chamarra mientras avanzaba hacia la motocicleta, una trajinada aunque confiable dt-115 pese a su inoculación con aceite de ricino. Cuando se estaba subiendo, Wilson, con toda la seguridad que podía demostrar, dijo:

—Voy a volver por esa vieja, Rafa, pa' Cristo que sí.

Rafael simplemente dijo: Ajá, y se puso el casco. Encendió la 115, que rugió y arrancó abriéndose campo a través del trancón. Subió la visera de acrílico del casco, volteó a mirar a su acompañante. ¿Sabe? Estuve a punto de decirle que viniéramos en la camioneta. Wilson contestó: Menos mal. Con este tráfico no alcanzaríamos a llegar.

EL SAPO

Jorge Isaac Toledo Ramírez



Es la imagen del sueño la que nos seduce. No su verdad.

Monseñor tenía plena confianza en mí, yo era el “corre, ve y dile” de su predilección; para él, mi palabra era sagrada. Además, yo era restaurador de imágenes de yeso, marcos dorados de cuadros o vitelas de santos y santas; con mucha frecuencia, debía componer el tendido de tablas de las camas en el dormitorio de las monjas del improvisado convento y tapar las goteras que las tejas de barro cocido filtraban sobre las celdas de las novicias que, por extrañas razones, tenían un fluido tráfico.

Yo era, como se dice en el argot artesanal, un todero: además de tapar goteras y ser consejero de Monseñor, hacía de carpintero y tenía un taller para el oficio que, algunas veces, combinaba con artes de cemento; y, para completar el cuadro, tenía un remoquete, alias o sobrenombre: todos, inclusive Monseñor, me hacían el honor llamándome “Sapo”, sobrenombre que me había ganado por mi costumbre de recomendar, para los desperfectos en pintura y yeso, una mezcla de óleos llamada sapolín. Yo confiaba en mi recomendación y la gente confiaba en mi sabiduría.

Aunque a mi manera de ver, el orden de la realidad es siempre precario. Todo lo que estoy contando, también era distorsionado cuando me veía, en cuclillas, sobre un nauseabundo pantano, respirando un vapor fétido que me ahogaba y oscurecía mi visión que pugnaba por mirar la frente, nada más y nada menos que de Monseñor, quien, con una cadena de rosarios en sus manos, sostenía los ímpetus de una enorme anaconda dispuesta a sorberme entre sus fauces si yo no prometía, bajo juramento, callar para siempre el embarazo de la novicia Josefina a quien yo había visto, por el agujero del cielo raso de su celda, aplicándose la prueba para determinar su estado.

Monseñor no sabía que el secreto tenía otros guardianes, pues mi mayor fuente de información estaba por cuenta de las cocineras del convento que, además de ponerle buen condimento a las murmuraciones, sabían traducir en buen romance la repugnancia e inapetencia, así como los desmayos de las novicias y sus inusitados antojos por fuera del menú. Mi trabajo como carpintero y restaurador de santos y ángeles dañados (quiero decir, rotos) era una fuente inagotable de secretas intimidades que yo alimentaba. Además, a través de las rendijas en el cielo raso de las celdas de las monjas y novicias, sabía qué ocurría entre ellas, con ellas o con algún otro, como cuando Monseñor se encerró con el seminarista Angelino en el dormitorio de la madre superiora.

No cabía la menor duda: no solo había visto la aplicación y la prueba, sino que el agujero en el cielo raso me permitió ver y escuchar la discusión entre Monseñor, el padre Calixto y la novicia Josefina; además, el padre Calixto y la novicia Josefina desaparecieron del entorno. Todas estas situaciones y condiciones me daban la oportunidad de conocer a fondo la vida eclesial y aunque no lo crean, en mi niñez me ensimismaba viendo al señor cura e imaginando su destreza para desabotnar la sotana y evacuar la vejiga sin hacer regueros.

Monseñor tenía brazos fuertes y grandes manos, se diría que había sido leñador o aserrador. Eso le daba un aspecto autoritario o protector, según el caso; lo cierto es que su carácter no estaba a ningún nivel fijo, actuaba como los políticos, a conveniencia. Eso me desestabilizaba, pues en alguna parte yo había leído: “No se

puede servir bien a dos señores” y yo no había podido trazar un perfil psicológico que me permitiera manejar con provecho semejante cuadro.

Sin embargo, la anaconda convulsionó y su enorme fuerza rompió la cadena de las manos de Monseñor; sentí la fuerza de su succión y me vi obligado a abrir el compás de mis extremidades al máximo, al tiempo que inflaba a más no poder mi abdomen, para evitar que me fuera al fondo de su maloliente estómago; Monseñor se quitó el gran crucifijo que pendía de su cuello para interponerlo entre las fauces de la anaconda y mi cuerpo que, a decir verdad, ya iba a renunciar a la lucha; dio resultado, la anaconda no podía sorberme, oportunidad que aprovechó Monseñor para golpear la quijada de la sierpe, desacomodar las fauces y liberar el crucifijo.

La anaconda tenía enrollada su cola en las piernas de Monseñor y acusó el desprendimiento de su quijada inferior liberándolo. Libre, Monseñor se dirigió al padre Calixto diciéndole: “tiene que renunciar al sacerdocio o a la concupiscencia”; fue entonces cuando miré al fondo y vi a la novicia Josefina que, totalmente desnuda, recostada en un catre, mostraba su abultado vientre y el padre Calixto aprovechaba para darle cariñosos masajes. Entre tanto, unos hombres vestidos con atuendo de chef, preparaban un asador giratorio sobre un brasero y me amarraban las extremidades fuertemente anunciando en el menú: “Anuro a la brasa”. Imposibilitado para mover siquiera un ojo, me debatía mentalmente para entender mi situación, recordando una frase que había escuchado o leído en alguna parte: “No temas a la muerte, los verdugos también morirán”. No sabía si eso me serviría de consuelo; sin embargo, recordé que tenía un taller de carpintería cuyo banco estaba al frente y, al fondo, tenía una alcoba y una cocinita compuesta por un fogón eléctrico y una cafetera; a veces comía en restaurantes pues, en el convento, las cocineras confundían templanza con buen apetito y austeridad con abundancia.

El escenario era, además de gratuito, prolífico y variado, y sabía que tenerlo a disposición era un peligro mortal y, no solo eso, disfrutarlo incontinentemente, me producía a veces repugnancia e inapetencia y extraños mareos que corría a disipar con una buena taza de café preparada en mi cocinita eléctrica, en el taller, donde, a

solas, rumiaba y archivaba sin saber para qué. De pronto vi llegar a los chefs seguidos por varios ayudantes que exhibieron un cartel en el que se anunciaba el menú: “Gónadas masculinas en salsa de leche calostro y jalea de pene; muchacho relleno y anuro a la brasa. Invitan: Monseñor y la Reverenda Madre del Convento”. El gastronómico banquete presagiaba una orgía que me producía escalofrío; estaba perdido.

Monseñor no tenía compasión conmigo; mi conocimiento de las intimidades del convento era un lastre que me hundía hacia lo más profundo, ¿cómo conseguir el perdón de Monseñor y, de paso, salvar a Calixto y Josefina; cómo lograr que el amor puro y sincero prevalezca sobre los prejuicios de quienes abominan de la unión sexual entre el hombre y la mujer? Me sentí impotente para lograr una victoria; sin embargo, inconsciente, sabía que tenía un as bajo la manga pero, ¿cómo sacarlo a relucir para ganar la partida si yo apenas era un estúpido batracio? Recordé entonces que en las ejecuciones siempre se concede una última gracia; pedí el beneficio y esperé a que me dieran la palabra; en el momento, ni corto ni perezoso, solicité que el seminarista Angelino se presentara y explicara la situación en que yo lo había visto con Monseñor en el dormitorio de la madre superiora.

La gracia es denegada, sentenciaron a dúo Monseñor y la madre superiora; empecé a sentir la proximidad del brasero en mis costillas y no sabía cómo anteponer algo entre éstas y las brasas; el calor me fue adormeciendo, una paz intensa se apoderó de mi ser y me sentí flotando en un espacio donde una música especial amortiguaba los estruendos y gritos de una turba que vociferaba a las puertas de mi taller, golpeando con palos y piedras la puerta de entrada; entre sueños traté de incorporarme y abriendo los ojos noté que todo estaba oscuro. Aún no amanecía y ya venían a buscarme; que esperen que amanezca, pensé. Sentí las costillas como si hubiera dormido en la cama de un faquir y un fuerte dolor en la nuca; en medio de la oscuridad traté de salir; solo entonces supe que me hallaba debajo del colchón y todas las cobijas y que había dormido sobre las rudas tablas de la cama y una voz, que me era conocida, gritaba desde afuera: “sapo... ¿qué le pasa? Levántese que ya son las ocho y lo necesitan”. Me asomé a la puerta y sumé a los ojos lagañosos y el cabello

desarreglado una mueca con las manos y la boca, a quien me había llamado. Él se me acercó y me dijo en voz baja: “Monseñor dice que se presente de inmediato”.

Los recuerdos de la mala noche revivieron en mi mente; tenía el estómago revuelto y necesitaba tomarme una o dos cervezas, o quizá unos aguardientes; Monseñor, que espere. Prendí mi estufa y preparé una buena taza de café. Mi amigo aún estaba en la puerta y le pedí que consiguiera pan para los dos; lo invité a tomar café. A eso de medio día fui a ver para qué me requería Monseñor, quien me dijo: “Sapo, una maldita gata dio cría en el cielo raso, justo sobre la cama de la reverenda madre: es urgente sacar esos bichos de ahí y, de paso, tapar unas rendijas tan grandes que parece mejor cambiar todo el maderaje; hágame el favor y solucione ese asunto” y me dio una palmadita en el hombro.

No estoy muy seguro pero, sin pretensiones, me pareció que Monseñor me hizo un guiño con sus ojos. Salí del despacho y me dirigí al convento; era la hora del almuerzo, las cocineras irradiaban una felicidad que no recuerdo haberles visto antes; me sorprendieron con unas suculentas viandas: criadillas de toro en salsa y muchacho relleno. Menos mal, no había anuro a la brasa. Pero ver las suculentas viandas me provocó náuseas y, cuidando las buenas relaciones, me limité a decir: “gracias muchachas; hoy no tengo apetito”.

LAS VACAS LOCAS

Yamid Torres Rodríguez



Estuve dos horas y cuarenta minutos observándoles menear el trasero, subir y bajar la cabeza, reír suavemente sin causa ni motivo aparente; les vi tomarse de las manos mientras no abrían los ojos, mientras se susurraban pequeñas palabras al oído y sobaban sus mejillas y cabelleras la una con la otra. Les veía todo el tiempo. No apartaba mis ojos de ellas. No hablé por largo rato con Albert, mi mejor amigo, quien también les observaba, quien también seguía cada uno de los movimientos suaves y coordinados de Muriel y Larisa. Habíamos bebido seis cervezas, fumado cuatro cigarrillos y nada parecía distraernos al mirarles; nada parecía distraerlas de aquel estado de éxtasis, de aquel arrobamiento del que formaban parte esas dos mujeres, hechas a la medida de nuestros gustos, de cuerpos gordos y bajitos, cabellos largos, piel sonrosada y suave y enormes senos.

Muriel y Larisa bailaban en la mitad del bar, idas de este mundo, ajenas a una realidad abominable, juntándose y desjuntándose sincronizadas, moviendo en todas las direcciones las manos, las piernas, la cabeza; envueltas en un mundo que no parecía ser

este, en un mundo donde al parecer solo existían la música que bailaban y los frágiles y lentos movimientos que ejecutaban. Todos, el barman, la mesera, los clientes, el vendedor de chicles, las plásticas mujeres que van acompañadas de sus cerditos adinerados, de sus alcancías ambulantes, e incluso Albert y yo, alzamos la mirada sucia y pesada de tanto tomar cerveza y les observamos desencajados, ebrios y seducidos, con ganas de bailar con ellas mientras les besamos el cuello, les acariciamos las nalgas y les soplamos el tufo muy cerca de las orejas con palabras elegantes o cariñosas, o calientes, o grotescas. Todos les miramos morbosos; unos con la justificación tonta de que con tragos toda mujer es bella, otros con el pretexto de estar en guerra y de no tener ni hueco ni trinchera y nosotros, mi amigo y yo, porque les veíamos hermosas, porque eran exactamente lo que habíamos estado buscando en el largo discurrir de nuestras vidas.

Ellas parecían no tener intenciones de detenerse. No dejaban de bailar, aun cuando había un breve silencio entre canción y canción, no dejaban de intercambiar sudores y caricias; seguían sin abrir los ojos, mientras ya nadie les observaba, solo Albert y yo. Alguien se levantó de la mesa rabioso y ofuscado; al mismo tiempo, lanzaba una botella de cerveza a los pies de ellas, gritándoles ¡fuera de aquí pequeñas y danzantes vacas! Le miré con odio, quería cortarle el cuello con los mismos trozos de botella que había arrojado. Me contuve, pero estaba seguro de no aguantar una sola ofensa más en contra de ellas, de mis vacas preferidas y hermosas que no dejaban de bailar con sus jeans sucios y rotos, con la maraña de pelo sudoroso y negro.

Pedimos ¡dos cervezas más!, mientras mi amigo encendía otro cigarro. La música seguía, Muriel y Larisa continuaban la danza cada vez más erótica para nosotros. La una bajaba rozándole los labios suavemente por el cuello, bajaba lento hasta quedar el rostro muy cerca del pubis de su amiga; parecía que con tremendo disimulo la olfateaba, después le agarraba un poco de las piernas para ayudarse a subir, entonces venía la otra y hacía lo mismo; bajaba dulcemente, mientras en mis calzoncillos algo subía. Mi amigo me observaba y me hacía gestos, caras de estar ganoso, me hacía unas caras como de ¡qué joda más rica! como de ¡mira esos traseros gordos! ¡Mira qué

bien se verían abrazando mi cintura! y yo le devolvía esos gestos como diciéndole que le entendía y compartía su opinión. Serían las dos y media de la mañana, algunos ya desertaban para derrumbarse en la seguridad de su alcoba, en la tranquilidad de su cama. Algunas llevaban de la mano a sus cerdos adinerados a lugares más tranquilos y oscuros. Albert y yo continuamos bebiendo hasta que el dueño empezó a prender algunas luces avisando que pronto cerraría el bar, estaba sonando lo que para mí era la última canción, creo que no había tiempo para más música, ya los tombos merodeaban en sus grandes motos y cronometraban el tiempo. Estaban enfundados en sus trapos verde oliva que les daban ínfulas de súper héroes, haciéndoles sentir dueños de todo.

Tengo muy presente ese momento, la canción resultó ser larga y antes de que pudiera acabarse, el mismo viejo borracho y cansón que había roto una botella a los pies de mis amadas volvió a gritar, ¡saquen esas vacas locas!, mientras hacía volar por los aires impuros del bar un vaso de cerveza. No me aguante, me endiable, me enajené, me corrompí, me chiflé y entonces me levanté rápidamente de la silla, tal vez seis o siete metros nos separaban. A la mitad del camino recordé que no llevaba arma en mis manos, ni una botella ni una navaja, nada; solo la trituradora de mis dedos que supieron estallar a golpes esos fofos pómulos y esos tiesos y aviejados labios. Cuando iba todavía a mitad del salón camino de su sangre, recordé que llevaba puesta una camándula de madera que le había comprado una semana antes a un hippie marihuano, entonces me dejé ir encima del borracho que seguro estaría más sobrio que yo, le partí la cara, le “di duro”, me ensañé y ya cuando no quedaba diente en su lugar, cuando no había ni sangre ni morado en su rostro, me quité la camándula del cuello y la envolví fuertemente sobre el suyo hasta que dejó de respirar, hasta que pude comprobar que ese maldito borracho no volvería a insultar a mis vaquitas locas.

Ahora me encuentro aquí, acabo de salir del “pote” y estoy casado con Larisa, tenemos un bello mochuelo flaco y de cabello mono, como yo, que fabricamos un sábado mientras gastábamos los pocos minutos de visita conyugal. No me arrepiento de nada, tal vez si no hubiese pasado todo como pasó ese día, no hubiésemos conocido a Muriel y a Larisa. Muriel ahora vive con Albert en un buen

barrio. No sé bien de dónde sacó tanto dinero mi amigo. Él dice que pudo al fin coger el duende de oro que se escondía en los aljibes del pueblo donde viven sus padres. Cuenta que una noche de verano, cuando iba a sacar un poco de agua para preparar un caldo, vio que algo brillante se movió en el fondo, entonces empezó a orinar el pozo y el duende de oro se petrificó y pudo sacarlo y venderlo por trozos de dos, tres o cuatro gramos. Con el dinero que ganó pudo comprar una casa nueva para él y Muriel. Mandó a hacer un nuevo aljibe a sus padres, libre de miaditos y de duendes. Eso es lo que me dijo Albert que había hecho para ser rico, pero que va, marica es lo que me cree, será que no me han dicho que le está pasando coca a los gringos. Que todo lo que produce en vicio se lo vende a un gringo de pelo dorado al que le dicen “el duende”, ¡tan güevón!

A veces nos reunimos en la casa de él o en la mía, mandamos los niños a dormir donde alguna vecina y ponemos a Muriel y a Larisa a que bailen, a que bajen y suban, a que se huelan y se unten los sudores sobre sus cuerpos gorditos sin ropa. Hacemos del sitio un aquelarre, “nos ponemos de ruana” la noche. Nos fumamos hasta las alas de las mariposas, nos bebemos desde botellas de whisky hasta garrafas de “yomemato”, ¡lo has probado? Es un guaro barato que venden en San Andresito. Ponemos a gemir a ese par de vacas hermosas, mientras nos sentimos toros padrotes, toros reproductores de la mejor finca de los llanos orientales, porque el llano es muy lindo. ¡Has ido?

¡Muuuuuu! de veras creo que Muriel y Larisa son dos vacas locas, loquísimas.

LA OFENSA DEL ALIJUNA

Beatriz Maestre Rocha



Morimos tres veces, la primera en nuestra carne, la segunda en el corazón de aquellos que nos sobreviven y la tercera, en sus memorias... que es la última tumba y la más glacial.

J. Green Vaurouna

Todo comenzó a salir mal, cuando Malúa Uriana soñó con culebras verdes con alas de murciélago que se acercaban a la hamaca donde dormía, para luego retroceder y esfumarse en la oscuridad, dejando un aliento ácido y amenazante. El peligro no residía en el sueño como tal, sino en que ella no relató el sueño a su abuela o a su madre, cuando despertó. En lugar de hacerlo, se arrojó lo mejor que pudo con una colcha remendada con retazos de culpa, de sombras, de recuerdos.

A los doce años, Malúa Uriana comenzó el recorrido del majayut¹ y terminaría cuando fuera entregada en matrimonio por su tío materno, en una ceremonia sin salida.

1 Tiempo de encierro de las mujeres púberes hasta que termina la adolescencia.

Fue guindada en un chinchorro como una crisálida, envuelta en un capullo de colores caribeños hasta casi rozar los horcones del techo de la maloca. Todos los días, a las cinco de la tarde, el chinchorro dejaba escapar, por los agujeros del tejido, un hálito tierno y virginal que huía presuroso del rancho. Las mujeres de la familia solo la descolgaban para alimentarla con pargo rojo y huevos de iguana, enseñarle todo lo relacionado con las tareas y deberes del matrimonio y bañarla con ramas y yerbas traídas de los cardonales y tunas del desierto guajiro; que *palisse* para adquirir poder espiritual y comunicarse con los muertos enterrados en el Cabo de la Vela, que *bija* para alejar las fiebres malignas, que *jawaapia* para cocinar incienso y espantar los sudores nocturnos, que *achiote* desmigajado en aceite para retener la sabiduría.

Malúa Uriana era descendiente del cacique Arijira Ipuana y princesa wayúu por derecho de casta. Heredó la altivez y rebeldía de unos antepasados que se resistieron con fiereza a la colonización europea y que osaron desafiar la evangelización de los curas capuchinos, tomando chicha en los cálices de oro.

Sus primeras imágenes infantiles estuvieron salpicadas de mares, mareas y nubes de flamencos rosados que sobrevolaban las charcas de sal de Manaure.

Creció libre en un meridiano peninsular de vientos huracanados y de lluvias precipitadas y borrascosas.

Cuando terminó el majayut y el capullo de colores dejó escapar su contenido, Malúa Uriana ya era una majayura² de 16 años. El pelo era un manto largo de carbón lustroso, su andar rítmico y acompañado como su voz, convertida en wayunaiki,³ un lenguaje tribal que no se escribe, porque, como una melodía maravillosa, se compone de imágenes orales. Sus ojos todo lo observaban con una mirada densa y remota, invadida de presagios.

Alonka Uriana, la abuela de Malúa, preparó todo. Era una vieja sabia, enérgica e intransigente, investida de autoridad, capaz de ver hasta lo que no estaba. Todo lo dirigía con la determinación de saberse iluminada por los espíritus de familiares fallecidos. Su

2 Mujer adulta.

3 Idioma wayúu.

mirada era distante y los movimientos lentos, propios del que, por lo menos de momento, se siente respetado por la muerte.

Una mañana recibió en su rancho a Jonja Epiayú, un hombre de piel de arcilla, de aspecto simplón y cara de infante. Venía de otra ranchería pastoreando doscientas cabezas de ganado caprino para entregar como dote junto con tres piedras rojas y dos collares de perlas. Entre la abuela, el *piachi*⁴ y el tío materno, ya habían pactado el casamiento.

El rito matrimonial comenzó con la presencia alborotada de las dos familias y dos testigos. Abundaba la comida y el “chirrinchi”. Los hombres llevaban taparrabos y coronas de plumas; las mujeres, mantas de colores. La de Malúa Uriana era del color de la sangre. Al ritmo de los *kasha*⁵ se inició la danza sagrada de la Chicha Maya, con un golpeteo rítmico de pies desnudos sobre tierra apisonada. Los pasos de la danza eran entrecruzados, pero, sorprendentemente, el hombre danzaba hacia atrás y la mujer trataba de derribarlo danzando hacia adelante con una velocidad inusitada. Con sus mantas, como juguetes del viento, más parecía el cortejo amoroso de aves enormes, que con las alas extendidas, se aproximaban al apareamiento.

La noche nupcial fue la repetición milenaria de dormir juntos en un chinchorro, pero la hamaca tejida por la abuela Alonka aquietó su vuelo para dar inicio a una desfloración marchita, soterrada y silenciosa. Quizás por temor a la vagina dentada, era más seguro atacar sin despertarla, como si de un animal dormido se tratara. Como dormido quedó, también, el placer de Malúa Uriana.

Una tarde llegó un *alijuna*⁶ a la maloca de Jonja Epiayú y su mujer. Era de aspecto fuerte y ánimo resuelto; vestía pantalones hasta la rodilla y camisa a medio abotonar, lo que le imprimía un aire irreverente y distraído. Era una visita para negociar perlas y piedras preciosas y venía del Cerrejón.

Malúa Uriana no lo presintió y el *alijuna* no la imaginó. A él solo le llegó, desde la cocina, el ruido de un aleteo como de telas sin estrenar.

4 Mediador o palabrero encargado de negociar asuntos familiares y económicos.

5 Tambores.

6 Nombre que se le da a las personas extrañas a la cultura.

—¡Mujer!, ¡trae chicha de maíz para el visitante y para mí! —dijo Jonja Epiayú en tono fuerte y áspero.

El *alijuna* tuvo una visión mágica: la que apareció, tímida y solfícita, con dos totumas de chicha de maíz, no era una mujer como tantas otras en la ranchería con una sencilla manta guajira. No... la que revoloteaba por el rancho, era una ninfa con alas transparentes de libélula. En un instante sobrenatural y largamente anticipado, el *alijuna*, presa de la fascinación y rodando por un abismo de fantasmas y tinieblas, dejó de pertenecerse.

La maloca que, al llegar, olía a humo, a chicha, a hoguera, fue invadida por otro aroma... olor a mujer, a tierra descalza, a dolor visceral.

Cuando Malúa Uriana se encontró con la mirada del *alijuna*, sus ojos eran cristales rotos con reflejos tristes e imprecisos; entonces viajó a través del tiempo, se posó en los huesos de la abuela de la abuela, conversó con ellos y decidida regresó; traspasó los sentidos del *alijuna* y sin miedo ni reservas, se inmoló en ellos.

No eligieron punto de encuentro, ni día, ni hora; solo supieron, sin saberlo, que alguna madrugada los atrapó sin alas transparentes, abrigados por un reguero de luces que, envidiosas, cuchicheaban en la negrura del cielo, en complicidad con los graznidos de los alcaravanes nocturnos.

Malúa Uriana fue discípula de algo que no conocía, de una ternura insospechada, de la reciprocidad natural de los cuerpos. La sangre se le volvió espuma, las cavernas del alma se empacharon de susurros en el idioma del *alijuna*. Él contaba las caricias, ella contaba las palabras. Fue un encuentro tan determinante que Malúa Uriana presintió que, en ese instante, se despedirían para siempre. Previsiva, rescató el olor tibio a hombre y a milagro, lo dobló y lo guardó con febril cuidado en una de las gavetas del recuerdo.

Y fue por eso que cuando Malúa Uriana soñó con culebras verdes con alas de murciélago, y no buscó a su abuela para contárselo, no le sorprendió el repudio de su esposo. Aceptó tranquila, casi gustosa, algo que los wayú temen más que a la muerte... el exilio social.

Jonja Epiayú descubrió la infidelidad de su mujer por instinto, cuando ella sin poderlo evitar, en una de las opacas noches de

chinchorro, participó en una contienda desteñida, en un vaivén sin sentimiento. Él descubrió que el cuerpo de su mujer ya no estaba yermo, aunque sí su corazón.

En silencio, con premura y acompañado del *piachi* y de Malúa Uriana, regresó a la ranchería de la vieja Alonka a devolver el objeto de la humillación y a recuperar la dote. La madre, la abuela y los tíos, por más que lo intentaron, no pudieron devolver las doscientas cabras, las piedras rojas y los dos collares de perlas.

Jonja Epiayú aseguró a quien quisiera escucharlo, que lo único que lo pondría en paz con sus antepasados, sería matar al *alijuna*.

Para tranquilidad y sosiego de Malúa Uriana, este había desaparecido y, si para todos, el *alijuna* era la sombra de nadie, para ella se había transfigurado en la tortura insomne de la evocación.

Y llegó el tiempo de estar sola. De refugiarse en la desolación con una dignidad perturbada. Las lluvias seculares de noviembre eran llanto, eran lágrimas, eran nostalgia, que caían con persistencia sobre el desierto árido. El aire olía a resignación, hasta los animales estaban raros, los chivos tenían los pelos erizados, las colas enroscadas y chocaban unos con otros porque no podían abrir los ojos y las iguanas morían atragantadas en las horas del mediodía. Malúa Uriana regó con chirrinchi la entrada al rancho para que el viento alejara las malas vibraciones que se colaban por los resquicios del entramado de cañabrava y barro de las paredes de la maloca.

Los tíos maternos, en medio de su inconformidad, maldecían diciendo: ¡En este rancho no se puede respirar tranquilo, el aire huele a lejanía, a tristeza, a suspiros de mujer!

Una noche, en que Malúa Uriana dormía y gravitaba en el limbo de su incertidumbre, fue visitada en sueños por el *alijuna*. Estaba tal como lo recordaba, pero tenía una expresión sombría, desalentada, de pavor, como si las entrañas padecieran de la misma desesperación y desaliento y por segunda vez cometió el error de no contar el sueño a su abuela cuando despertó.

Pasaron diez años. El *alijuna* se confió y regresó.

La noticia le llegó a Malúa Uriana como un ramalazo de dolor... El *alijuna* había sido amarrado con una cuerda a su propio camión y lo habían arrastrado por la ranchería hasta despellejarlo vivo, para luego cortarle la cabeza. Ella sabía de sobra, pero

no quería recordarlo, que en la cultura wayúu la cabeza representaba la vergüenza de la persona porque era la que contenía los pensamientos.

Malúa Uriana emitió un rugido de proporciones épicas que se escuchó hasta en los desiertos más lejanos. Pasado el aturdimiento, y como una revelación, respiró en el aire un vapor vivificante: la certidumbre guajira de que las personas no pertenecen al lugar en el que nacen, sino al lugar en donde mueren. ¡El *alijuna* inasible era suyo para siempre! Entonces... se volvió transparente y caminó errante y liberada.

Silenciosa y con los ojos llenos de palabras recogió su muerto y lo sepultó por primera vez. El segundo entierro, el de su alma, representada en los huesos lavados, lo haría después...

La Guajira, ardiente y majestuosa, esa región exótica y pendular que se balancea entre lo blanco de la sal y lo negro del carbón, entre taparrabos y mantas coloridas, aún hoy, después de veinte años, es testigo indiferente del caminar interminable de Malúa Uriana.

Estremecida de ausencia y acompañada del graznido, ahora lúgubre, de los alcaravanes nocturnos, deambula, pálida, ensimismada e iluminada por un aura lapislázuli y eterna. Carga, en una funda blanca, los huesos lavados del *alijuna*.

EL ROBO

Ana María Castro Vives



Nadie le dijo nada, pero los llantos frente al cajón de madera que ahora adornaba la sala de su humilde casa le decían que algo había ocurrido.

Su hermano mayor la miraba con ojos tristes, pero continuaba en su inmutable silencio; con solo once años ya era el “hombre de la casa”.

Los acontecimientos que siguieron a continuación transcurrieron en un parpadeo de ojos: visitas de la policía, revisión de los objetos y documentos que había en su casa, a la par de la llegada de una mujer mayor con ceño adusto que la saludó como si la conociera de antes y a quien alguien llamó tía.

En medio de ese torbellino de gente desconocida, voces acaloradas e interrogatorios, Marina se quedó dormida.

—Camine “mijita” que ya nos vamos.

Somnolienta, dejó que esa mujer delgada, pequeña, de cabello corto y rubio, envuelta en un elegante atuendo, le tomara la mano y se la llevara. No volvió a ver a sus hermanos. A ellos se los llevaron a la tierra de la caña de azúcar y de la música salsa. Eran hijos de un policía negro y las autoridades los encomendaron a su familia

paterna. Ella, hija de un llanero de la Sierra de la Macarena, fue dada en adopción a una vieja tía.

Marina era muy pequeña para comprender lo que pasaba, pero aun así, percibía que en las palabras contadas entre sorbo y sorbo de las humeantes tazas que bebían la tía Gertrudis y su amiga, en el apartamento de esa fría ciudad, estaba la respuesta de la ausencia de su madre; presintió en ese instante que aquella mujer de sonrisa cautiva, que la abrazaba en las noches y peinaba su largo cabello en las mañanas, no volvería jamás.

Asomada en el ventanal de la sala, escuchaba los ruidos frenéticos y ensordecedores de la enorme ciudad que surgía ante ella. Sonidos que se mezclaban con los detalles de la historia que Gertrudis contaba a su amiga y que Marina prefería no escuchar.

La niña, que en ese entonces tenía tres años, descargó toda la ansiedad que sentía en la comida. La verdad es que siempre lo hacía; allá en el llano, en casa de su madre se escapaba de tanto en tanto y se metía a hurtadillas en el cuarto donde almacenaban la melaza para el ganado. Allí se quedaba horas enteras, metiendo la mano en los recipientes, saboreando la espesa miel. Su cuerpo se volvió redondo como las hormigas culonas; esas que llegaban en verano, las que sus hermanos y ella salían a atrapar provistos de improvisadas redes elaboradas con ramas forradas con camisetas.

Competían para ver quién atrapaba la mayor cantidad. La tarea consistía en batir la red, tumbar las hormigas al piso y tomarlas entre los dedos para arrancar la cola abultada en forma de uva del resto del cuerpo. Después las contaban y en medio de la emoción que les producía apostar entre ellos, se sentaban a saborear el manjar obtenido.

Pero su tía no tenía la comprensión de su madre. Al ver que Marina aumentaba de peso, empezó a controlar la comida que le daba. Llenó la nevera con verduras, frutas, productos de soya y panecillos integrales. La ración que le servía la tía fue disminuyendo, y con ello, aumentando la ansiedad por comer.

Así que empezaron los primeros robos pequeños. Asaltaba los cajones de la cocina en busca de dulces y galletas de azúcar, o miel. Tomaba sorbos de gaseosa, cuando quedaba algo en las botellas de

las reuniones del domingo, cuando la tía no cocinaba y compraba pollo asado en un restaurante ubicado frente a la Plaza de Lourdes.

Gertrudis no entendía por qué con sus cuidados la niña crecía en gran volumen. Una noche, escuchó ruidos en la cocina y entró con la escoba en mano, pensando hallar ratones en la despensa. Al encender la luz, encontró a Marina comiendo restos de panecitos. La lluvia de coscorriones y regaños no se hicieron esperar. Al día siguiente, cuando Marina volvió tercamente a la cocina a intentar un nuevo asalto, encontró los cajones con cerraduras y la nevera adornada con una gruesa cadena de la que pendía un candado imposible de abrir.

—¿Por qué la nevera tiene cadena? ¿Es que la va a vestir con cinturón para ponerla a la moda? —dijo Marina en tono burión a la tía.

¡Zuas! —La rama de cilantro que estaba lavando Gertrudis para agregarla a la sopa, aderezó las nalgas de Marina.

—¡Usted, no sea atrevida! Su glotonería me obligó a tomar medidas.

—Pero tía, es que me da mucha hambre y...

—¡Pues suficiente comida le sirvo! —la interrumpió, con un tono que denotaba enojo.

Sin más remedio, Marina se acostumbró a “embolatar” las ganas de comer un bocado extra, ocupándose en alguna actividad. Sin embargo, no perdía la oportunidad de sustraer, de vez en cuando, alguno de los exquisitos dulces de miel y leche de cabra que compraba y guardaba celosamente su tía, en rincones “seguros” de su habitación.

Con el tiempo, Marina no volvió a expresar sus deseos porque casi siempre recibía una respuesta negativa. Así que aprendió a vivir con lo estrictamente necesario y a buscar la manera de prodigarse lo fundamental: en vez de pedir, cogía. ¿Qué había de malo en hacerlo, si también la vida le había “cogido” lo que ella más quería en el mundo?

Siempre había extrañado a su madre, especialmente ahora que era adolescente. Sentía la necesidad de escuchar cariñosas respuestas a sus mil preguntas, en medio de un cálido abrazo. La necesidad de sentirse amada era grande. Por los comentarios que

Gertrudis imprudentemente hacía cuando la visitaban, se enteró de los detalles de la desaparición de su madre.

—¿La torturaron, si sabías? Fue terrible, terrible. La encontraron botada en un potrero a las afueras de Acacias. Y yo tuve que hacerme cargo de esta huerfanita...

—Una y otra vez escuchaba el mismo relato. A veces con exageradas exclamaciones. Otras, donde la víctima era la tía por haber tenido que llevar a cuestas la responsabilidad de sacar adelante, a su edad, a una niña tan “desagradecida y desatenta”.

—A usted no le falta nada, “mijita”, le repetía constantemente. Tiene la comida que es lo más importante, la educación y una cama. Deje de quejarse tanto. Agradezca que la recogí y que siempre he estado pendiente de lo que necesita, a pesar de mi vejez y poco dinero.

Se lo recalca aún más cuando se cansaba de lavar la loza, o barrer la tupida alfombra, o desgranar las arvejas, sentada en la butaca de la cocina. En esas ocasiones, hubiera deseado salir al parque que se veía desde el ventanal de la sala para jugar bajo el picante sol de tierra fría, tal como hacían los demás niños.

¿Jugar a qué? A lo que fuera. A esconderse, a correr tras la pelota, a saltar en la golosa. Realmente el nombre o la dinámica del juego eran lo de menos; lo único era salir y escapar... huir de aquellas verdes y redondas arvejas amontonadas en el perol.

Alguna vez, Marina trató de entablar una seria charla con las arvejas, pero fue imposible. Pensaba que su imaginación se había acabado y que ya no era capaz de soñar y recrear otros mundos. No le resultaba fácil dar vida a sus amigos inanimados como hacía cuando era pequeña y vivía con su madre y sus hermanos.

En aquellas ocasiones, se sentaba en el patio de tierra con las piernas bien estiradas como si formaran dos murallas protectoras entre las que alineaba algunos guijarros, chicharras, uno que otro escarabajo y unos pocos maíces. Tenía que defenderlos de las gallinas que venían dispuestas a llevarse alguno de ellos y salir orondas con el trofeo entre sus picos.

En ese momento y solo en ese momento, los guijarros dejaban de ser guijarros, los maíces dejaban de ser maíces, las chicharras dejaban de ser chicharras y los escarabajos dejaban de ser escarabajos

y se transformaban en seres de otros mundos, cada uno con características extraordinarias.

Pasaba largas horas jugando distraídamente con sus maravillosos juguetes, construyendo sus mundos en las sombras irregulares que arrojaba el frondoso árbol de mango sobre el suelo de tierra, hasta que llegaban sus hermanos de la escuela y salían corriendo entre risas y choque de manos para sentarse a comer.

Las paredes de su casa, construidas con cemento rústico, dejaban entrever rastros de pasta cocida y pequeñas manchas de arroz, que en alguna ocasión habían saltado del plato de los niños al intentar comer con los desdentados tenedores.

Ni la mesa ni las dos camas que escasamente cabían en el cuarto, lograban mantenerse estables sobre el piso de tierra apisonada. Marina dormía en la cama doble con su madre y en la cama sencilla, a los pies de la otra, dormían sus hermanos.

Al inicio del año, especialmente en enero, cuando el sol se convertía en una esfera de enormes dimensiones rojizas y se podía observar directamente sin que lastimara los ojos, los rayos teñían las paredes del cuarto con tonalidades naranjas, amarillas y rojizas, como si estuvieran pintadas con vivos e intensos colores.

El rugido en su estómago la sacó de sus recuerdos. Y entonces decidió hacerlo. Sabía que su tía guardaba algunos ahorros en el armario de madera que tenía en la habitación. Y esperó pacientemente a que llegara el manto de la noche. Escondió en una bolsita de tela el dinero que había hurtado. Lo guardó con prisa, hecho un manojo, arrugado y maltrecho por el sudor que bañaba sus manos. Sentía el corazón salirse de su pecho...

A esas altas horas de la noche, los únicos ruidos que escuchaba eran los motores de los carros que solían transitar por la vía. Nada había alterado la calma. Se había quedado un rato escondida en un rincón de la cocina, cerca de su habitación. Estiró las piernas y sintió un hormigueo que subía desde sus pantorrillas hasta la parte superior de sus muslos, indicando que la sangre fluía nuevamente por ellas. Hacía tan solo unos instantes que había entrado a hurtadillas en la habitación donde dormía plácidamente su tía. Sabía que tenía el sueño ligero y por eso había tenido tanto cuidado.

La oscuridad de la cocina le imprimía cierto aire de seguridad. Esa habitación rectangular con alacenas de madera antigua y pintada de blanco, empotradas en las paredes de baldosas pequeñas color verde, no alcanzaba a opacar el picaresco destello que surgía de sus ojos negros.

—Ojos oscuros como el mar y tranquilos como los lagos —le había dicho su madre cuando ella le preguntó por qué le había puesto ese nombre.

—Marina viene de “mar”, ¿sabías? El mar es profundo y oscuro. Inmenso... Uno se puede perder por horas en las crestas de sus olas y navegar solo con la mente. Yo nací a la orilla del mar, en un día soleado. Soplaban una fresca brisa que dejaba, por donde pasaba, esa estela húmeda y salada. Tu abuela dice que aprendí a caminar persiguiendo caracoles. Con algas verdosas y húmedas me trenzaba largos cabellos que yo portaba altiva. Con ellos sobre la cabeza, me convertía en sirena y, con la espuma que lograba atrapar, me hacía collares brillantes. Era feliz. Muy feliz. Amaba el mar más que a ninguna cosa en el mundo...

Desde la cocina, Marina escuchó un ruido sordo proveniente de la habitación donde dormía la tía y fue tal la impresión que quedó hecha un ovillo en el rincón donde se encontraba; solo cinco pasos la separaban de su habitación. Todo se quedó en silencio. Después de moverse muy despacio, ya en su cama, Marina se tumbó boca abajo. Finalmente el cansancio la estaba venciendo.

En ese momento, antes de entrar a su mundo de sueños, pensó:

—Con este dinero voy a comprar comida y libros para el colegio. Con lo que sobre voy a ayudar a Lucía, mi mejor amiga. Nunca me ha dejado sola y ella no tiene dinero para estudiar. A ella le falta el dinero... A mí me falta mamá...

Adormilada balbuceó ininteligibles palabras entre sueños.

Escuchó pasos que se acercaban... pero el sueño fue más fuerte.

COBARDES COMO TÚ

Aura María Mena de la Cruz



El abanico gira sin hacer el menor ruido y él piensa en la forma de quitarse la sensación que ha dejado el lastimar a Mariana. Se levanta de la cama y se dirige a un bar en el centro de la ciudad. Se ha equivocado, no debió haberla rechazado así, tal vez ella no entendió lo que sucedía. La chica del vestido rojo se mueve de tal forma que ha captado su atención.

La mujer lo invita a bailar manteniendo su boca muy cerca de sus labios. Pero del otro lado de la pista está Mariana, bailando muy coqueta acompañada de otro hombre; la observa y comienza a desearla como en los primeros días que salieron. Fue un martes, cuando se confesó diciendo que le gustaba y quería estar con ella. Todo iba bien hasta que el mujeriego salió a flote; no había lugar para un compromiso. Estuvo con ella una última vez antes de aclararle los términos de su relación, pero Mariana lo tomó tan mal que se dirigió a la cocina por un cuchillo, y lo amenazó, echándolo de su cama, de su apartamento y de su vida con el epígrafe de: ¡No necesito hombres cobardes como tú!

Pero esta noche se quedaría con la chica de rojo; aunque quería a Mariana, también la odiaba por no hacer las cosas a su manera.

La mujer de rojo le dio un beso y apretó su entrepierna, luego le susurró al oído:

—¿No tienes miedo?

—¡No!

—Entonces, vamos a un lugar más privado.

—Claro, preciosa.

Solo había durado una media hora en el bar consumiendo una cerveza. Sin embargo, el alcohol había logrado un raro efecto en él, puesto que sentía una necesidad inmediata de dormir. Pero los celos de ver a Mariana con otro hombre no lo hicieron vacilar en irse con la mujer escarlata.

El frío del metal lo despertó, la mujer de rojo se besaba con otro hombre. Él no podía moverse, su cuerpo no le pertenecía, una luz interrumpía su visión. Un hombre vestido de cirujano metía las manos en su vientre.

¿Qué es esto? ¡No puede ser! El hombre extraía sus órganos, y la luz cegó completamente sus ojos.

MARIANA

Leonardo Gómez Marín



Aquella mañana de junio, Julián llegó hasta la casa de Mariana en la vereda Las Playas, parqueó la camioneta, saludó efusivamente a Andrés, uno de los hermanos que atendía la panadería y luego preguntó por ella.

—¿Qué hubo, Negrita? ¿Cómo estás?

—Bien, Niño Daví, y usted como está de repuesto. ¿Qué lo trae por aquí?

—Negrita, yo le dije que le tenía su guardado y aquí se lo traje —dijo él, mientras le entregaba un sobre con un sello postal americano.

Todo había sido tan distinto. Ninguna mirada maliciosa o insinuante, ningún roce accidental o premeditado como sucedió con el “Niño Daniel”, cuando llevaba sus amiguitos a la casa e inventaban cualquier excusa para pasar tan cerca que lograran rozar sus caderas con su precaria masculinidad. Nada de eso había pasado entonces.

—La virgen me las acompañe, manéjense bien —había dicho doña Ángela mientras cerraba la puerta de la camioneta.

Iban a ser las tres y el sol rutilante inundaba las paredes límpidas del balcón. Mariana aprovechó el momento de soledad y subió un poco el volumen de la grabadora para oír el especial de aquella tarde sobre Rey Ruiz y Gilberto Santarrosa. Luego recordó que “La Nana” estaba durmiendo y giró la perilla hasta el nivel habitual.

Terminó de lavar el primer baño y ya se disponía a continuar con el otro cuando Ana María apareció en el patio.

—Mary, vamos a ver una película, deja eso así.

—No mi niña, usted sabe cómo es su mamá. Después viene y me regaña porque todo no está “implacable”, como ella quiere.

—Será impecable —dijo Ana María, soslayando una sonrisa—, y no estoy diciendo que no los lavemos, lo que digo es que puede ser ahora más tarde o mañana. ¿Sí? ¡Por favor!

Fueron unas imágenes nuevas para las dos y resultó inevitable tratar de ocultar el rubor en los pómulos o alguna mueca de risa ante la escena de dos mujeres que se besaban con una ternura inusitada. Cuando acabó la película y ante la insistencia de la otra, Mariana habló de aquel primer beso allá entre unas plataneras y de tal o cual muchacho que, como decían en su pueblo, “le arrastraba el ala”. Los cinco años de más le otorgaban un cierto sentido práctico de la vida que pese a los prejuicios raciales del abuelo Toño lograban fascinar a Ana María, quien siempre la había visto como una cómplice que sabía entender los silencios y tristezas que a veces ni ella misma entendía. Solo a ella le había leído algunos de los sueños extraños que religiosamente registraba en sus cuadernos.

La noche empezó a colarse lentamente, como a escondidas por las ventanas. Mariana dijo que se daría una ducha antes de prepararle la comida y bajó a su habitación, que estaba contigua a la cocina y la zona de ropas. Ana María bajó también al instante con una canasta llena de cremas que encontró en la habitación de sus padres y una revista que describía una serie de masajes para relajar el cuerpo y tonificar los músculos.

Le fue difícil convencerla, Mariana solo acostumbraba usar agua y jabón, decía que las cremas y perfumes le hacían perder a la piel su natural encanto. Ana María se deshizo del suéter y se tendió boca-bajo en la cama, mientras Mariana, de rodillas sobre una pequeña tarima, esparcía en su espalda el primer producto que indicaba el

artículo. Se sintió extraña, la escena era una fiel copia de la película, luego sería ella tendida sobre la cama y el hecho de descubrirse casi desnuda delante de otra mujer le produjo una mezcla de gozo y vergüenza. Posó su mirada sobre la espalda y algo la estremeció. El gesto sugirió una sonrisa mientras los ojos seguían el movimiento casi involuntario de los dedos que dibujaban una serie de figuras sin sentido.

—Anairam —susurró Ana María mientras sus labios, subyugados por aquella piel serena, besaban con ternura el cuello, aspirando el olor a jabón de ropa. Mariana volvió el rostro para indagar por esa combinación extraña de letras en la que sin saberlo estaban inmiscuidos su nombre y el de la muchacha.

Sus ojos se encontraron en la luz naranja que emitía la lámpara. Los dedos de Ana María formaron una cruz arriba del mentón, ahogando cualquier inquietud y logrando que ella cerrara los ojos en una especie de devoción. Luego fue una boca convulsa deslizándose por las mejillas, por los párpados y las orejas medio frías, por los hilos rubios que desembocaban en unos hombros extremadamente blancos y cubiertos de pecas.

Un impulso abrasante se acomodó en los cuerpos, bajo las sábanas se besaron con miedo, entre rabiosas y tiernas, queriendo arrancarse en cada beso pedazos desunidos de imaginación. El juego obró su transformación en una mezcla de vida y muerte que no parecía tener fin. Después se quedaron abrazadas en una amalgama de sueño y letargo, rozándose la espalda con los dedos y sin querer descubrir los rostros que permanecían hundidos entre el colchón.

El celular de Ana María retumbó varias veces y ella colgó con desgano, guiada por el movimiento mecánico de los dedos que se deslizaron con torpeza hasta encontrar el botón adecuado. A las siete de la mañana tocaron la puerta, Mariana se despertó sobresaltada y empezó a vestirse. No encontraba la blusa y el corazón se aceleró cada vez más en una carrera atropellada contra los segundos. Sintió de nuevo el golpeteo en la puerta y mientras bajaba la escalera hasta el primer piso pasaron por su cabeza todas las escenas de fatalidad que había visto en las telenovelas. Espió por el lente y vio que era el Niño Daví. Las manos se hicieron torpes para abrir la puerta.

—¿Estas viejas es que se fueron de rumba o qué?

Ya iba a llamar nuevamente cuando Mariana encontró el valor suficiente para esa labor cotidiana y sencilla de atender al recién llegado.

—¡Bueno'j día Niño Daví! ¿Qué le pasó?

—Nada, Negra, que se me quedó la caña de pescar y un libro del que tengo que estudiar algo para un parcial —dijo él mientras abría la puerta de la sala que daba al garaje.

—¿Le preparo desayunito?

—No, Mariana, vaya siga durmiendo m'hija que usted está como muy trasnochada. Es que de haber sabido que estaban dormidas habría traído las llaves de mi mamá.

Pronto encontró la caña y tomó el libro que estaba sobre la mesa del comedor. Cuando salía advirtió la presencia imponente de Mariana, que aún permanecía junto a la puerta, y agregó:

—¡Eh ave María, Negra! ¿Cuándo es que usted se va a dejar robar? ¡Ah? Usted sabe que yo le tengo su guardado. Dígale a La bruja que no sea perezosa —y salió de prisa imitando el relincho de un potro libertino.

Fue a la cocina y preparó un café. Se sentó junto a la mesa pequeña y algo le trajo el recuerdo del día en que llegó por primera vez a esa casa. Fue una mañana de septiembre en la que hacía un frío endemoniado y después de caminar más de una hora logró acertar con la Urbanización San Sebastián de La Alameda. Allí, el portero la hizo esperar un momento, no sin antes reparar en la sandalia izquierda que su padre le había arreglado el día anterior, y la línea insondable que advertía el escote de la blusa.

Su prima le había dicho que era una buena familia y aunque doña Ángela era un poco fastidiosa en su insistencia por mantenerlo todo completamente brillante, en el fondo era una mujer sensible y comprensiva. Don Alberto, con su porte bonachón y algo ordinario, hacía el contraste cultural y glamoroso de aquella familia; era malhablado y morbosos, cosa que hacía rabiar continuamente a doña Ángela, porque no soportaba sus arranques de campesino empedernido y esa obstinación enfermiza por los caballos y las apuestas.

—Y del Niño Daví, de ese ni se diga —le había advertido la prima—. Es igual de cansón al papá y muy atrevido con una.

De “La Nana” no dijo mucho, solo que era una muchacha muy rara, como loca, a veces, con sueños y visiones que nadie entendía.

En ese instante, recordó que debía llevarle la pastilla. Entró a la habitación y puso el vaso sobre la mesita de noche, junto a la lámpara. Le susurró entonces, como en otras tantas mañanas:

–Nana, aquí está la pastillita. Levántese que ya son las diez.

Los rizos reposaban sobre el rostro candoroso de Ana María. El susurro produjo una sonrisa y sin despegar los párpados extendió los brazos diciendo:

–Usted es mi remedio, Negra hermosa.

Y la abrazó hasta enrollarla con las sábanas. Aún estaba desnuda.

–Ay niña ¿qué está haciendo? –dijo Mariana advirtiéndole que aquel no era el juego de cosquillas que en las tardes del último domingo del mes compartía con sus hermanos.

–¿Cómo que qué? ¿Cómo que qué? –agregó Ana María entre mimos–. Si me has dado un noche hermosa, mira que no he tenido pesadillas.

–No sea desagerada, Nana, que eso fue una locura nada más, usted durmió bien porque estaba cansaíta.

Ana María negó con la cabeza y la besó en la frente. Luego se recogió el cabello y buscó en el armario hasta encontrar la salida de baño. Mariana la contempló en toda su belleza corpórea: tenía cuatro lunares en la espalda que formaban una especie de constelación y las piernas algo delgadas, pero esbeltas. Murmuró algo confuso y agregó entre dientes:

–Niña, perdone usted, voy a prepararle el desayuno.

–No, jovencita –dijo Ana María empujándola hacia la cama–, usted me hace el favor y se me queda ahí acostadita que hoy es la reina de esta casa.

–Cuál reina, no diga eso que me hace sentir muy rara.

–Pues muy rara y todo, pero de ahí no se va a mover hasta que yo le traiga el desayuno. Alcanzó la puerta y empezó a tararear una canción de victoria.

Mariana permaneció un momento sentada en el borde de la cama, tratando de entender ese cosquilleo que le recorría el cuerpo. ¿Qué juego era ese? Miró las fotografías que había junto al tocador y en ellas el rostro acostumbrado de “La Nana”: la mirada tímida

delatando su encierro, sus miedos, fantasías y sueños perturbados. Cuántas veces tuvo que acompañar a doña Ángela y ayudarle a controlar las convulsiones que le producían los ataques. Las tías decían que era algún mal de ojo, o algún hechizo maligno de la moza que tuvo don Alberto allá en la oficina. Él decía que la niña era tan enfermita por la bobada y la cansonería de la mamá que ni siquiera la dejaba tener un novio.

Aunque les angustiaba mucho no poder entrar en ese mundo de sueños y pesadillas, pensaban que era la fiebre lo que la hacía hablar en esa lengua extraña e incoherente; solo David y su primo Santiago advirtieron algo de profético y místico cuando descubrieron que uno de los sueños registrados en el diario coincidía con las noches de lujuria que ellos habían vivido en Cartagena. Por eso David le decía “La bruja”, con un dejo de cariño y compasión.

Aquel rostro triste, enfermo y silencioso fue el de “La Nana” que ella reconoció durante los tres años que llevaba en ese lugar; pero esa mañana se develaba en la piel de la muchacha el prodigio de una mujer distinta. ¿O era solo una “alucinación” suya? Se vio en el espejo y sintió que también ella era otra, que la sangre no corría ya con parsimonia por su cuerpo adormilado, que en el pecho algo galopaba con prisa al compás de un baile gozoso. Nunca había experimentado un encuentro como ese. Quién iba a pensar que una muchacha le iba a conceder ese gozo extraordinario que ningún hombre le había brindado. ¿O ese cosquilleo habría llegado solo con la edad, con la soledad en que se había convertido su existencia cuando murió su padre y ella se hizo madre y hermana de toda su descendencia? Sintió también que sus labios y sus manos blanquizas habían obrado algo milagroso en el cuerpo enfermizo de la muchacha, solo que al ver de nuevo la foto de toda la familia intuyó que ese ensueño apacible sería también la peor pesadilla para doña Ángela y sus amigas de la cofradía.

Ese domingo transcurrió entre risas, juegos y uno que otro beso furtivo. Vieron otras películas, jugaron con el *Play Station* del Niño Daví, lavaron juntas el baño y comieron pizza hasta la saciedad. Cuando doña Ángela y don Alberto llegaron, las encontraron dormidas en sus respectivas habitaciones, como agotadas por el cansancio de toda una vida vivida en la fugacidad de un instante.

Las dos semanas siguientes transcurrieron en una calma aparente hasta que doña Ángela y el abuelo Toño empezaron a inquietarse por la repentina vitalidad de “La Nana”: todas las comidas eran un deleite solo si provenían de Mariana, no hubo convulsiones ni pastillas para dormir y, lo más infrecuente, ese afán de ir juntas a pasear a Homero por los prados de la urbanización. La curiosidad los llevó hasta los cuadernos de “La Nana”, a los que nunca habían prestado atención, escritos en una caligrafía invertida y medio confusa. Mirando frente al espejo, descifraron la palabra “Anairam” y el desenlace de aquella noche lluviosa cuando sonó el teléfono muchas veces y nadie quiso contestar. La lectura le alteró a doña Ángela la presión sanguínea y por poco se desmaya cuando en su mente empezaron a construirse innumerables imágenes de pecado y vergüenza.

Al día siguiente y luego de escudriñar con recelo lo que aquellas dos almas parecían decirse únicamente con la mirada, se tomó la decisión irrevocable: “La Nana” se iría con la tía Amparo que ahora sí se iba a quedar definitivamente en Nueva York. Allá se iba a aliviar de esa enfermedad tan rara y estudiaría la carrera de azafata que doña Ángela había establecido para su porvenir. No hubo quién le hiciera cambiar de idea, así don Alberto se enojara, renegara, se opusiera categóricamente y terminara por aceptar la sentencia, llorando a solas, oculto en la pesebrera de la finca toda una noche.

—Manejáte bien, Negrita, Dios te pague por todo y que la Virgen te acompañe —fue lo único que atinó a decir sin entender muy bien la renuncia que orquestó doña Ángela prohibiendo cualquier comentario o indagación sobre el tema.

—¡Que la Virgen te acompañe! —murmuró para sí Mariana, recordando la voz de don Alberto y asintió con enojo que lo ocurrido esa noche aún persistía en su mente y quizá en su cuerpo.

El despertar a la vida para “La Nana” se convirtió para ella en una especie de muerte dolorosa y lenta. La que tantas veces palmeó los brazos para acallar las tormentas de algún corazón inquieto, la negra hermosa de grandes caderas y ojos de fuego que disfrutaba de los coqueteos y hasta algún beso escondido con este o aquel patrón, se sintió ínfima y sucia; como si algo se le hubiera quedado pegado y ningún jabón surtiera efecto en su piel manchada.

Julián se despidió, le dejó un número de celular “por si algo” y salió cabizbajo, pensando en eso que al fin creía entender. El sol lejano caía detrás de la montaña como una moneda gigante sobre la inmensa alcancía del horizonte.

VEINTICINCO PALABRAS

Diego Valbuena



“Mayo de no sé cuándo. ¿Acaso importan los detalles? Dios está en los detalles, por eso decidí ser atea. Mis sienes palpitan por el deseo de escribir cómo palpitan mis labios mayores por el sexo que no he tenido. Mi vagina es la que piensa por mí, pero no quiero dar detalles. He tachado al menos veinticinco palabras, parecían bien ubicadas, parecían expresar lo que siento, pero las palabras son unas putas —por menos de un suspiro se lo dan a cualquiera: sus sentidos, sus significados, sus intenciones—. Putas, putas, putas. Debería tachar todo lo que he escrito, pero me gusta la textura de esta hoja, absorbe mi rabia, mis lágrimas y mis escupitajos. Yo sé que a él le gustaba mi saliva, se la tragaba sin miramientos y yo lo miraba con miedo. ¿Podría secarme de todos mis flujos, mis influjos? Preferí huir, como siempre hago cuando de temores e inseguridades se trata. Cabritos, cabros, cabrones. Taché una de las tres —no estoy de acuerdo conmigo—. ¿Acaso eso importa? Desprecio mis propias razones así haga creer que las tengo todas. El mundo morirá engañado al amanecer del día de los santos inocentes y no se dará cuenta de nada, porque será ingenuo, incrédulo y no hay oración que valga antes de la caída. Jesús —¿así es que se llamaba?— Ese pobre infeliz

cayó de rodillas no sé cuántas veces por nosotros, por mí. Nunca caeré por nadie, solo por mis piernas. Pero no quiero dar detalles. Esto se lo iba a entregar a él apenas se recuperara; pero al despertar me miró a los ojos y dijo: —¡Te odio, puta! Puta como las palabras. Sentí que deseaba verlo putrefacto, pero no se merece tanto, recibí lo justo. Murió al segundo día. Miro la hoja de seda con mi caligrafía —es linda, pero algo desordenada—. Y, ¿ahora? Lo justo es la liberación a través del fuego. Ya quemé mis recuerdos, mis juguetes y hasta a mis padres. Me incomoda tanto reguero de cenizas en el andén. Barrer, lavar, esperar a que se seque para poder pisar de nuevo esa parte que tanto me gusta —con mis pies que tanto me gustan—; aunque sea frío ese suelo renegrido, aunque sea oscuro, es mío. De lo poco que es mío. Él nunca fue mío. Igual, no lo quería para mí: un cuerpo ajado, cercenado, mutilado, asexuado, desmitificado. Mucho menos tendido en esa cama séptica, apenas podía contener las ganas de vomitar cuando de su boca salían palabras de amor, de sueños, de deseos, de futuros. Pobrecito. Su futuro estaba mal conjugado, era imperfecto. ¿Y, ahora? Sigo escribiendo, taché dos veces cercenado —no sabía cómo se escribía—; taché una vez aséptica —demasiado limpia para mí—. No voy a usar más hojas de seda, con una basta. Pero, si recibieras esta hoja con mi perfume y mi humedad, sabrías lo mucho que...”

Una gran nube de hojas de seda surgió desde algún lugar del mundo. No hay ventanas abiertas, no hay almas cayendo, no hay muertos elevándose por los cielos, dónde está la dueña de esa hoja, quiero saber los detalles de lo que le iba a decir. Soy morbosos. Las verdades mueren escritas en hojas de seda. La hoja huele rico, huele a sexo de niña, huele a compota, huele a leche. Pero me siento lleno. Nada me amarra a esta hoja que vi flotar sobre mi cabeza. Solo la vi caer y quise tocarla, morbosos para leerla, morbosos para arrojarla, morbosos. Me aburren las historias incompletas.

LA RISA DEL BURRO

María Victoria Acevedo Ardila



Cuando mamá llegaba a la casa lo único que quería era ponerse las chancas, el mandil y que nadie le hablara. Parecía un robot, me daba la plata y yo ya sabía la cantidad y la clase de pan que debía traer.

Me gustaba ir hasta la panadería, repasar el mandado, sostener fuerte el billete para que no se perdiera. Era solo una cuadra, pero en la mitad del camino siempre estaba el perro del barrio.

Burro, como lo habíamos bautizado, saludaba con ganas y sin falta sonreía, por eso le decíamos así, porque mostraba los dientes en forma rara, casi rebuznaba de felicidad. A veces competíamos a quien llegaba primero a la tienda. Yo abría los brazos como si fuera a volar y él brincaba como un conejo. Siempre me ganaba la carrera. De premio, le daba el pan del vendaje y él se quedaba en la puerta de los locales esperando otros bocados: nadie se podía resistir a su sonrisa “Closeup”.

Al llegar a la casa, dejaba el paquete en la cocina y me iba derecho a hacer tareas. Todo lo hacía sin chistar. Así evitábamos que mamá nos lanzara uno de sus conjuros maléficos.

—No me hagan mover de aquí —decía.

Teníamos el tiempo contado y antes de la comida pasaba a revismos. Si teníamos algo mal perdíamos el postre de la cena. Nos arrancaba la hoja y había que volver a hacer todo de nuevo.

Eduardo nunca lloraba, pero a mí de vez en cuando se me escapaba una lagrimita. Mamá decía que llorábamos “más que un gato en un machucadero de carne”.

Yo me sentía orgullosa porque era menos chillona que el primo Calique. Él se ganaba todos los premios: él era la Magdalena. Por eso siempre yo hacía los mandados. A mí no me iban a comer las hormigas.

Yo no era tan dulce como Calique, o al menos eso creía, hasta esa tarde en que me encontré sin competidor a mitad de la cuadra. Burro no estaba. Corrí, corrí mucho para ver si de pronto salía de algún escondite y me alcanzaba en la puerta de “La superpan”.

No apareció, pero en su lugar estaba el corrillo de vecinos lanzando conjeturas. Estaban velando el perro, que se revolcaba de dolor. Alguien lo había envenenado con vidrio molido; eso decían.

Se le estaban trozando las tripas y los ojos se le aguaban como a mí se me inundaba el alma. Sabía que alguno de esos viejos había sido; todos se hacían los preocupados, pero se les veía lo hipócritas por encima.

La bruja de la casa cinco me sonreía con su cara bobalicona, sacaba los dientes como mi amigo Burro, me ponía las manos mantecosas en el hombro, se las daba de buena, pero el escalofrío que se me trepaba por todos lados la delataba. A ella le gustaba matar perros y nadie se daba cuenta. Solo yo lo sabía.

Algo se me quebró por dentro.

SIN GASOLINA DE REGRESO

Jhon Walter Torres Meza



*A mi padre
Ancízar Torres
al que pertenezco en vida y muerte*

William colgó el teléfono y se dirigió al cuarto. En el clóset, las camisas estaban ordenadas; se puso una guayabera, de color verde vivo, con palmeras y margaritas, no recordaba haberla usado. Sacó la caja donde se encontraba el arma, su hija la había guardado en la parte más alta del clóset por seguridad. El Colt calibre 38 no perdía su brillo. William la miró extasiado, la cache blanca parecía no haber sido tocada nunca, el tambor y el tubo relucientes —es inmortal— pensó en voz alta. Cuando estuvo listo, se miró al espejo, se veía —o él creía ver la figura de un veterano de guerra, de un soldado sobreviviente—. Sus arrugas no tan marcadas, el pelo blanco, la camisa guayabera por dentro y el revólver en la cintura, le daban el aspecto de un militar retirado. Con paso firme caminó hacia la salida. En la sala, Araceli tejía o destejía un suéter. Su mujer lo miró a los ojos y supo lo que estaba pasando y lo que iba a pasar. William, sin decir una palabra, la abrazó. Nunca hablaban. El tiempo les enseñó un lenguaje misterioso, el lenguaje en que la presencia y el silencio

comunican las almas. Al salir de casa, Rocky fue tras él, el perro presentía que este era el último viaje de su amo.

La ciudad se había transformado, ya no era la misma que William conocía. Ahora las calles por las que siempre anduvo eran diferentes, sus casas y edificios modernos parecían despreciar el Renault 4 modelo 88, que a una velocidad de 30 km/h, avanzaba perdido en una avenida interminable. Después de una hora, William llegó a la casa de Mario. Su amigo lo esperaba vestido con un viejo sombrero y botas texanas.

—Hombre, casi que no llega, y por qué se trajo a Rocky. William no supo explicar la presencia del perro, cuando subió al auto, el animal ya estaba dentro.

—Es mi guardaespaldas. Vámonos, se nos hace tarde.

Junior, el único hijo que había tenido Mario, salió para recibir al invitado:

—Padrino, espero no se demoren. Mire que ya son las 8:00 de la noche y esta ciudad es peligrosa.

Mario lo interrumpió:

—No sea grosero hombre. Además, damos una vuelta y nos venimos.

El negro Mario subió al auto y William, sin despedirse del joven, aceleró el vehículo.

—Disculpe a este muchacho compadre, no respeta a los mayores.

—Y además se le olvidó que yo le limpié ese culo.

Los dos amigos rieron.

—Bueno compadre y para dónde vamos.

—No tengo la menor idea, pero tengo plata. Usted sabe Mario que uno con plata hace lo que quiere.

—No, no, Rocky —el perro se tiró encima de Mario y lo lamía buscando juego—. Pues entonces vámonos para el bar de la abuela, en la 44. Hace como diez años que no vamos. Oiga y ¿dónde es que estamos?

—Toca preguntarle a un taxista. Listo, vamos donde la abuela ¿Cómo era que se llamaba el bar?

—Si la memoria no me falla compadre, *Calentura*, creo que *Calentura*. Oiga compadre ¿Y la música?, pongamos música compadre.

—Busque ahí, en la gaveta —Mario abrió un pequeño cajón y cayeron varios casetes. Desde que sufría de migraña, William no volvió a escuchar música, en realidad, ya casi no escuchaba nada.

—Compadre, esto no sirve, no suena nada, dejémoslo puesto, pero está dañado.

William rió, se sentía contento de estar al lado de su compañero Mario, un negro de 1.90 de estatura; era su amigo de toda la vida. Crecieron juntos, estudiaron juntos, ambos prestaron servicio militar y cuando terminaron se casaron en un matrimonio doble. Los dos habían pasado miles de parrandas. Después de preguntar a varios taxistas, llegaron a la dirección donde en sus años de gloria amanecían tomando y bailando. Ahora era una gigantesca discoteca. Desde el carro se veían las luces y se escuchaba el alto volumen de música electrónica. Una mujer en la entrada, con una camiseta de esqueleto y los brazos tatuados, al ver el carro detenido se acercó.

—Abuelos, a quién buscan. ¿Les ayudo en algo?

—Buscamos a la abuela. Este bar era de ella. Lo que pasa es que hace tiempo que no venimos y quisiéramos saludarla —dijo William con amabilidad.

La mujer rió con malicia y mostró un pirsin en su lengua. Los viejos amigos sintieron un olor extraño que salió de su boca.

—¿La abuela? —la mujer pensó un momento— claro, creo que una de sus familiares está aquí. Espérenme abuelos, ya salgo.

—William, a mí esta mujer con esos tatuajes y esa cara como de loca no me cayó bien. ¿Por qué más bien no nos vamos?

—No hombre Mario, esas muchachas de hoy en día son así, son otras modas, otros tiempos. Esperemos unos diez minutos, si no sale nos vamos.

De la discoteca salió la mujer de los tatuajes, acompañada de un hombre y otra mujer. Avanzaban en cámara lenta, vestidos de trajes largos y negros. Sus caras parecían maquilladas de una tinte roja con blanca. Los dos amigos los vieron acercarse y Mario tuvo un presentimiento.

—No se preocupen abuelos, frescos, abran las puertas —dijo la mujer de los tatuajes. El movimiento fue rápido; antes de que Mario y William pudieran asegurar las puertas, el trío estaba dentro. Se sentaron en la parte de atrás. Rocky empezó a ladrar con furia.

—Calme el perro abuelo, no les va a pasar nada, solo arranque si no quiere que nos molestemos —dijo el hombre de atrás y enseñó una pistola. Su voz era gruesa, los dos amigos no lo veían, su cabello largo ocultaba el rostro.

—Tranquilo hombre, ya nos vamos, calma, calma Rocky —dijo William y acarició suave al perro. Mario, nervioso, no sabía qué hacer, miró a su amigo, y éste, sacándose un poco la camisa, con ligereza le mostró el Colt 38.

William condujo en silencio hacia las afueras de la ciudad. Se adentraron por una trocha desconocida; el hombre de la gruesa voz ordenaba la dirección mientras inhalaba cocaína con sus dos compañeras. Mario, desde que vio el revólver de su amigo, había calmado un poco los nervios; recordaba tiempos pasados cuando él y William en fiestas y bares peleaban a puñetazos; su amigo nunca utilizó el arma, pero —pensó Mario preocupado— esta vez sí la necesitaría. Después de dos horas de camino, llegaron a una pequeña casa. El hombre de la voz gruesa ordenó bajar. Caminaron en la penumbra alumbrados por el celular de una de las mujeres y entraron al recinto. En la sala se imponían afiches de la ciudad de New York con sus gigantescos edificios. En uno se veía a George Bush sosteniendo la bandera norteamericana, también figuras de la esvástica e imágenes recortadas de periódicos que mostraban a varias personas asesinadas. Los ancianos fueron amarrados y sentados en medio de la sala; a Rocky, que había dejado la agresividad, lo metieron en la cocina. Los secuestradores apagaron la luz y encendieron velas alrededor de los ancianos. William se lamentó de no haber usado el arma a tiempo, todo fue muy rápido. El trío se empezó a desnudar. Mario vio el rostro del hombre y notó que tenía los ojos blancos, como de vidrio —sintió temor—. Era casi de su estatura; su cuerpo, igual que el de las chicas, lleno de tatuajes; el cabello hasta los hombros, y musculatura de gladiador romano. William, con el arma en la cintura, pensaba cómo soltarse de las amarras. Al principio no le preocupó la actitud de los jóvenes, ahora estaba desesperado, sabía que él y su amigo corrían peligro.

—Ustedes serán sacrificados. Han vivido más de la cuenta. La ciudad ya no los necesita. Deben dejar espacio para los que vienen atrás, para las generaciones jóvenes seguidoras de New York que es

la ciudad mayor, que se impone, que se expande con su música y ejército en nuestro país y el mundo entero. Ustedes atrasan la civilización –dijo el hombre. Una música electrónica sonó fuerte. Los tres secuestradores bailaron en torno a los ancianos, como una tribu caníbal realizando un rito. Los dos amigos miraban los cuerpos desnudos que se penetraban en una danza enigmática.

–Estos hijeputas están locos. Mario, trate de coger un pedazo de cuerda de la mano mía y la hale... hale, hale duro, que ya casi tengo la mano afuera –dijo William en voz baja mientras su amigo hacía fuerza con sus dedos, tratando de aflojar el nudo que los tenía prisioneros.

Los tres secuestradores fundían sus cuerpos en una orgía sexual. El hombre de los ojos blancos detuvo la penetración cuando se dio cuenta de que los ancianos se liberaban.

–No intenten nada, abuelos –gritó en voz alta y fue por el arma.

William supo que el momento de actuar había llegado. Sacó el arma y detonó las seis balas del Colt –bum, bum, bum–... Los proyectiles se hundieron en el cuerpo del hombre. Mario miró el brazo firme de su amigo que disparaba con decisión. La música se detuvo y las mujeres, al ver el cuerpo sangrante de su compañero, abandonaron la casa al instante. Hubo un silencio sepulcral. Los dos amigos, paralizados, observaron el cadáver desnudo bañado en sangre. Rocky los sacó de la parálisis. El perro ladraba enloquecido. William y Mario, sin pronunciar palabra, tomaron el animal para marcharse. Al salir, vieron un afiche tétrico de la ciudad que colgaba de la pared y mostraba con supremacía sus grandes edificios y luces; los ancianos creyeron estar frente a un monstruo.

El auto avanzó tres kilómetros y se detuvo, no había gasolina de regreso. Se veían los primeros rayos del sol que alumbraban la ciudad. Una ciudad desconocida para los dos amigos. William sintió un cansancio enorme en el cuerpo. Veía la entrada de la ciudad, pero no tenía ánimos, estaba cansado.

–¿Qué pasa William, por qué para?

–Se acabó la gasolina, Mario. Esta noche fue muy larga. Pero les mostramos a esos hijeputas quiénes somos, ¿o no? Como en los viejos tiempos.

William, sentado al volante, sintió acelerar su pulso acompañado de un fuerte dolor en el pecho; recordó a Araceli cuarenta años atrás, la vio con un vestido de flores, joven, esperándolo en el pequeño pueblo donde le había prometido un futuro.

Mario miró a su amigo, extrañado, en realidad le preocupaba lo sucedido. Habían matado a un hombre. ¡De repente sonó un disco a bajo volumen! —*Caminando por Caracas, la gente me saludaba y andaba, yo levantaba mi mano de hermano y Caracas me abrazaba... a mí...* Sus ánimos cambiaron.

—William “escuchá” esa canción, es Piero. A la hora que se viene a arreglar este radio. Con esa canción si tomábamos, ¿no?

Pero William no le contestó. En su rostro se dibujaba una sonrisa. Por una extraña razón, Mario supo que estaba muerto, tocó su pulso y no lo sintió. Con lágrimas en los ojos le dio un beso en la frente y salió del auto; quiso llevarse a Rocky, pero el perro, fiel a su amo, no le obedeció. Se alejó recordando la valentía de su amigo. William lo libró de una muerte segura. Caminó lento, muy lento, repitiendo el disco de Piero, hasta que al final, con la luz del alba, entró en la ciudad.

AL FINAL DE LA CURVA

Norwell Calderón Rojas



Ambos escucharon la lejana estridencia del claxon, pero solo Juan se asomó. El viejo Chevrolet pasó a toda marcha y él le siguió el rastro desde la sucia ventana, como lo hizo con los otros. Fue igual: la alarma de la bocina abriéndose camino entre el humo denso y el seco pasto, la polvareda, el carro brincando sobre la tierra hasta perderse en la larga curva. También esta vez el polvo se asentó en un olor quemado y en el silencio. El Chevrolet era el sexto carro que pasaba en esa semana, el único en dos días.

Desde la ventana, Juan atisbó a través del humo la bicicleta envejecida por el óxido y el polvo, recostada a los toneles vacíos del otro lado del camino. Mirar por la ventana aumentaba el ardor reseco de su garganta, la dificultad para hablar, pero no podía dejar de hacerlo.

—Ana, en este venía un niño.

—Los carros llevan gente, llevan niños.

—El niño me vio. Quería decirme algo.

—Los niños siempre miran por la ventana, siempre quieren decir algo.

Ana apretó la aguja entre los labios cuarteados, trazó el dobladillo sin dejar de mirar al hermano de su difunto esposo. Juan sintió que la mirada y el calor desollaban su nuca; se pasó la mano por el cuello una y otra vez hasta que la mirada dejó de molestarle y pensó en voz alta.

—Ninguno se ha detenido desde que empezó el humo.

Ella dejó la labor, se levantó acezante de la larga banca, revisó en las paredes los trapos que taponaban los huecos y regresó al lugar donde estuvo sentada desde el amanecer. La cadencia asmática de su respiración se notaba en el cuello flaco, venoso.

—Mujer, la bicicleta está oxidada. No sirve.

—Y si sirviera no valdría de nada. ¿Para qué irse? Afuera solo hay humo.

—Esa gente viene de algún lugar, va para algún lugar.

—Todo el mundo viene de alguna parte y va para alguna parte.

Menos nosotros.

—El niño me vio.

—Los niños miran, pero no ven.

El hombre aplastó contra el vidrio una oruga seca, se limpió la mano en el pantalón, volvió la mirada hacia la bicicleta, hacia la llanura sedienta, aplastada por la interminable nube gris. La mujer lo veía mirar el silencio mientras se pasaba de una mano a otra el último cabo de vela.

—Debajo de la cama está la cadena. Su hermano iba a arreglar la bicicleta la tarde que lo mataron.

—Las llantas están desinfladas.

—También está la bomba.

—Igual, no hay nada en cien kilómetros. No resistiría.

—Entonces quédese.

Él siguió en la ventana un largo rato, hasta que el ruido de un motor lo hizo pegar la cara contra el vidrio. El carro atravesó el camino y fue directo a la zanja. Lo vio estrellarse, caer sobre el caparazón como cucaracha envenenada, con sus llantas girando unos segundos; luego el estruendo se escarchó en el silencio. Ana fue a la ventana, Juan a la puerta. Él le buscó los ojos, ella le respondió con su mirada y salieron al camino por primera vez desde que empezó el humo.

—Es el mismo carro.

—¿El mismo?

—El Chevrolet del niño.

El conductor tenía medio cuerpo afuera y todavía respiraba, el niño debía estar aplastado. Una mano, pequeña y blanca, se asomaba por debajo del capó.

—Mujer, seguro se perdieron.

—No. Es que tampoco encontraron la salida.

Juan quitó las llaves, abrió el baúl y revisó. Sacó una bolsa pequeña.

—Ya no tenían agua, solo galletas.

Ana apretó un pañuelo contra su boca, fue a la cabaña, volvió con una escopeta, se acercó al herido y le dio dos culatazos en la frente. El hombre dejó de respirar.

—Ahora tenemos el carro.

—El carro ya no sirve, mujer.

Esperó a que Ana regresara a la cabaña, se acercó al Chevrolet y de rodillas acarició la mano del niño. Después fue hasta los toneles y arrastró la bicicleta a la cabaña. Montó la cadena, y trabajó en los frenos hasta que supuso que era mediodía, luego se recostó en la larga banca, junto a Ana, y durmió un sueño inquieto. Ella le tocó la cara para despertarlo.

—Si se va a ir hoy, es mejor que acabe de arreglar eso. En la noche los animales salen a cazar.

—No he visto ninguno desde que llegué.

—El humo debe haberlos traído hasta acá, igual que trajo a los carros.

Terminó con la bicicleta. La mujer repartió las galletas y sirvió dos tragos de un agua oscura. Comieron en silencio. Adentro era difícil ver, afuera cada vez estaba más opaco. Juan volvió a mirar el reloj inútil, calculó que serían las tres. Antes de abrir la puerta giró para mirar a la mujer que había sido de su hermano —le pareció aun más fea envuelta en el chal oscuro—, intentó una sonrisa y se arrepintió; abrió la puerta y salió al humo. Ella lo siguió despacio algunos metros, abrazó la escopeta y lo vio alejarse trastabillante en los primeros pedalazos. Con el pantalón ajustado, que había sido de su esposo, le pareció aun más joven. El humo ya casi no la dejaba ver

a Juan, que se iba perdiendo en la dilatada curva; entonces apretó un ojo, contuvo la respiración y disparó.

Luego del disparo, una gota en su mejilla la hizo pensar en el final del humo, en la lluvia, en el llanto. Esperó mirando hacia arriba. Fue una sola gota. Esperó mucho, hasta que la tos y el ahogo se hicieron insoportables. Juan seguía allá, al final de la curva, no lo veía pero estaba segura.

Tanteando el camino con la escopeta, regresó a la cabaña.

ASCO

Alexandra Walter Londoño



Capítulo infinito

Parada, desnuda, frente al espejo, tomó conciencia de toda su fealdad.

No es que su nariz fuera tosca, o torcida, o demasiado abultada; de hecho era pequeña, bajaba en línea recta desde el centro de sus cejas y se curvaba ligeramente hacia arriba, dándole al perfil ese toque que tan caro venden las clínicas de estética. Pero era justamente ese respingo el que la afeaba. Y es que en él, más que el hecho físico de una curva, había un significado, una expresión de fastidio, una repulsión. Era una nariz-mensaje, moldeada por todo lo olido durante años.

Intentó modificar la expresión construyendo una sonrisa; pero de alguna manera, aquel respingo templaba el lado superior derecho del labio, impregnando también la boca del mismo fastidio. Sonrió de nuevo, ampliando esta vez la abertura de los labios y dejando ver la fila de dientes blancos, completos, parejos... demasiado parejos si se quiere. Esa simetría blanca, en cierto modo inexpressiva —y precisamente por lo inexpressiva—, no ayudaba a equilibrar,

aunque fuera un poco, la mueca también de repugnancia de aquella boca-de-labio-izado.

Bajó la mirada. Con la nuca doblegada por el cansancio, posó sus ojos en aquel escudo del honor tempranamente arrebatado. Infinidad de cuerpos sintieron el roce de ese vello y con ansiedad se precipitaron en la gruta del amor. Pero nunca alcanzaron el fondo del misterio. La tranca infranqueable, insoportable, cauterizaba el deseo, y ese vaho no solo explicaba el respingo sino el hastío actual.

El fastidio la sacudió. Se enderezó y fijó sus ojos en el espejo. La mirada que iba se encontró con la mirada que venía del espejo. Las miradas se interrogaron y terminaron por reconocerse. Aquella que salía del espejo portaba toda la pestilencia del pasado; la que iba a su encuentro llevaba toda la desilusión del futuro. El encuentro de las dos miradas inmovilizó el tiempo. En ese inmenso instante, desnuda frente al conjunto de nariz-mensaje, boca-fastidio, pubis-hastío, sintió asco. Comprendió que, inevitablemente, tendría que vivir consigo misma por el resto de su vida.

Capítulo finito

Pero el camino se le hizo largo. No pudo comprar rosas ni plásticas ni de cristal para su mesa de centro. En el fondo, siempre anheló la rosa viva, o muerta, pero la rosa con espinas... la rosa que nunca tuvo.

Buscó herramientas para cortar los eslabones que la esposaban al recuerdo. Y no encontrándolas, pero tampoco pudiendo soportar el fastidio, arremetió contra la vida con su cuerpo encadenado.

Cuando no aguantó más, el día cuando se le rompió el cuerpo —y el alma por ahí derecho—, cuando se le desnucó Juan Salvador Gaviota, ese día se desnudó y se paró frente al espejo.

Y allí parada, cada vez más desnuda, permitió que la mirada del espejo la penetrara hasta el fondo del misterio. Y así, por fin liberada de aquel pecado heredado, rescató el derecho de decidir sobre su vida.

Levantó con fuerza sus dos manos y las estrelló contra el espejo. El vidrio se volvió añicos, pero no el espejo. De él seguía surgiendo esa mirada —ahora multiplicada, innumerable, presente en todos los rincones.

Recogió una de las tantas miradas regadas por doquier y con ella se tajó la vida. Y la vida fluyó tibia, dulcemente tibia, acariciando el dolor.

En el último momento, la mirada que salía desde muy adentro de su alma observó que la mirada de los miles de espejos había cambiado. Había aprobación —ligera, leve, pero aprobación—. Y Juana María por fin descansó.

ESPACIO Y TIEMPO

Sergio Augusto Sánchez Murillo



Despertó del sueño programado y le fue difícil ubicarse en tiempo y espacio; el gas tranquilizante le ayudó a no entrar en pánico. Controló la respiración hasta que se sintió seguro y pudo activar la puerta de su sarcófago; el cristal se deslizó con un ruido hidráulico. Dio un paso afuera y se desmayó porque no soportó el dolor de sus músculos entumecidos por la siesta de cien años en el conteo normal del tiempo solar.

Cuando abrió nuevamente los ojos, estaba rodeado por tres unidades médicas que se activaban cada vez que se abría una cápsula contenedora en la nave. Después de que le inyectaron algunos estimulantes regenerativos en su sistema nervioso pudo levantarse sin dolor. Los asistentes médicos regresaron a su sueño electrónico, no podían desperdiciar energía. Él se sentó en el puesto de mando y comenzó a revisar la bitácora: sin novedad. A través del vidrio panorámico del frente de la nave observó el espacio vacío. Silencio. Un silencio absoluto y triste.

Encendió el circuito de grabación y dio algunas indicaciones, coordenadas y pronósticos calculados a partir de las lecturas de los distintos sensores de cubierta. Recorrió los distintos módulos del

vehículo. Revisó el funcionamiento de todos los equipos y luego se tendió en un camarote. Durmió nuevamente pero de forma natural. Pensó en el tiempo y en los motivos del viaje. Era colono de un planeta semidestruido por siglos de excesos, de desperdicios que contaminaron el aire, el agua, la tierra, la vida. Él y un grupo pequeño disparado a todos los rincones del universo cargaban a sus espaldas la misión de continuar la vida, de prolongar la especie humana. Lo despertaron el llanto y las ganas de gritar, acto inútil porque no había nadie cerca que pudiera escucharlo. De todas formas lo hizo. Pero ni los gritos parecían naturales dentro del hermetismo de la cabina.

Siete días, era el tiempo que tenía en animación. Todo estaba programado y coordinado para que al séptimo día retornara a su sueño centenario. Afuera solo había oscuridad. Interrumpió sus cavilaciones y comenzó la inspección exterior. Se puso el traje especial y salió al espacio por una escotilla. Se soltó con un impulso y pensó en su planeta destruido mientras se dejaba ir. Treinta metros y la cuerda de seguridad detuvo el bulto que era su cuerpo con un brusco jalón. Intentó extraviar su mirada en el infinito pero el infinito parecía estar a medio centímetro de su nariz, en la inmensidad del espacio vacío todo era negritud.

Permaneció así un par de horas o tal vez un día, flotando y sostenido de un cordón: “Cosmonauta 01854, feto del espacio, hijo de una nueva raza sin padres ni tierra”. Regresó a la nave con una mala noticia para la bitácora, los fotómetros no detectaban luz en el espacio cercano y siguiendo los registros había una desaceleración. Revisó los cartogramas de ese sector del universo conocido y notó que estaba en “tierra de nadie”. Un tramo inmenso, lleno de nada, entre dos galaxias relativamente cercanas. Armó un impulsor de hidrógeno y desde el puesto de mando dio fuego. La inercia permitiría que su nave retomara alguna fuerza gravitacional en al menos 420 años terrestres. Era una nueva vida, diferente a como la habían conocido sus antepasados, la paciencia no era más una virtud sino una necesidad.

Cerró los ojos e intentó darse ánimos soñando con las praderas de su infancia, con los últimos animales del planeta e incluso las últimas personas con las que compartió un momento, una palabra. Sabía muy bien que el hombre y solo el hombre era el culpable de su

miserable situación, gestor de su éxodo espacial y de la soledad que él debía soportar después de cien años de suspensión inanimada.

Encendió el equipo de radio y no captó ninguna señal. Era probable que estuvieran lo suficientemente lejos como para no sintonizar ni siquiera los inicios de la radio terrestre a principios del siglo XX. Suspiró y pensó en lo mucho que le asombraba el cerebro humano. Olfía a fresas y era imposible, el cosmonauta 01854 nunca logró conocerlas, pero estaba convencido de que eran fresas porque su madre siempre le habló de ellas. Cerró los ojos una vez más y descansó con la idea fija en la mente de ser el primer viajero espacial y temporal del que se tenía registro. Tenía 18 años pero con la última siesta criogénica completaba 700 años reales, dormía cien para vivir uno en siete días desde que dejó la Tierra. Ese era su destino, cargar las últimas esperanzas de una especie maldita por su soberbia.

No pudo evitar la sensación en el pecho de tener sentado a alguien encima suyo y ni siquiera poder gritar de miedo. Se sobresaltó en medio de la oscuridad, manoteando y gimiendo como niño asustado hasta que pudo ubicarse gracias a algunas bombillas *led* que titilaban en intervalos de un segundo. Los sistemas de luz se habían apagado para ahorrar energía y podía decirse que era de noche. Dio un giro sobre el camastro en el que reposaba su cuerpo y lloró, se quebró por completo en medio de sollozos. Durmió sin soñar como en la siesta congelada.

Al despertar del séptimo día, el cosmonauta 01854 recorrió la nave por última vez. Verificó circuitos, sensores y sistemas eléctricos. Todo funcionaba. Su prisión de hojalata estaba en buenas condiciones, podría albergar su cuerpo inanimado por otros cien años. La nave tenía permiso para continuar su viaje solitario en el espacio. No le importaba. Hacía tiempo que había superado la fase en la que morir por su propia mano parecía una idea excelente. Flotó bocarriba pensando en cómo sería su vida si encontrara otro planeta habitable, de tierra y agua, de oxígeno, de moléculas de carbono que permitieran el desarrollo de la vida humana como él la había conocido. “¿Sería acaso azul el cielo?”.

Se acercó a su sarcófago y lo examinó por dentro, pasaría allí suficiente tiempo como para verificar a profundidad la comodidad del sitio. Revisó el interior acolchado y movió la cabeza como gesto

aprobatorio. Pasó sus manos por los bordes y se detuvo en un objeto extraño adherido a la superficie de aluminio de su ataúd interestelar. El cosmonauta sintió una punzada en el estómago que le transmitió más miedo que la oscuridad del espacio. Había encontrado una nota pegada en el lateral de su sarcófago: “Hola. 01737”.

Inmediatamente se sacudió la melancolía que lo consumía siempre que despertaba. Terminó de moverse por la sala revisando los otros sarcófagos de animación suspendida hasta que dio con el marcado 01737. Era el de una mujer, anónima igual que él. Cosmonauta como él mismo. Sola y única, quizás la última mujer en el universo. Dormida e inalcanzable, como la luz del sol que alguna vez sirvió a su planeta y antepasados. Experimentó algo nuevo, una emoción sobre otra, algo grande que terminó en una sonrisa en su cara virgen de alegría. Se sintió bien, con sus manos apoyadas en el cristal, contemplando a la cosmonauta 01737, quien con una palabra había terminado la angustia de su soledad de centurias.

Tomó la nota y buscó en el puesto de mando algo que le sirviera para escribir. Respondió al mensaje y escribió uno nuevo y otro más. Su corazón palpitaba con rapidez, al punto de encender algunos circuitos de alarma al interior de su traje. Aunque sentía la falta de aire por lo agitada de su respiración, disfrutaba cada trazo en el papel. Ubicó las notas en el lateral de la cosmonauta 01737 y se quedó contemplando su cuerpo inanimado por un instante. De acuerdo con el cronómetro de su sarcófago, ella despertaría dentro de medio siglo y podría leer su respuesta. Así estaba programado todo, ninguno de los dos era dueño de ese tipo de decisiones.

A la hora de partir, el cosmonauta 01854 tomó su posición de durmiente y activó el vidrio protector. El sonido hidráulico aseguró la puerta y los sonidos robóticos ocuparon su lugar. Las agujas se le insertaron en venas y arterias y poco a poco el líquido enfriador comenzó a recorrer su torrente sanguíneo mientras el gas tranquilizante comenzaba a doparlo.

El sistema automático apagó las luces y todo fue silencio y oscuridad. El cosmonauta anónimo se concentró en las luces rojas y azules que titilaban en las paredes de la nave para recordarle que seguía con vida. Sus ojos se cerraron y por primera vez en 700 años de sueño inducido, pudo soñar. No solo eso, soñó con algo distinto a los recuerdos de un pasado destruido.

LA VISITA DE LA CIGÜEÑA

Michael Andrés Cabrera Calderón



A nuestras pequeñas casas llegan muchas visitas. Ninguna ha molestado tanto a mi mamá como la de un pájaro que los grandes llaman cigüeña. Lo imagino blanco y flaco, con cicatrices en todo el cuerpo dejadas por los golpes propinados por las familias que no lo quieren de visita en sus hogares, debido a la mala costumbre que tiene de dejar *güipas* en las casas de los más pobres. Juan, mi hermano mayor, dice que lleva los niños en una bolsa de retazos de muchos colores que cuelga en el pico.

En mi casa vivimos mi mamá y cuatro hermanos; yo soy la menor y la única niña. Mi mamá está enferma. Le cayeron mal los frijoles con chicharrón que comimos la semana pasada, y por eso su barriga está creciendo como crece la luna en las noches.

Nuestra casa está cerca del río, es de guadua entrelazada con barro, la rodean árboles frutales y un gallinero sin gallinas. El techo es de paja, y en las noches las ranas cantan como locas. Mi mamá dice que las ranas cantan para que caiga agua del cielo.

Yo no tengo muñecas; nuestro juego preferido es coger las chicharras, amarrarlas con un hilo verde, meterles un palito y ponerlas a volar como hacen los helicópteros.

En las noches nos dan luz las luciérnagas que cogemos y metemos en el frasco de mayonesa que encontramos en el río; ellas nos alumbran hasta que se les acaban las pilas.

Los grandes que nos visitan dicen que la casa es muy pequeña. Para mí es tan grande como para jugar al escondite, encontrar un buen lugar y no ser vista.

Desde hace dos días mi mamá no se levanta de la cama, le ha pedido a mis hermanos que llamen a la negra Susana para que le cure el dolor de la panza.

Esta mañana llegó Susana, toda vestida de blanco, como un espanto, con muchas toallas y plantas del bosque. Le ha pedido a mi hermano mayor que corte ramas gruesas de matarratón y nos ponga a cada uno en una esquina de la casa. Como él es más fuerte, se ha parado en la esquina donde está la puerta.

La negra Susana nos prohíbe ingresar y ha llenado la casa con agua que calienta en el fogón de leña. Juan, Henry, Gonzalo y yo, Anita, nos ubicamos en los lugares señalados; cada uno tiene una rama en las manos, esperando a que aparezca la cigüeña para golpearla fuertemente hasta que se dé cuenta de que aquí no la queremos, que los zapatos de Juan solo alcanzan para ser de Henry y de Gonzalo, que en mi casa solo hay un catre y tres esteras, y que la reina de la casa soy yo.

Mi perrito Rambo está inquieto y me lame las manos; debe tener hambre, pues hoy no almorzamos, únicamente hemos comido guayabas, y Rambo no las quiere comer.

Se escucha un llanto. Mi hermano mayor nos llama disgustado, tiene la cara roja y ha roto su rama de matarratón.

—La cigüeña logró ingresar en la casa —nos dice mirando al cielo.

Segurito se entró cuando mis hermanos se quedaron jugando con canicas.

Ingresamos a la casa. Mi mamita ya no tenía la panza inflada, y en sus manos tenía el recuerdo de la visita de la cigüeña, un pequeño bebé. Cuando yo esté grande, no comeré frijoles con chicharrón para que no me crezca la panza, y viviré en una casa de ladrillos, con techo de metal, donde no entre tan fácil la cigüeña.

DEL LIBRO DE LAS REVELACIONES

Mónica Paola Siabato Benavides



El día llegó con la última lluvia. Vivo en el piso 13. Por la ventana, veo las palomas inertes con apariencia tibia, resbalando por los paraguas. Van quedando, una tras otra, tiradas en la acera como si estuvieran dormidas. Los transeúntes caminan en puntas de pies para no pisarlas. Se forman montones de cadáveres de aves en el asfalto y los carros pasan por encima como si fueran charcos.

Me cercioro de tener todas las puertas cerradas. Enciendo el televisor: ningún canal hace cubrimiento de la lluvia que presencio desde mi ventana. No hay noticias de último minuto, ni transmisiones en vivo; tomo el computador para escribir a la emisora o al canal local para que alguien me explique lo que está sucediendo, pero no hay servicio de Internet, tampoco funciona la línea telefónica. Me encierro en mi habitación, agarro el rosario de mi madre y empiezo a rezar: esto no puede ser otra cosa que el anuncio del fin del mundo.

Recuerdo las lecturas de la Hermana Zoila en las clases de religión: “y hubo granizo y fuego mezclados con sangre, que fueron lanzados sobre la tierra”, el ángel ha tocado la primera trompeta.

Los pájaros caen como llamas del cielo y dejan su rastro de sangre por las calles. No hay otra explicación, es el fin del mundo. Estoy aterrada, acurrucada en la cama, cierro los ojos queriendo vendar el terror que siento, aprieto el rosario y sigo masticando salves.

El sudor cae por la frente recorriendo mi cara desencajada por el miedo, tengo la ropa empapada, pegada al cuerpo, estoy en la oscuridad que dan las cobijas al cubrirme toda; paso la mano por la frente, intentando encontrar el cordero grabado.

“Los que tengan la señal del cordero serán salvados”, dice la Hermana Zoila en mi mente mientras yo sigo tallándome la piel. El cordero tiene que estar ahí, la señal debe aparecer antes de que el sexto ángel toque la trompeta y libere a los ejércitos con caballos y jinetes acorazados de fuego, de zafiro y azufre.

Ya es mediodía, en la calle el rastro del mortífero aguacero es una albúmina de sangre, picos y plumas. Un olor nauseabundo se apodera del ambiente. Tengo la garganta seca, paso la lengua por la comisura de los labios, intento tragar saliva, pero dunas de sal me laceran la boca. Me levanto de la cama y voy hasta el baño de mi habitación en busca de agua, abro la llave del lavabo y solo un rugido grave sale del tubo, la bañera tampoco responde a mi necesidad urgente, solo queda el agua del sanitario, turbia, amarga como el agua de que habla el último libro.

Con las entrañas ardiendo, regreso a la cama. Afuera está oscuro como el pelo de la bestia de siete cabezas, en medio de la desolación y la añoranza de estar en una situación distinta, recuerdo aquella tarde en el arroyo: el agua pura, la claridad, el aire, la felicidad que me daba la certeza de saberme única.

La sed y el miedo ahora están en una dimensión distinta a la de mi recuerdo grato, he encontrado el sosiego dentro de mí.

Mi remanso inconsciente se estremece con los gritos de la niña del arroyo, su voz quebrada me obliga a mirarle a la cara invadida de pánico, la mano estirada, el vestido roto, los zapatos en el borde del estanque. Con una mano agarro el rosario y con la otra me sigo frotando la frente para que aparezca el cordero y para despejar el recuerdo de la niña. Mientras rezo sus ojos se clavan en los míos como dagas. Sufre mientras muere y no deja de mirarme.

Empiezo a gritar. El recuerdo macabro no escapa a los ojos abiertos, ni huye de las plegarias a la virgen. La niña está flotando, el vestido sobre el vientre, la cara azul mirando al cielo, los padres –los míos– corriendo impotentes, lanzando quejidos plañideros, cuestionando a Dios, y acusándome en silencio.

Doy vueltas por toda la habitación, intento salir, pero la puerta está atorada. El fin de los tiempos ha llegado, el agua amarga, los pájaros muertos que caen del cielo, caudales de sangre en la calle, oscuridad eterna y la niña del arroyo que sale de mi cabeza y toma forma frente a mí: sus pies descalzos, el vestido blanco, la piel azul, los ojos tiernos y la marca del cordero en su frente.

Es tarde, ella robó mi salvación el día que la empujé al arroyo. Abro la ventana, mis pies se balancean mientras está sonando la sexta trompeta.

NO IMPORTA, SÉDALO

Andrés Rodrigo López Martínez



Ha abierto la puerta principal y se ubica, rígido, frente a la ventana interior de una de las alcobas que le recorta, con aristas oxidadas y sucias, el contenido derruido de la habitación. Hay dos sillones carcomidos y ahuecados por las ratas; un montón de libros regados y ropa en desorden, en la esquina de una cama adelgazada por el gorgojo, y de súbito, un par de ratones escondidos.

Ese del que hablo tiene —entre otras afecciones— un nombre, incluso una vida si le concedo la inclemencia del reflujo que lo gobierna. Por lo pronto, sería más justo el que tuviera un fin. El que tuviera.

Nada comprende. Tiene el espíritu huérfano, los rasgos desecados, es un anacoreta y se llama Jaime. Él mismo no sabe qué sucede en este lugar. Vino a visitar a sus padres, pero la casa está sola, nadie vive allí. Ellos murieron y el tiempo lo devoró todo. La sopa está servida, Jaime, siéntate, tienes que tomarla, te dará buenos alientos, estás muy flaco. La maleza se apoderó de las baldosas y en la cocina crece la hierba entre las celosías. Una marca amarilla en el suelo discurre hacia el hipotálamo de Jaime: la nevera no está,

pero ¿hace cuánto?, tampoco recuerda en años su ausencia —de hecho no recuerda haberse ausentado—. Jaime se sienta a la mesa sin limpiar el polvo de la silla y esta cruje al recibirlo. Traía girasoles para su madre; los deja sobre la mesa. Para qué escribir aquí que han muerto los padres de Jaime, si Jaime no lo sabe. Acaso será mejor así, no sabe nada sobre lo que se desteje frente a sus ojos. Por qué tan resecos los labios, Jaime. Hace cuánto no bebes nada, hace cuánto no dices nada. Jaime, mírame, despierta, soy el narrador, mira hacia arriba, aquí, sobre el techo, ¡Jaime!

La mirada sigue gacha y alrededor todo se ha marchitado. Compréndelo, Jaime, estás solo. Qué vienes a hacer acá, lo has olvidado todo, Jaime, por qué te han dejado salir, ¿no iba todo bien allá? mírate, Jaime, cuánto sin afeitarse en tu rostro. Levántate, Jaime, eso, así, pero no te quedes ahí parado, márchate, no, Jaime, no.

Una mano delgada y temblorosa abraza la perilla metálica de la puerta donde solían dormir los viejos hasta que...

Jaime, levántate, se te hizo tarde, llevas días clavado en ese escritorio y no estás alimentándote bien, el desayuno está servido, báñate pronto o llegarás tarde. Un pie en el suelo y está todo frío, los ojos se rehúsan al nuevo día, pero no importa. Claro que no, eres un jurista y el despacho impera. La ducha estuvo helada, apenas para despertarse, nada que un chocolate caliente no solucione. Chao mamá, chao papá. Que dios me lo bendiga mijo.

La perilla ha comenzado a girar y un haz de luz empieza a tomar forma, cada vez más grande por la puerta que se entorna.

Jaime, buenos días, ¿has tomado la medicina?, soy Mery, tu enfermera, ¿me recuerdas?, vamos, abre la boca, tienes una linda boca, ábrela, así, eso, toma, bájala con esto, es agua, no te preocupes, así está bien, ¿qué hombre tan juicioso!

La puerta de casa se cierra y un hombre con apremio se aleja. Jaime, basta, esto no es bueno para ti, ¡abandona la casa! La mano de Jaime termina de empujarla y esta queda totalmente abierta: Toma tu medicina, Jaime, así, eso, qué hombre tan juicioso. Levántate, Jaime, se te hará tarde. Qué haces aquí, Jaime. La medicina, Jaime. Chao mamá, chao papá. Soy Mery, Jaime, tu enfermera. Nada que un chocolate caliente no solucione. Mira, mamá, te traje flores, girasoles, flores felices, como te gustan. ¿Mamá?, ¿papá? Nada que

un chocolate caliente no solucione. ¿Mamá? Tu medicina, Jaime, Jaime, Jaime, mírame, no te muevas, ni un paso más, quédate ahí, por dios ¡márchate! Con los ojos brillantes y tristes avanza, dos, tres pasos, y las piernas se le congelan; el rostro, lentamente, de gestos demacrados, de dientes inquietos, de años en el reclusorio, gira a la izquierda. Esto no te hará bien, Jaime, te lo dije.

Vale, hablamos mañana, fue un día pesado, quiero descansar. ¿A cómo son?, ¿me da seis, por favor?, de los más grandes, gracias.

El brillo de los ojos de Jaime comienza a correrse como un telón cóncavo, las pupilas se dilatan: ven de cerca el recuerdo. ¿Mamá?, ¿papá?, mamá, te traje flores, mira, flores felices, como te gustan, ¿mamá? ¿Cómo se llama? Jaime, dicen que sus padres se suicidaron, no ha querido hablar, lo sabemos por sus documentos. Tráelo, pero antes dale esto: sédalo. Pero no es agresivo. No importa, sédalo.

Los párpados se recogen, la nuca se retrae, se tensionan y suavizan los músculos de la cara en un rictus espasmódico y la boca se extiende hacia los lados, las fosas nasales se ensanchan, los labios se abren y de allí, hombre en cautiverio, brota un grito que se ahorca en las tres dogales colgadas en el interior del cuarto: ante las tres sogas cae el cuerpo flaco de Jaime arrodillado, con los hombros caídos y la mirada en el suelo. Lloro, grito de nuevo. Sí, la del medio era para ti, Jaime, lo sabes, querían que te fueras con ellos. Jaime, ahora lo sabes, ahora todo se teje frente a tus ojos, ahora tiene sentido el verde déspota que gobierna la casa, las hormigas que pasan por las sogas, las lágrimas en el suelo, Jaime.

Para qué decir que lo anterior ocurre dos veces, si Jaime ya lo sabe.

¿Dónde estaba? No se sabe, solo llegó, trae girasoles, y pregunta por su madre. ¿Ahora habla? Sí, y pregunta por su madre. Tráelo, pero antes dale esto: sédalo. Pero no es agresivo. No importa, sédalo.

MÁTAME DE PASIÓN

Álvaro Méndez Pérez



A esa hora la calle estaba desierta; eran las cinco de la mañana.

La señora caminó unas horas, descansó en el parque, reclinó la cabeza en el espaldar de la banca, el cielo se veía azul y solo lo perturbaban unos girones de nubes; decidió volver a casa.

El policía del barrio ya no estaba, ahora eran varios policías, radio patrullas, agentes vestidos de blanco de pies a cabeza; forenses entraban y salían de la casa.

La mujer trataba de convencer al uniformado de que ella vivía allí y tenía derecho a saber qué había ocurrido. Se formó un forcejeo de palabras; desesperada, levantó la cinta amarilla y caminó decidida hacia la casa.

Ya en el interior, el inspector anotaba en una libreta algunos datos y notó que la luz que entraba por la puerta se disminuía, giró la cabeza y se encontró con la mujer.

—¡Yo vivo aquí! ¡Qué ha pasado? —dijo con voz quebrada.

—¿Usted es la...? —El inspector carraspeó—. Su marido ha fallecido.

Ella acertó a apoyarse en la silla.

—¡Todo me ha salido mal en la vida! —susurro y comenzó a llorar. Entre lágrimas preguntó—: ¿De qué murió?

—Al parecer, de asfixia. Aún no sabemos.

Afuera, los policías retiraban a los vecinos. Los llantos eran más agudos dentro de la casa. *Qué tragedia, Dios mío*. Y otras lamentaciones se escuchaban en la calle.

El inspector corrió la cortina de la ventana.

—¿De dónde viene usted?

Ella le contó.

—Salí a las cinco a caminar al parque y ahora me encuentro con esto. ¡Deseo verlo, es mi esposo! —y trató de entrar a la alcoba.

El inspector se paró en la entrada y dijo:

—Pero no toque nada.

El cadáver se hallaba desnudo; solamente una sábana cubría parte de su cuerpo. La mirada de ella se explayaba en todas direcciones.

—¿Qué busca? —preguntó el inspector.

Esas palabras ayudaron a recordar la conversación de esa noche. Ella no andaba bien en las relaciones con su pareja, así que entablaron una larga charla; después de las palabras vinieron los hechos. La cama crujió, las sábanas se abultaron, los huesos cambiaron de sitio, la sangre se atragantó. Al fin llegó... la muerte por asfixia.

EL INDIO Y EL NEGRO VS. ESPAÑOLADA Y BLANCOLO

Over de Jesús Córdoba Rentería



*El destino no existe,
se construye a partir de las circunstancias.*

La ambición exagerada del imperio produjo un inquieto y desenfrenado afán invasor, a causa de la ruina acaecida en la vieja Europa, que se trasladó al nuevo mundo de riqueza diversa y virgen, donde la peste de la violencia aún no existía.

Cuenta la historia que en un lugar de América, a comienzos de 1492, en una hora cualquiera, se descubrió una población formada por indígenas, llamada Cuparandó, en la cual se distinguían dos jóvenes; un muchacho de pelo corto, ojos negros, mediocre estatura y nariz perfilada, llamado Embera Katío, y una joven cuyo nombre era Ralía Bitucái, de tierno rostro, pelo largo, nariz chata, ojos negros y de baja estatura. Ellos moraban en un mar y una selva de alegría y felicidad, que los envolvía en sus aguas y sus flores como a una delicada célula humana.

En una ocasión, arribaron a esta tierra extraños individuos que se diferenciaban de Embera y Ralía por su color de piel, vestimenta y aspecto físico; jóvenes de color blanco, de presencia artificial, con prendas finas, aromas fuertes y agradables, de una apariencia simpática, calzados de estructuras imponentes que solo podían producirse

en lugares industrializados y desconocidos por los habitantes de este lugar. Ellos se hacían llamar Españolada Jiménez y Blanco lo Mutis. Además de sus nombres, alardeaban de una inteligencia y de un poder otorgado por Dios sobre los demás seres de la naturaleza. Se adoraban como adora un bebé la teta de la madre.

Por algún rincón de dicha tierra, Raía, la joven indígena, preparaba su mazamorra, mientras Embera se iba a las aguas del Andagueda a pescar como solía hacerlo a diario. Los ciudadanos empezaron a explorar las tierras, y a medida que avanzaban en su exploración se iban enterando de la riqueza virgen existente; soñaban y se imaginaban sentados en un sillón de cedro con pipotes de cadenas, anillos y pulseras puestas por todo el cuerpo.

Al regresar de su volátil imaginación, Blanco lo le dijo a Españolada:

–Tanta riqueza perdida. ¿Será que no tiene dueño?

–Claro que sí querido, nosotros, ¿quién más?

–Verdad, tan bobo yo.

Blanco lo le sugirió a Españolada que continuaran porque el camino era extenso y los iba a coger la noche sin un lugar seguro.

–Está bien, tienes razón. Sigamos avanzando que hay mucho más por descubrir aquí –dijo ella.

En la apacible soledad de su choza pequeña, pero cómoda, descansaban Raía y Embera, desconociendo que había forasteros circundando el territorio. En una inquietante situación Raía rompió el silencio y le dijo a Embera:

–Marido, tengo un mal presentimiento, vos por qué no tumbas la árbol y haces una champa pa' que vamos pa'l pueblo mañana.

Embera pensó un momento y le respondió:

–Vos la sabes que a yo no gustar maltratar la naturaleza; la árbol, la oro, todo eso es sagrado; la mamá tierra dice que solo hay que cazar la animal, pazca y cultiva, nada más; pa'l pueblo poder ir caminando.

–Si vos lo decís, ta bien –dijo ella.

Terminaron la conversación y, en la noche, Embera le dijo a Raía:

–Hasta la mañana.

–Hasta la mañana –replicó ella.

Al día siguiente, mientras Embera y Ralía retomaban sus actividades como un libreto aprendido, los ciudadanos enceguecidos por la fortuna que podían hacer, avanzaron en su exploración. Blanco lo observó a lo lejos una especie de campamento cerca al río Andagueda y le dijo a Españolada:

—Mira, en esa parte, cerca al río, se ve algo parecido a una casa.

—¿Será? Quién podría vivir aquí, tan miserablemente en medio de tanta riqueza.

—¡Eso es lo que no sabemos!

—Lleguemos pues hasta aquel lugar, a ver si no son impresiones tuyas —dijo Españolada.

Habiendo caminado un largo tramo, lograron por fin llegar al lugar visto por Blanco y efectivamente era una choza, donde entendieron que vivía alguien; no lograron desentrañar si eran seres humanos, o alguna especie con comportamientos similares. Mientras los fulanos reflexionaban sobre su hallazgo, Embera y Ralía se dirigían de regreso a la choza, luego de un largo día de caza. Cuando llegaron, se sorprendieron tanto como los ciudadanos; al principio, dieron gritos de susto y luego los alabaron como si se tratara de dioses que los visitaban, se arrodillaron y articularon sonidos indiferenciados como, ala, ala, ala, iele, iele, iele, mauna, mauna; haciéndoles la venia.

Momentos después del susto, Españolada, amable como siempre, con intenciones no muy transparentes le preguntó a los jóvenes:

—Amigos, ¿ustedes hablan? ¿Sí? ¿Me entienden?

Los jóvenes no la entendían porque solo hablaban su lengua, no conocían de civilización, ni de lenguas, ni aromas. Embera y Ralía creían que las personas que se encontraban en ese momento en su choza eran ángeles o dioses del cielo y la naturaleza, por lo que empezaron a expresar una serie de ideas que podrían ser producto de su ingenuidad y falta de suspicacia.

—La dios sol y la madre naturaleza nos quieren mucho, porque mandaron ángeles a protegernos —dijo Ralía.

—¿Serán ángeles? De pronto sí, quién sabe —dijo Embera.

Al igual que todo grupo humano o sociedad poseedora de un folclor, la comunidad a la que pertenecían Ralía y Embera tenía sus

creencias, tradiciones, costumbres, forma de vestir, pensar y actuar, con las cuales se sentían bien. Feliz en su ingenuidad, Ralía le sugirió a Embera:

–Esposo ¿por qué no la hacemos una ritual a los ángeles como bienvenida?

–Sí, claro –respondió Embera en su lengua.

Vaya dioses para los cuales Embera Katío y Ralía Bitucái prepararon la bienvenida, porque mientras ellos se preocuparon por los visitantes, Blanco y Españolada planificaron la forma como se iban a adueñar de esas tierras aprovechando que Ralía y Embera, esos animalejos, como inicialmente los llamaron, no entendían, ni hablaban su lengua.

–Esos animalejos deben ser fuertes para el trabajo material, ¿qué dices? ¿Trabajamos con ellos o no? –dijo Españolada.

–Supongo que sí, como son originarios de estas tierras y están acostumbrados al trabajo duro, de pronto resisten. Intentémoslo, la pregunta es ¿cómo? Si ellos no nos entienden, ni nosotros a ellos. No sabemos si al obligarlos a trabajar para nosotros puedan planear, en su lengua, cómo hacernos algún daño –dijo Blanco.

–Tienes razón –dijo Españolada–, algo tendremos que inventar, pero que los obligamos a trabajar para nosotros es un hecho.

Semanas más tarde y durante un periodo de convivencia en el que fue difícil entenderse, Españolada, Blanco, Embera y Ralía crearon un sistema convencional de comunicación cimentado en pictogramas, graffias rústicas y símbolos lingüísticos, para entenderse mejor. La única condición para su uso era que ninguno podía utilizar una lengua diferente a la establecida, lo que desde luego ellos no iban a cumplir. Haciendo uso del nuevo sistema de comunicación, Españolada le preguntó a Embera si esas tierras solo las habitaban él y su mujer o, por el contrario, había más habitantes como ellos.

Embera le respondió:

–No, apenas no ser dos, hay más como ella y yo en la pueblo.

Al escuchar la respuesta, Blanco le preguntó si podían llevarlos a conocer al resto de sus amigos y familiares. Ralía dijo que sí.

Ya logrado el acuerdo, los llevaron a la población donde se encontrarían con animalejos fuertes y aptos para el trabajo difícil que necesitaban; este logro los llevó a planificar el siguiente paso.

—Cuando lleguemos allá, ¿qué haremos? —preguntó Blanco.

—Pues hablamos con ellos y les decimos que somos hijos de la madre tierra y que ella nos mostró el camino hacia ese lugar —dijo Españolada.

—¿Y luego?

—Luego les decimos que la madre tierra nos dijo que como hijos de ella podíamos tomar lo que necesitáramos.

—Tienes razón —dijo Blanco—, pero para afianzar más aún nuestra estrategia, les decimos que los hijos de la madre tierra deben ayudarse entre ellos y cuando alguno tenga un deseo, el otro debe ayudar a que lo haga realidad. Después de convencerlos, les decimos que nosotros deseamos tener mucho oro, para que ellos nos ayuden a sacarlo.

—¿Y si ellos nos preguntan que oro para qué?

—Les respondemos que es para adorar a nuestro dios el sol.

Llegó la mañana y partieron hacia el pueblo; al arribar allí, sus habitantes gritaron de susto y felicidad, confundiendo a los extranjeros con seres superiores y sobrenaturales.

Pasado el tiempo y después de tener a los nativos trabajando en la extracción del oro como si en realidad fuera un mandato de Dios, Blanco y Españolada se dieron cuenta de que algunos de ellos comenzaron a fallecer. Comprendieron que no eran aptos para el trabajo difícil.

—¿Qué vamos a hacer? Se nos están muriendo, no por hambre, sino por debilidad —dijo Españolada.

—Así es, tenemos que buscar la manera de extraer la mayor cantidad de oro posible, pero estos salvajitos no van a resistir —dijo Blanco—. Tengo una idea: mi tío José me dijo que en un continente llamado África habitaban unos monos con apariencia de hombres, que eran brutos, salvajes y repugnantes, pero fuertes, muy fuertes.

—¿Sí? ¿En serio?

—En serio —afirmó Blanco.

—Listo, entonces vamos a ir a España para que tu tío nos especifique el lugar exacto donde se encuentran estos monos; llevamos suficiente oro y esmeraldas para que compremos unas quinientas bestias de estas y las traemos a trabajar en la extracción de nuestra riqueza —dijo Españolada.

—Listo, ¿nos vamos mañana entonces?

—Está bien, mañana nos vamos.

Blanco y Españolada les ordenaron a Embera Katío y a Ralía Bitucái que se hicieran cargo del trabajo hasta que ellos regresaran, y que no permitieran que sus hermanos dejaran de cumplir la labor ordenada por la madre tierra y el dios sol.

Se fueron a Europa, así se llamaba el continente de donde procedían, y llegaron a su país natal conocido como España. Después de unos días, Españolada y Blanco se las ingeniaron para conseguir sus objetivos. Al cabo de cinco años regresaron no solo con sus simios, términos despectivos con los que se referían al nuevo ser de tez negra traído a Cuparandó, sino que también trajeron un ejército y una serie de instrumentos que eran desconocidos por los habitantes de esta tierra.

Como los nativos, los negros hablaban lenguas diferentes entre ellos, porque procedían de diferentes pueblos, tenían diferentes culturas, tradiciones, creencias y costumbres. Al llegar a este lugar tuvieron que aprender a dominar los símbolos convencionales que manejaban sus dueños, Blanco y Españolada. Tranquilos y felices, lo que no esperaban Embera y Ralía era que los pusieran a trabajar como sirvientes, después de estar ejerciendo como patrones durante cinco años, sometiendo y maltratando a su propia gente, por órdenes de sus amigos los ángeles.

Entre los negros traídos de África por Blanco Jiménez y Españolada Mutis, se encontraban dos jóvenes llamados Chocó Caicedo Truque y Esperanza Rivas Velásquez; eran de pelo corto y chontudo, labios gruesos, nariz respingada, grandes pómulos, ojos café y ondulados. Eran príncipes en su tierra de origen, pero ahora en su nueva condición de esclavos tenían que trabajar a la par con los demás subyugados. En un momento a solas, entrada en nostalgia, Esperanza Rivas le preguntó a Chocó Caicedo:

—¿Qué nos pasó? ¿Por qué esto? ¿Por qué a nosotros?

Chocó le respondió:

—Yo, al igual que tú, me hago las mismas preguntas y no encuentro quién me le dé respuestas, no lo sé, solo lo sabe nuestro Dios que nos dio la fortaleza para resistir y sobrevivir a los avatares del mar y a las sorpresas que nos ha preparado y aún nos depara la vida.

—¿Y ahora? Ya tú no eres príncipe ni yo princesa, ya nadie nos reconoce, solo somos unos simples esclavos —murmuró Esperanza con gran tristeza.

—Mira, no sé a ti, pero a mí, aun siendo príncipe nadie me reconocía, a pesar de los grandes aportes hechos a mi tierra y a mi sociedad, es más, creo que siempre el mundo me ha considerado esclavo de poco valor, pero aun así, le he sabido aportar grandes cosas a la historia de mi pueblo y de la humanidad, siempre estando en mi papel de esclavo; ahora nos toca resistir como lo hemos hecho siempre y tratar de sobrevivir a lo que nos espera.

Blanco lo observó que había dos simios conversando, entonces supuso que se entendían y eso no le convino, porque al igual que él lo hizo con Españolada, podían estar fraguando algún plan. Por eso decidió separar a Chocó Caicedo de Esperanza Rivas. A estos, el mundo se les derrumbó, pero tenían que sobrevivir a pesar de los fuetazos, caídas y machacones. Ellos ya sabían cómo levantarse y avanzar, ya que la indiferencia y el olvido de su tierra natal les enseñó cómo hacerlo.

Durante este tiempo de explotación, Blanco lo y Españolada concibieron hijos que nacieron en estas tierras, a los cuales llamaron cuparandosanos o hijos de la tierra; no los consideraban españoles sino que los veían como hijos bastardos, nacidos por fuera del núcleo familiar; sin embargo, eran estos quienes iban a heredar el poderío español en Cuparandó. Los soldados traídos de la península por Blanco lo y Españolada no tenían esposas, lo cual empezó a despertar en ellos el deseo por las mujeres de la tribu de Embera y Ralía, hasta llegar al punto de abusar de muchas de ellas dejándolas embarazadas. Ocurrió entonces lo que se conoció como mestizaje, naciendo así un individuo diferente del indio, el negro y el peninsular, al que su madre decidió llamar Mestizarlo Gaviria Uribe, quien llegó a heredar la hegemonía criolla, apareándose tanto con negras

como con indígenas, para extender así el fenómeno del mestizaje y lograr el crecimiento del crisol cultural en el que se encontraba convertida la región de Cuparandó. Se consideraba que muchas de las familias pudientes existentes en la población eran descendientes de soldados de tercer y cuarto rango.

Un martes, a eso de las tres de la tarde, Embera y Ralía se sentaron a conversar, notándose en el rostro de Ralía cierta preocupación. Rompiendo el silencio, ella le dijo a Embera:

—Mirá, nuestro pueblo la están acabando.

—Es que ese ser no era hijo de la madre tierra, ese era hijo de la diablo, si no hubiera muerto la abuelo moicano, ya la hubiera puesto brujo.

—¿Será que la gente que estar en la comunidad va a conservá la cultura de nosotros?

—Si quiera alguno vivo —dijo Embera.

—Es triste, me duele la corazón, ya hemos perdiro hasta la nuestra tradición.

—Hay que perí a la madre tierra que nos ayure a conservá la nuestra lengua y creencia; con eso porémos despué reviví nuestra cultura, para seguí sobreviviendo.

—Está bien, hay que contá a la hijos la historia de la pueblo, pa' que no se pierda.

Los africanos, a pesar de proceder de lugares diferentes, luego de pasar el tiempo empezaron a entenderse a través de los convencionalismos de la cultura extranjera o usurpadora, llegando al punto de desconocer la suya propia. Ellos tenían que orarle al dios peninsular o católico, bailar danzas extrañas y muchas cosas más. Al salir los indígenas de la esclavitud y pasar a la servidumbre, los negros ocuparon su lugar y continuaron en la esclavitud permanente; la diversidad de culturas transformó las lenguas africanas y nativas, ya que muchos de los individuos traídos de África hablaban su lengua de manera pulida, porque algunos de ellos eran profesionales en algún arte. Poco a poco empezaron a hablar un español maltratado por algunos vicios y variaciones lingüísticas, tanto en el dialecto indígena como en el de los negros, pero aun así, fueron capaces de pensar como peninsulares, lo que llevó a Chocó Caicedo y Esperanza Rivas a planear la fuga del yugo de Blanco y Españolada.

—Esperanza, ayer que salí con el amo a la montaña, encontré un lugá donde poemo viví y escondeno de esos demonio —dijo Chocó.

—¿Sí? ¿Nos vamo a escapá e? —preguntó Esperanza.

—Sí, vamo a llevano argunos amigo má y trinchamo el lugá con palo, pa' que nadie entre.

—Volémono el sabao entonce.

—Litto, entoce el sabao nos volamo —dijo Chocó.

El plan de Chocó Caicedo y Esperanza Rivas resultó todo un éxito y se establecieron en un lugar al que le pusieron por nombre Chocó, en honor al muchacho; allí pelearon y lucharon contra el hombre peninsular y contra la naturaleza; lograron sobrevivir victoriosamente a toda clase de inclemencias.

Cuando Criollolo Eustaquio Nariño logró la sublevación del pueblo, que dio lugar al arrebataimiento del poder a Españolada y Blanco, acabó medianamente con la esclavitud, aunque no con la servidumbre. Las cosas empezaron a mejorar para la población de Chocó y Esperanza y, como si fuera poco, tiempo después Mestizarlo Gaviria Uribe decidió abolir definitivamente la esclavitud, porque consideró que los esclavos también eran personas que tenían los mismos derechos de libertad y convivencia, al igual que los otros grupos étnicos existentes que gozaban de la paz, la comodidad y la dignidad que le había sido negada a estos grupos étnicos y sociales, que hicieron suficiente mérito para gozar de los mismos beneficios y privilegios que gozaban unos pocos en la región. A pesar del interés de Mestizarlo por hacer un país más humano, dominó un sistema social en el que negros e indígenas eran solo un elemento más, dentro de un contexto racista. Todo esto y más, fueron temas de reflexión para Chocó, Embera, Esperanza y Ralía.

Todas las dificultades y sufrimientos, la rebeldía y los triunfos irrelevantes que permitieron una estabilidad social para los negros, indígenas, mestizos y blancos, produjeron en Esperanza Rivas mucha tristeza. Por ello decidió expresarse, ya habiendo recuperado medianamente su libertad y pulido de manera abismal, con relación a la forma como lo hacía en la época difícil de los maltratos, el idioma español, igual o mejor que como lo hacían los peninsulares. Al observarla, Chocó se acercó y le preguntó:

—¿Qué piensas?

—En nosotros, en quiénes somos en realidad, de dónde venimos y para qué estamos aquí.

—Yo ya no me acuerdo ni de dónde vengo, ni si tenía un dios y una cultura; solo sé que somos africanos, desconozco para qué estamos aquí y qué representamos humanamente en este país; lo único que sé es que ya tenemos que vivir, en la medida que podamos, con gran inteligencia y exigiendo nuestros derechos en él, porque ya hacemos parte de este —dijo Chocó.

—¿Y nuestra cultura? —preguntó Esperanza.

—Nuestra cultura es algo supremamente importante, creo que tenemos que luchar por conservarla, porque es producto de sufrimientos, luchas y quehaceres cotidianos, y aunque no conocemos de manera precisa cuál fue la que nos vio nacer, yo siento en lo más profundo de mi alma que hay algo que nos identifica como verdaderos hijos de África. Presiento que la historia pronto nos lo dirá con exactitud.

—Entonces, ¿la historia nos irá mostrando nuestros orígenes? —preguntó Esperanza.

—Así es querida, todo lo sabremos algún día, lo que tenemos que hacer es seguir cultivando nuestro propio sistema cultural: creencias, tradiciones, costumbres y valores; porque tengo fe en que la historia común nos hará reconstruir o construir la nuestra.

—Pero mira, tú qué piensas de lo que los demás grupos étnicos dicen de nosotros —dijo Esperanza.

—¿Qué dicen? —preguntó Chocó para obtener la información que le permitiera responderle a Esperanza.

—Que somos brutos, salvajes e incapaces —respondió Esperanza.

—Yo, contrario a lo que ellos piensan de nosotros —dijo Chocó con furia y entusiasmo— creo que ellos son inteligentes, importantes y capaces, pero también sé que nosotros lo somos, de lo contrario, no hubiéramos aprendido a manejar su sistema de signos y a utilizarlo igual que ellos, con tanta perfección como jamás lo imaginaron. Fiel muestra de ello son algunos personajes ilustres que hemos tenido en nuestro pueblo, por citar algunos, el señor Miguel A. Caicedo Mena, Carlos Arturo Truque, Rogerio Velásquez, Arnoldo Palacios, Manuel Saturio Valencia, Teresa Martínez de Varela, Diego Luis Córdoba, entre otros, y en la actualidad, el gran ícono de la

literatura chochoana y también de la literatura nacional e internacional, aunque aún no lo hayan reconocido, el señor César E. Rivas Lara, una mente brillante, que al igual que los demás mencionados mandó a recoger el concepto de que somos brutos, salvajes e incapaces; estereotipos otorgados a los hombres y mujeres de mi Chocó querido, que no han hecho más que trabajar por la conservación de su identidad cultural. Sin temor a equivocarme puedo decir que hemos sido tan sagaces y brillantes en la utilización del sistema de signos, tanto del español como de otros idiomas, ¡que no hay duda de que los negros somos unos genios!

—Querido, pienso que ellos se basan, más que todo, en la manera tan miserable como vivimos en la comunidad, a pesar de nuestro ingenio e inteligencia —dijo Esperanza.

—Miseria a la que desde luego han contribuido muchos actores políticos y gubernamentales, no solo de la clase poderosa del país, sino también de nuestra propia etnia; además, la forma de vida nuestra no afecta para nada nuestra inteligencia y capacidad de ingenio para sobrevivir a la inclemente desigualdad, como lo hemos hecho históricamente con nuestro mecanismo de resistencia; nadie quiere vivir en la miseria, pero cuando las cosas no dependen de uno, ¿qué más puede hacerse? —dijo Chocó.

—Entonces ¿tú sugieres que tenemos que dedicarnos solo a resistir? —preguntó Esperanza.

—Mi vida, la fortaleza del individuo siempre depende de la capacidad de resistencia, porque es lo que le permite soportar y avanzar en los diferentes obstáculos que la vida le presenta, tú sabes que aunque tenemos los mismos derechos en nuestra sociedad, como seres humanos no somos iguales.

—Entonces, si la etnia indígena, al igual que la nuestra, tiene los mismos derechos, yo no me explico por qué, según los que ostentan el poder, los indígenas tienen mayor privilegio.

—Supongo que por motivos de reparación del daño causado a través de la historia, por ser ellos los verdaderos hijos de esta tierra.

—¡Ah!, ¿y entonces nosotros no merecemos que nos reparen el daño causado por tantos años de esclavitud y maltrato racial? —preguntó Esperanza, iracunda.

—Sí, lo merecemos, pero tú sabes que nuestra sociedad y más aún, nuestro pueblo negro, ha sido construido a fuerza de luchas y va a demorar mucho tiempo para que nos reconozcan como miembros legítimos de Colombia, con los mismos derechos que tiene todo ciudadano nacional.

—Tú que tienes más capacidad que yo, ¿cómo analizas la situación estereotipada en lo que respecta a los negros, que somos mediocres e incompetentes e inútiles? ¿Qué dices tú? —preguntó Esperanza.

—Amor —respondió Chocó—, primero que nada, yo no soy más capaz que tú, tú tienes las mismas capacidades que yo, por favor no te auto estereotipes, y segundo, los negros sí somos competentes y para nada inútiles, porque si no cómo explican ellos el hecho de que nos hayan utilizado y aún lo estén haciendo durante todo el tiempo que hemos vivido en Cuparandó. No considero que seamos mediocres, solo creo que el sistema educativo tiene problemas que deben ser reparados de inmediato, porque no solo nosotros tenemos falencias cognitivas, sino todos los miembros de nuestra sociedad profesional, desde los nativos hasta los que ostentan el poder; además, considero que hay personas que responden con mayor rapidez o agilidad mental a una situación o estímulo que otras.

—Yo pienso —dijo Esperanza—, que además de ser inteligentes poseemos muchas virtudes que los demás no conocen, el hecho de que muchos miembros de nuestra comunidad no hablen pulido y elegante, no significa que hablen mal, esa es una de las cualidades culturales que nos identifican y nos diferencian de los demás grupos étnicos.

Mientras Chocó y Esperanza hablaban, surgieron de la nada Embera y Ralía, quienes también habían aprendido a manejar el español de manera regular con respecto a su lengua vernácula.

—¿Cómo están los compadres? —saludaron.

—Bien gracias, ¿y ustedes?

—Bien. ¿Y qué cuentan pues? —preguntaron.

—No, aquí, hablando de la situación cultural y social tan difícil de nuestro pueblo en la actualidad —dijo Esperanza.

—Mire compa, nosotros también hemos estado hablando de la nuestra situación de identidad y nos parece que debemos trabajar

duro para que no se nos pierda con todo eso de la Reguetón, la música en la inglés de loco, no sabemos que puera pasar –dijo Embera.

–Nosotros, al igual que ustedes, hemos empezado a trabajar en la recuperación de los valores culturales, literarios y lingüísticos de nuestra etnia y estamos dispuestos a ayudarles en lo que ustedes necesiten –dijo Chocó.

–¡Bebe compare, pero vos no la hablas como negro feo, vo la hablas es como esos endiablados de Españolada Jiménez y Blanco Mutis, ya estás perdiendo tu identidad! –dijo Embera.

–No compadre, hablar pulido como lo exige la sociedad actual no significa que yo esté perdiendo en ningún momento mi identidad, solo evidencia la capacidad que he adquirido a pesar de todas las dificultades. Esto, para exigir nuestros derechos sociales y culturales, además del reconocimiento del aporte negro a la cultura y a la literatura de la lengua española en Colombia y el mundo.

–Ah ya, nosotros también estamos trabajando en eso, en la recuperación de la nuestra lengua y el estudio de la estructura gramatical de ella, además, del rescate de nuestros rastros culturales que se nos han perdido –dijo Ralía.

Después de un largo momento de diálogo agradable entre los chocoanos y los cuparandosanos, Esperanza trajo a colación algunas oportunidades que estaban ofreciendo los gobiernos en todos los países, especialmente en Colombia, como forma de reparación al daño causado por ellos a los habitantes de Cuparandó y del Chocó. Lo anterior permitió que ella le expresara a Ralía lo que pensaba.

–Mire comadre, con las oportunidades que ofrecen los gobiernos en todos los países para todos los ciudadanos, seguramente muchos de nuestros deseos se nos van a hacer realidad, por eso tenemos que invitar a los miembros de nuestras comunidades a que se cualifiquen como nosotros para que podamos aprovechar esas oportunidades que permitirán darnos a conocer.

–Sí señora, yo he escuchado eso, por ejemplo, que día escuché que el Ministerio de Cultura, de Educación y otras organizaciones en Colombia abren espacios de concursos académicos y creativos para que los niños, jóvenes y adultos como nosotros, participemos en ellos, es para todo el mundo sin distinción de raza o clase social;

eso demuestra que las cosas quieren mejorar para nuestro bienestar, de verdad, hay que aprovecharlas –dijo Ralía emocionada.

–Yo tengo fe y esperanza de que todo será mejor mañana, sé que los negros vamos a seguirnos capacitando al igual que los indígenas y los mestizos, para hacer así una sociedad más incluyente y participativa –dijo Esperanza.

–Dios quiera –dijo Embera.

–Así será –dijo Chocó.

Esto hizo que Chocó le expresara a Esperanza, a Embera y a Ralía que nada era imposible, que todo podía lograrse, que aun en las mayores dificultades una persona podía llegar a ser igual de competente que otra, sin importar la etnia y la clase social a la que perteneciera, sin rencores por el pasado, pero visionando un mejor futuro que debía empezar a construirse desde el presente, solo se necesitaban ganas de salir adelante para conseguir triunfar en los sueños más recónditos del alma y que no nos atrevíamos a perseguir.

Estos chicos habían participado en muchos concursos de creatividad poética de los cuales habían salido victoriosos. Hoy disfrutaban de sus triunfos y aprendían de sus fracasos, conservando siempre sus identidades culturales y luchando por una inclusión social más efectiva, y aún más, exigiendo un reconocimiento urgente de sus aportes culturales a la nación. Chocó y Esperanza se pasaron la vida enseñando a sus hijos cómo hacer poemas, cuentos y novelas. Además los instruyeron en lo que tenía que ver con el papel de los negros en la educación, la sociedad, la cultura nacional, el arte y la literatura, y esperaron que en todas las instituciones del país, es más, del continente, se les empezara a enseñar a los miembros de los otros grupos étnicos y sociales el papel preponderante que han jugado los negros e indígenas en todas las dimensiones sociales del país y el mundo.

La poesía fue y sigue siendo para Chocó Caicedo Truque y Esperanza Rivas Velásquez, un género práctico para aconsejar a sus hijos. Ellos, al igual que Ralía y Embera, aunque siguen siendo maltratados y marginados sutilmente bajo una conducta educada del Estado, siguen capacitando a su pueblo porque tienen fe en que algún día los reconocerán como grandes impulsores de la cultura literatura afro e indígena.

LA GRAN RATA

Carlos Wilfrido Neme Monroy



A Nelson Pérez, por su amistad y confianza

A usted no lo despierta la alarma del celular, tampoco el canto del gallo vecino, a usted lo regresa del mundo de los sueños la pisada de las ratas en el cielo raso. Recuerda cuando estaba soñando con el amor de su vida, con esa mujer que lo tiene loco, estaba a punto de darle un beso, ya sentía su respiración a dos centímetros de sus labios, pero de pronto, como si fuera con intención, las malditas ratas comenzaron con su maratón matutino y le hicieron abrir los ojos.

Usted ya está acostumbrado, hoy se despertó y no las insultó, aunque comenzó a sentir un olor nauseabundo que al principio lo mareó: tal vez unas cuantas ratas muertas. Desde que su papá se fue de la casa con la moza, según su mamá, ni usted ni ella se han dado a la tarea de recoger las ratas muertas por el veneno esparcido por su casa. Pues hoy le tocará a usted, porque su mamá no se ha levantado; ella ha cambiado radicalmente desde hace cuatro días, cuando se fue su papá; canta en susurros, mientras camina por la casa y lanza unas raras sonrisas que a usted lo asustan, como si estuviera guardando algún secreto. Quizás el engaño la afectó demasiado. La plaga ha comenzado a hacer más ruido, justo sobre su habitación.

Cuando usted abre los ojos y siente ese mal olor, observa que un cuadro del cielo raso está por caerse, tiene una gran mancha y está un poco estirado hacia abajo, como si estuviera cargando algo muy pesado. Usted supone que la maldita plaga ha escogido su lugar para dejar sus desechos.

Es sábado, usted no tiene nada que hacer. Se levanta de la cama y busca una escalera en el patio, la lleva hasta su habitación. Ascende mientras sus piernas tiemblan del asco causado por el fuerte olor. Esto provoca una larga pausa. Usted desciende, busca una camisa y se cubre el rostro para reiniciar el ascenso. Cuando toca el techo con la cabeza, las ratas corren como locas. Sus manos tratan de levantar la puerta del ático; al lograrlo, se libera un olor aún más fuerte. Todo está oscuro. Desde su posición, usted no alcanza a ver nada, así que sube un poco más. La vista le produce pavor, ya comprende el hecho de que las ratas aumentarían su ritmo al correr todas las mañanas, buscando la manera de que usted viera esto. Los cuerpos le producen ganas de vomitar, la muerte se ha apoderado de la parte más alta de su casa. Una mezcla de recuerdos, pensamientos confusos y emociones llegan a su mente, y no sabe qué hacer. En ese instante, usted recordó las palabras de su madre cuatro días atrás: sí, su papá se había ido para siempre con la moza.

YESIKA

Blanca Ligia Suárez Ochoa



Por un instante, los labios de Sonia acallaron el murmullo de oraciones y sus ojos detuvieron el torrente de sollozos, fijos en la puerta de vaivén que limita la sala de pacientes con la de espera, donde aguardaba el resultado del diagnóstico que le practicaban a su hija.

Los ruidos que hizo Yesika en el baño mientras trataba de vomitar, a su llegada a la media noche, como era costumbre los fines de semana, despertaron a la madre. Esta asumió que era consecuencia de los tragos. El sueño le impidió levantarse y desde la cama le preguntó:

—¿Qué te pasa Yesika? Tomaste más de la cuenta, ¿verdad?

Sonia durmió unos minutos más. Abrió los ojos con dificultad y constató en el celular la hora: 1:00 a.m. Todo en silencio. No pudo recordar si la muchacha le había contestado la pregunta y si lo hizo, no supo qué le dijo. Prefirió levantarse y, sin llegar a la habitación de su hija, la encontró desmayada sobre el sofá.

Encendió las luces, observó que la muchacha estaba inconsciente con la boca llena de babaza. Buscó apoyo con gritos desesperados. Un vecino, en su vehículo, las llevó al hospital, donde la hizo atender por intoxicación de licor adulterado.

Camino al hospital, llamó a Óscar. Él acudió de inmediato para ayudarla a sacar del vehículo y subirla a la camilla, mientras era bombardeado por múltiples preguntas:

–¿Qué metieron?

–¿Dónde estuvieron?

–¿A qué hora llevó la niña a la casa?

La apariencia de Yesika hizo que el joven presumiera que estaba muerta. No entendió lo que estaba sucediendo y sin que diera respuesta a las preguntas de Sonia, Óscar debió salir corriendo a comprar un medicamento solicitado por el personal de urgencias.

Óscar creció cerca de Yesika, estudiaron juntos desde los siete años, sus familias consintieron la relación. Sonia lo consideraba un hijo más y confiaba en él por la madurez que demostraba a sus escasos 18 años. Ella complacía los caprichos de su hija con la justificación de no causarle las frustraciones de las que fuera objeto en su juventud.

–Cúidense, porque no quiero ser abuela tan joven, les decía cuando salían de campamento los fines de semana, solos o con su grupo de amigos.

–¡Estos son nuevos tiempos, soy una mujer moderna y liberada!
–repetía Sonia con frecuencia.

De los hijos varones exigía trato especial para la niña. Le despertó el liderazgo en sus primeros años, poniéndola a actuar en las actividades escolares: bailes, cantos y fonomímicas que ella misma le preparaba.

Para que seas reina, desde ya debemos trabajar, la animaba, cuando la chica esquivaba los ensayos o rechazaba las extenuantes jornadas de ejercicio para moldear su figura. La sometió a estricta disciplina para tratar su piel y su cabello. No fue en vano, porque sumado a los favores de la naturaleza, Yesika se convirtió en una esbelta señorita, de rostro claro como de luna plena, asomado entre la nube oscura de su abundante cabellera, radiante al destello de sus grandes ojos grises y plegado en sonrisa permanente.

“Miss niña del año”, “Miss adolescente” y cumplidos los 16 años, recibió el cetro y la corona de “Señorita Capital”; con la consagración de su madre como “chaperona del año”. Los reinados y el noviazgo con Óscar no le habían permitido superar el noveno

grado, a sus 17 años, pero en cambio ostentaba el reconocimiento de toda una personalidad.

Óscar, escasamente sobrepasaba la estatura de Yesika, trigueño y de buenos modales, y buenos atributos para ser la “pareja ideal para la muchacha”, comentaban las amigas de Sonia.

Entró afanosamente con el medicamento. En la puerta se encontró con Sonia, al tiempo que salió el médico en busca de los familiares de Yesika.

—La joven ingirió un veneno. ¿Sabe usted, señora, qué producto consumió?

Ella, que hasta el momento había conservado la calma, sumida en la fe y la certeza de tratarse de un exceso de tragos o de un licor adulterado, se descompuso, y se abalanzó con violencia hacia Óscar.

—Nooooo... No puede ser.

—¿Qué pasó con ustedes? Dígame algo, se lo exijo, por Dios.

Óscar intentaba mover la mandíbula para balbucear palabra alguna, pero estas no salían de su garganta. Miraba a la mujer con ojos de presa asustada, al tiempo que dos lágrimas rodaron por sus mejillas temblorosas. No entendía, tampoco tenía explicación, pero sabía que la mujer reclamaba con razón. Él era la única persona que contaba con el permiso para salir con su hija. El dolor y el miedo lo invadieron, quiso refugiarse en los brazos de Sonia, a quien muchas veces vio como su madre, pero en esta ocasión se lo impedía la actitud de sus ojos chispeantes de rabia y exigentes de una explicación.

El médico insistió sobre el tipo de veneno. La madre no pudo responder. Sin retirar la mirada del muchacho, con voz fuerte, sin gritos, le preguntó:

—¿Sabe qué se tomó esta muchachita?

Sin escuchar palabra, el movimiento de la cabeza de Óscar le permitió asumir un no y ella de inmediato le indicó:

—Vaya hasta la casa, revise en el baño y en el cuarto de Yesika, traiga el envase que encuentre.

El muchacho llegó con un frasco pequeño. Sonia lo recibió sin leer su etiqueta, y lo entregó a la enfermera que pasaba por el lugar, para hacerlo llegar al médico Robayo.

Sonia, reconocida entre la comunidad por su labor como decoradora de interiores; admirada por la entereza de sacar adelante el hogar abandonado por dos hombres, con quienes intentó compartir su vida y de los cuales le quedaron cuatro hijos. Mauricio, del primero, y Yesika, Jhonnatan y Yimi del segundo. Por lo general, lucía bien presentada, risueña como su hija, con un chiste a flor de labio. Pero esta vez, se paseaba desteñida entre una pijama de flores color pastel, que la dejaban ver rolliza y avejentada.

La jovialidad y candor del rostro de la mujer estaba transformado en profunda amargura. Despertaba en Óscar ternura y miedo a la vez, quien en un intento por buscar respuesta a sus interrogantes y a los de ella le preguntó:

—Doña Sonia, ¿recuerda las llamadas extrañas que le hicieron en los últimos días?

—Sí, pero eso es producto de la envidia de las muchachas que no ganaron.

Óscar dejó pasar unos segundos. Ella con la mirada fija en un punto de la pared, en silencio, traía a la mente los detalles de aquellos sucesos. Óscar la interrumpió de nuevo.

—¿Recuerda el grafiti impreso en la pared del estadio?, ¿el que mandó a Mauricio y a mí a borrar?

—¡Por supuesto!, groserías que atentaban contra la dignidad de la niña.

Durante los días anteriores, hubo consternación por la muerte del comerciante Libardo Ramírez, quien había participado en la última contienda política como aspirante a la alcaldía. Recuerdo que fue derrotado por el espíritu regionalista que invade a los electores, quienes le dieron el triunfo a un joven oriundo de la ciudad. Ramírez, a sus 50 años, falleció a causa de un infarto en un motel de lujo en Villavicencio, cuando departía con niñas prepago. El hecho estremeció a los pobladores, acompañaron a la familia en el duelo y recriminaron esta forma de prostitución.

Sonia y Óscar continuaban expectantes, con los ojos puestos en la puerta de vaivén en espera de una nueva aparición del médico con noticias de Yesika. La mujer sollozaba, mientras se paseaba intranquila de un lado a otro. Oscar permaneció de pie retorciéndose los dedos, como buscando palabras para abrir su boca, una vez la mujer

lo volviera a interrogar. No pasó mucho tiempo, cuando ella lo tomó por el hombro y con voz de súplica le repitió la pregunta:

—¿Qué pasó entre ustedes dos?, ¿por qué se pelearon?, ¿por qué no me habrían contado?

—Nosotros no hemos peleado doña Sonia, le contestó el muchacho mirándola a los ojos.

—¿Cómo así, entonces por qué la niña intentó suicidarse?

—Por usted —trémulo intentó explicar Óscar.

No había terminado la palabra, cuando la mujer se le fue encima.

—Cómo así que por mí, no sea imbécil.

—Digo, no... no por usted, doña Sonia, sino por temor a que usted la descubriera.

—¿Descubriera? ¿Qué? ¿Qué está inventando ahora?, le gritaba la mujer, ofuscada.

—No señora. Yo no estaba con ella.

—¿Qué está diciendo?, ¿usted no la estaba cuidando?, ¿ella andaba sola? ¿Por qué no me lo había dicho, Óscar? ¿Me va a decir que permitió que ella se fuera sola por ahí con otras personas? ¿Qué clase de novio es este?

—Doña Sonia, es... que... yo no soy novio de su hija —logró hilvanar la frase con dificultad.

—¿Qué? Entiendo que estén peleando, pero los he de ver mañana de nuevo como tortolitos para arriba y para abajo juntos —le dijo Sonia en tono irónico, mientras aceleraba el paso de un lado a otro en la sala de espera.

Óscar intentó sosegar y tomó asiento, pero ella se fue sobre él y lo tomó por el cuello del cami-buzo.

—De manera pues, que echó a la niña, la dejó a su suerte y a mí ni siquiera me contó. ¡Traicionó mi confianza, Óscar!

Lo soltó y le dio la espalda en busca, nuevamente, de la puerta de vaivén para esperar noticia sobre la salud de su hija.

Óscar se levantó tímidamente, la siguió y le dijo:

—Yo nunca fui novio de su hija, doña Sonia.

Sin que ella alcanzara a darse vuelta, Óscar continuó diciéndole:

—Solo fui su mejor amigo, ella me utilizaba para que usted la dejara salir.

La mujer bruscamente se volteó y, frente a Óscar, no tuvo valor ni palabras para interrumpirlo y como si el cuestionario se lo lanzaran sus ojos, el muchacho continuó escupiendo palabras sin parar.

—Ella viajaba los fines de semana cuando los clientes la programaban, contaba con la ayuda de su amiga Marcia y mi silencio, por supuesto. Ganaba mucha plata, le daba a Marcia y me daba a mí. Los teléfonos, las pintas y las joyas no se las regalaba yo, como se lo hacía creer. Incluso me contó que tiene ahorros para irse de viaje con usted.

—¿Recuerda la salida a acampar de hace quince días? Estuvo en Villavicencio, con el señor Ramírez. ¿Recuerda el tema del video? Yesika no pudo detener su publicación en las redes sociales, dijo que antes de que usted lo viera estaría muerta.

Por primera vez, Óscar experimentó la sensación de haber vaciado la alforja de secretos que le había guardado a su amiga, quien hoy se debatía entre la vida y la muerte. De morir ella, la vida no le alcanzaría para enmendar su culpa y, de vivir, tampoco, para pagarle la traición. Sonia, después de dos horas de espera no había ocupado un asiento. Ahora se dejó caer pesadamente sobre un sillón de la sala de espera, sin aliento por el impacto de la confesión del muchacho. En ese instante, apareció la figura de Robayo, sin que ninguno de los dos corriera en busca de la noticia de la salud de Yesika.

HIT ME

Carlos Barros



Cuando se publicó la convocatoria para ser guardia del túnel Carrington, se presentaron ochenta hombres blancos y dieciséis negros. Los blancos fueron despachados como no aptos, pero la verdad es que el Distrito tuvo miedo de futuras demandas por infecciones cutáneas. La piel de los blancos no aguanta nada, así esté forrada en poliuretano. Los blancos solo conocen el bloqueador y la playa en verano. Igual se quejan. Al final cada quien se rasca donde le pica.

De los negros solo quedamos tres para el empleo: Joe, Carl y yo. Todos con antecedentes criminales. Los tres pagamos condena en Lompoc. Joe por intento de violación y venta de drogas, Carl por robo a mano armada y yo por estafa y malversación de fondos. Tres negros de mierda en un empleo de mierda. Por lo menos el seguro cubre nuestra muerte en caso de accidente laboral. La vida en sí es un accidente laboral. Naces, te casas, la cagas, pagas impuestos, todo es un puto accidente laboral.

Entro todos los días con el optimismo bien alto a este túnel crapuloso. Ni yo mismo me veo en medio de tan vasta oscuridad. Me

oriento por el correr del agua, su curso me indica cuál es el norte y cuál es el sur. Albeiro, Albeiro, escucho que grita Carl. Me aproximo y veo a un chico negro de quince años enrollado en un plástico azul. Murió con los ojos abiertos. Ojos verdes que no alumbran la oscuridad del túnel. Este hijo de perra se gana el puesto número cinco del mes, dice Joe cuando se acerca a nosotros. ¿Qué te pasa Albeiro? Me pregunta Carl. Yo creo conocer al chico, vive por mi barrio. ¿Estás seguro? Quien pregunta es Joe. Sí, estoy bien seguro. Mejor llamemos a los malditos cerdos y que se encarguen. Es lo mejor que había dicho Joe en todo el día. Durante el almuerzo contó un chiste más *agüevao*. Muchachos, ¿qué es lo más inteligente que puede salir de la boca de una mujer? Carl y yo no respondimos. Joe siguió con su chiste y remató: la verga de Einstein. Le increpé su abuso hacia las mujeres y le dije que delante de mí no contara esos chistes. No se me ponga majadero señor Mourning, me dijo el hijo de su madre en mi segundo idioma y entramos al túnel.

Cinco horas después nos encontramos con el cadáver de Jean Pierre Saint-Paul, un nombre demasiado fino para un negro. Me dijeron que si era capaz de avisarle a la madre. Los detectives de esta ciudad cada vez son más cobardes y más mentirosos. El detective López, un bastardo *puertorro*, era el encargado de estos casos y me pidió el favor de avisarle a la madre del occiso, ya que lo desviaba mucho del *Citizens* y no quería perderse el juego de los *Mets*. No era suficiente con hacer el favor, el malparido me pide que lo llame a las seis de la mañana. Maldita plaga los policías, y si son gringos ni se diga, y si es gringo-latino peor, un auténtico comemierda profesional. A repartir boletas de lobo, como dice Carl cuando a alguien le toca dar malas noticias. Debía ir a Kensington, mi barrio, un auténtico hervidero, y debía encontrar a la señora Saint-Paul.

No me fue difícil ubicarla. Vivía en un edificio de ladrillos rojos estilo *Art Déco*. Un edificio de seis pisos en estado lúgubre, habitado en su mayoría por africanos-gringos y polacos-gringos. Ambas plagas tan numerosas que en cada apartamento, puedo jurarlo, viven tres generaciones. Toqué el timbre de la familia Saint-Paul. Una señora en pijama fucsia y con la cabeza enrulada se asomó por el balcón. ¿Qué desea? Si es una ayuda para alguna causa no tengo plata. La gente siempre me ve cara de miserable, de gorrero, de *alcanzao*.

Señora, le traigo información sobre su hijo Jean Pierre. Por favor, abra la puerta. Ese muchacho no es mi hijo, es mi nieto, asevera la señora Saint-Paul. ¿Baja o no baja?, le espeté con impaciencia. Espero diez minutos hasta que la mujer aparece. Trae consigo una 22 y no cruza el umbral de la puerta. Dígame de una buena vez. Me molesta la grosería de la señora, su maldita obesidad y su ingratitud. Habría podido coger el arma y meterle dos pepazos por su gran culote. Le espeté la noticia de una y se desmayó.

Tardé veinte minutos en despertarla y en lugar de calmarse lo primero que me gritó fue: ¡Hijo de puta! Se levantó y dejó el arma en el suelo, me abrazó y comenzó a llorar, un llanto acompañado de palabras senegalesas, sé esto último porque la señora me contó su larga historia de inmigración cuando se calmó el alboroto, no hubo un solo pensamiento que me hiciera entender por qué la gente llora con ganas en el hombro de lacras como yo. Tal vez los años en Lompoc me hicieron algo moralista. A la señora Bamika, así se llamaba, le entregué la tarjeta del detective López y le dije que mejor se dirigiera a la morgue en las horas de la mañana. No te equivocas hijo, será en la mañana, porque su madre llega a las doce del trabajo. Me fui de allí sin elegancia, sin decir adiós, después de todo era portador de malas noticias.

Llegué a la casa y no encontré nada que hacer, así que me fui al bar de Jessica. El bar se llama *Executive Lunch*, pero lo llamo el bar de Jessica porque así se llama la dueña y me gusta mucho esa mujer.

Pedí un Cuba Libre y un *Construction*, un rico sándwich que hace Jessica y que lleva salchichón cervecero, queso mozzarella, crema de ajo y lechuga. Jessica pone todos esos ingredientes en un *baguette* y los pone a tostar un poco sobre la parrilla. Más duró la preparación del sándwich que yo en engullirlo. Tuve que pedir dos Cuba Libre para bajarlo. Estaba bien *trancao* el hijueputa. Había pocas personas en el bar. Me gusta el ambiente calmado y el jueves es un día ideal para tomar. No pienso cambiar de día. Ella me dice que siempre vengo los jueves porque mi esposa no me deja salir los fines de semana. Te he dicho mil veces que no estoy casado, es mi frase de cabecera. No te creo nada Albeiro, vos decís la misma vaina cada jueves y siempre te veo en la calle con una distinta, responde ella con picardía. Cada vez que la veo no dejo de asombrarme por su

piel tan blanca y un culo que envidiaría más de una negra. Me gusta su sentido del humor. Lástima que esté arrendada. No sé cómo no la vi antes. Jessica me preguntó por el trabajo y le comenté que hoy saqué a un joven de quince años. Pobre alma, era un bebé, ¿estás bien? Yo no soy muy romántico pero me gusta cómo ella elige las palabras más cursis y las transforma. Me gustaría decirle que lo único que me hace falta es que ella me abrace y me agarre la 357 mientras me besa. Eso sería fantástico. Pero la experiencia me reafirma que esos deseos tienen que ser comprados. Jessica jamás se va a fijar en mí y ella debería aprovechar este momento, justo ahora que estoy muy bueno. Los jueves en su bar dejo que flote mi morbo un rato. Todavía no me pueden quitar ese derecho. Me despido de ella con la cara del culpable eterno, esa cara que le queda a quien estuvo en la cárcel, así el día de mañana sea Presidente o el mejor amigo del Papa. La cara de quien ha sido culpable jamás se borra.

Llamo al Detective López para reportarme. Me contesta su esposa. Me dice: Ingrid, gran perra, deja de molestar a Víctor. La grosería reina una vez más y a tan temprana hora. No soy Ingrid, pásame a su marido, le digo. Antes de pasar el teléfono logro escuchar: Víctor, te llama el pato de turno. Hablé con el comemierda y me salió con una perla del demonio. Me dijo que había hablado con mi jefe inmediato y este había autorizado cuarenta y ocho horas para que yo sirviera de informante. Los antecedentes no ayudan en nada y si a eso le sumamos que soy paísa-gringo no hay nada que hacer.

Me presenté en el Distrito 19 a las diez en punto. López me esperaba en la esquina del Distrito, con una taza de café y mordisqueando un sándwich. Tuve que esperar a que el hijo de puta terminara. *Hey*, Albeiro, quita esa cara mi hermano, lo que estás es ganando confianza con el Estado. El detective me dijo que el chico que encontramos en el túnel estaba involucrado en una serie de estafas con tarjetas de crédito y planes de celulares prepagos. ¿Qué carajos tengo que ver yo? López se acercó. No te hagas el *guasa guasa* conmigo. Malditos *puertorros*. Son lo peor de acá junto con los negros, no me incluyo porque yo soy negro paísa, eso es otro cuento.

Fuimos a un edificio que habían allanado en la Hawthorne y estaban en el proceso de recolección de evidencias. Según López, el chico era conocido en la calle como Flow Two, eso lo sabía, pero

como dicen en la tierra de mis viejos: El que quiere baile, que pague músico. Para la edad que tenía era una eminencia en esto de la estafa. Revisé el PC decomisado y estaba bien informado el chico. Tenía BD de bancos, empresas de manufacturas, colegios privados y algunos almacenes de ropa fina. Cerré los archivos y no tuve que buscar más. Era la clásica estafa. Llamaban a todos estos bobos y les ofertaban plan de celular barato y tarjeta de crédito sin fiador. Las tarjetas les eran enviadas, obviamente clonadas, y duraban como mucho una semana antes de ser reportadas en el sistema, lo mismo pasaba con los planes de celular: pines robados, aparatos robados, líneas clonadas. López escuchó lo anterior sin entusiasmo. Eso lo sé, ahora sorpréndeme, me dijo el hijo de perra. Si no estoy mal hay gente de todas estas entidades involucradas, lo malo es que ese trabajo te toca a ti, porque acá no aparece nada. López agradeció de muy mala gana mi ayuda y me dijo que estaba libre, pero que podía necesitar de mis servicios en cualquier momento. Acepté a regañadientes.

En el PC de Jean Pierre había un número de celular que reconocí en el acto. Mi compañero Carl estaba en la lista y eso no era algo gratuito. ¿Qué hace un atracador en la lista de un estafador? Al día siguiente, en el trabajo, estábamos terminando la jornada y le dije a Carl que nos tomáramos algo. Cuidado y me vas a invitar a tomar tu aguardiente de mierda otra vez, me advierte el hijo de perra. Tranquilo, Carl, esta vez es *Bourbon*. No bien llevaba dos tragos, le solté la bomba a Carl y se puso pálido.

¿Cómo te enteraste?, me preguntó con miedo. Eso no importa, le respondí, lo que importa es si la vuelta sigue. Me miró con cara de pocos amigos. Pensé que te habías redimido con la sociedad, me dice mi compañero con preocupación. Carl, no seas tan bobo, soy un negro en USA, tengo que ser un *gangsta*. Ambos nos reímos del cliché. Tienes que deshacerte de ese celular, recomiendo que le pases esa línea a uno de tus *dealers*. Carl mueve la cabeza de un lado a otro y me responde: Ya no me drogo Albeiro, llevo rato sin hacerlo. Le replico: No me engañes negro marica, yo sé que sigues jugando con Kiko. Carl se dejó persuadir y fuimos donde un *dealer* bien cacorro y le dimos el Iphone y la línea a cambio de tres papeletas. Yo sabía que esa coartada no iba a durar mucho para cuando

el detective López se diera cuenta de todo, pero por lo menos retrasaría un poco la investigación. Mejor me alisto para largarme, me dijo. Antes de despedirse me dio un celular. ¿Qué es esto? Carl sonrió y me dijo, mira la galería y sabrás por qué los *puertorros* no tienen oportunidad.

Llamé a López y le dije que sabía de alguien que estaba involucrado en lo del ahogado. Olvídate de los peces de colores y nos vemos en el *Lunch*, me dijo.

Jessica me recibió más provocadora que nunca. Llevaba un vestido negro, corto, ceñido. Tetas, culo, cara y cuerpo para causar infarto. Señorita, ¿por qué el luto? Jessica me guiñó el ojo y me dijo: Ay, Albeiro, el luto es para que se mueva el chuzo. ¿Quieres que se mueva el chuzo? En lo mejor del flirteo entró López. Bueno, mi hermano, soltando la perla. Los policías no conocen la sutileza. En especial López, lleva tres años pisándome las güevas, se cree el dueño mío. Detective López, antes de soltarle la perla, le advierto una cosa, esta es la última vez que trabajo con usted. López no demora en advertirme: *Hey, Mourning*, déjate de jamaqueo. Hoy era el día que debía zafarme de este hijo de perra. Sabía que tenía un as bajo la manga para joderme, igual yo tenía el mío y era una cosa bien seria. Hasta que no respondas por el hijo de mi prima, no te zafarás de mí, me espetó el *puertorro*.

El detective López llevaba tres años con la misma canción, así fue como lo conocí, porque salí con Cindy, su prima. Cindy es tan puta que cuando me la presentaron en una fiesta de integración de la empresa, lo primero que hizo fue decirme su tarifa: 200 pavos papito y haces de mí una cometa. Accedí y pasó lo peor: me enamoré como sicario con moto nueva. El romance duró siete meses y cuando llevaba tres sin saber de ella, apareció con una barrigona bien gonorréa. Entró López en escena, indagó mi pasado y desde entonces me tiene jodido. Y eso que me hice la prueba de ADN y salió negativo. Igual López asegura que es mi hijo, ya que el hijo de perra repitió las pruebas y las alteró, como buen *tombo*. Pero hoy le tengo su revés.

Dime el nombre del maricón y acabamos este asunto. López estaba impaciente. Se le notaba el perico. Ah, se me olvidaba, Cindy te mandó a decir que el niño necesita unas vacunas. No dudé en responderle: Detective López, dígame a Cindy que ese malparido

no es mío y esta mierda se acaba hoy. López se levantó de la mesa furioso. Quiso pegarme pero le aguanté la mano. Me levanté y lo empujé. Cayó. Se levantó rápido y nos quedamos mirando. Volvimos a sentarnos ante la mirada de reproche de tres clientes y de Jessica. Le pasé el celular y le dije que viera la galería.

¿Tú crees que con estas fotos me puedes incriminar? Estás loco. Le dije: Esas fotos son el inicio, bebé, ahora el que se va a dejar de guasa guasa aquí sos vos. Tuve que hundir a mi compañero Carl, no había de otra, pero como se lo dije a él, toca actuar como un *gangsta*. López acordó dejar el acoso y decirle a su prima que la nube se evaporó. ¿Se toma una cerveza? Me miró con más rabia cuando le dije esto, aunque yo sabía que no la iba rechazar. Una sola, Mourning. Se la tomó de un sorbo. Puso el vaso sobre la mesa y salió del bar. Como no tenía más nada que hacer, seguí allí mirando a Jessica con morbo. Sé que mañana estaré atrapado en la oscuridad del túnel Carrington con dos balazos de nueve milímetros en la cabeza. Faltan nueve horas para que eso pase. Jessica por primera vez decide acompañarme. ¿Limón y sal? Por supuesto, le contesto. Al rato pone sobre la mesa la botella de guaro y una bandeja con rodajas de limón y sal. Sirve los dos tragos y pregunta: ¿Por qué brindamos? No le contesto. Me tomo el trago y dejo que ella hable.

Hoy tengo las cosas más claras. He pensado mucho en lo que ha pasado los últimos dos días. Debo atar bien algunos cabos, en especial el de Carl y las malditas fotos. Alisto mi maletín para irme al trabajo. Salgo del edificio y en la entrada está la señora Bamika. ¿Sabe qué me dijeron en la morgue? Me pregunta como si yo lo supiera todo. No sé, ¿qué le dijeron? Comienza a llorar y se sienta en las escaleras de la entrada. Al muchacho lo mataron, lo estrangularon. ¿Puede creerlo? Justo hoy tengo afán y me vienen con este drama. Señora, supérole, ya está muerto y no va a volver. Se limpia las lágrimas con las manos. No es justo señor Mourning. Le dije que la vida no era justa y que debía irme para mi trabajo. Me dice que sí se la verdad. Yo no sé verdades y no quiero saber más de esta mierda. La dejé en la entrada de mi edificio, triste, desconsolada por un chico que ya estaba más perdido que Jesús en el día del padre.

Joe, ¿dónde está Carl? Ya sabía la respuesta pero no estaba de más pasar por caco. Hoy no vino, Albeiro, me responde. Y agrega: el jefe dijo que te tocaba ir al desagüe para ver si está atascado. Joe se

fue para el tráiler y mi caminata de cuarenta y cinco minutos estaba por empezar.

Por primera vez no me siento perdido y sé que al final del túnel estará López esperándome. No quiero escuchar su voz, no quiero escuchar el primer disparo. Me pongo los audifonos de mi Ipod y dejo que Jay Z cante. Se escucha ese saxo caluroso de D.O.A y repito el intro de la canción en la oscuridad del túnel: *only rapper to re-write history without a pen/ No ID on the track let the story begin, begin*. Sé que la historia está por comenzar. Ya era hora.

CARTA JUGADA

Javier Rosero Calderón



Ese día, en aquel instante, me convencí de que no podía esperar más; tenía que haber una forma de abordarla. Nuevamente ella estaba allí, como cada viernes, esperando la ruta al salir de la universidad. En aquella ocasión había demorado mi salida, a propósito, mientras fumaba un cigarro. Solo los viernes mis clases terminaban antes que las suyas.

Con pasos lentos, pero fijos, avancé. Al pisar el separador de la calle me detuve. Pasaron unos automóviles. Después entré en la bahía preparando unas cuantas palabras para dirigirme a ella, pero por el olor del extinto cigarrillo, creí que no era el momento oportuno: todo un pretexto. Entonces, desvíe mi marcha unos dos metros y, finalmente, me ubiqué a su derecha. Desde esa posición, de rato en rato, la miraba de reojo. Dejé pasar mi autobús dos veces. Tomé una menta y la sostuve discretamente dentro de la boca. “Si pudiera vencer mi timidez...” pensaba y me odiaba a mí mismo.

Con un suave movimiento, empezó a caminar y pasó delante de mí ocupando un pequeño espacio sobrante en la acera. Me sentí flotar en un exquisito vapor de violetas.

—Disculpe —pronunció con voz baja, mirándome de lado.

Era la primera vez que oía su voz. Solo acerté a cerrar los ojos y a culparme por ser tan cobarde. Después de un segundo ya era imposible seguir negándose a percibir tanta hermosura. Abrí los ojos. Su falda ancha y larga se mecía a lado y lado, al compás de las caderas llevadas por el taconeo de sus botas de cuero negro. Se acercó hasta un lujoso automóvil. Yo empezaba a detestarla.

En sentido contrario se formaba la fila de buses que se acercaba al paradero. Creo que me parecía a un atleta corriendo los cincuenta metros planos con obstáculos al pasar sobre la registradora. Con la misma velocidad me acomodé en una silla como de costumbre, junto al ventanal derecho. El conductor se desplazó hasta mi puesto para cobrar el pasaje y le entregué un billete de veinte mil pesos del que nunca retornó el cambio. Es que me había distraído por completo hasta que una imagen ya conocida regresó mi atención al paradero de buses.

Estaba ahí, con su cabellera negra a merced del viento. Con sus manos delgadas y blancas ajustaba una bufanda de hilo rosado que contrastaba con la chaqueta negra de paño inglés. Los ojos cafés, perfectamente delineados, enmarcados por unas pestañas largas recubiertas de un buen maquillaje, daban un carácter tiernamente dominante a su mirada que, por un instante, se dirigió hacia mi ventana acompañada de una sutil sonrisa. Esos labios tenían el poder de hechizar. En la distancia infinita que solo se encuentra hacia nuestros adentros los miré unas cuantas veces describir la frase: “te amo”.

El fuerte rugir de un motor tiene la capacidad de cortar la más fantástica escena en la mente débil de un obsesionado. Miré hacia la calle, pero ya estaba a varias cuadras de la universidad. “Será el próximo viernes” me dije.

Y el nuevo viernes llegó, pero no como los anteriores. Después de la salida esperé durante más de una hora y ella no apareció. Yo desesperaba. Olvidé la retórica con la que me había preparado y me cansé de ensanchar los pulmones.

Derrotado, abordé el autobús y ocupé un lugar junto al ventanal derecho; aún guardaba una leve esperanza de mirarla al filo de la bahía. Cerré los ojos para imaginar que estaba allí, mientras el olor a

violetas me cercaba por todos lados y esos labios rojos describieron la palabra: ¡Hola! que se hizo perceptible, sonora, real. Abrí los ojos y ella estaba allí, rozando mi costado izquierdo, sentada junto a mí.

—¡Ho... hola! Apenas si pude balbucear. La miré varias veces, estupefacto. Me sentí ridículo.

—Disculpa, no fue mi intención molestarte.

—¡No, no! Para nada.

—¿Seguro que no?

—Desde luego que no. Es una bonita sorpresa. Tan bonita como tú. No me explicaba, aún, cómo estaba sucediendo ese diálogo real ni de dónde me llegaba tanta inspiración.

—¿Siempre tomas esta ruta?

—Sí. Y tú, ¿cambiaste la tuya?

—A mí me sirven varias. ¿Qué estudias?

—Ciencias políticas, ¿y tú?

—Sicología.

—Serás una muy buena sicóloga. Yo seguía hablando ya con fluidez y había preferido olvidar lo del auto junto al paradero de buses.

—Eso espero. De hecho ya estoy iniciando una práctica... Lo dije con cierta melodía. Me miró y separó sus labios para dejar escapar una risa sensual y algo burlesca. Me sentí descubierto. Un calorcito emergía por cada poro de mi piel que, en ese momento, era la de un camaleón. No pude sostener la mirada. Simulando mirar mi reloj opté por sobreponerme y me atreví a preguntarle:

—¿Qué piensas hacer esta noche?

—Mm... déjame ver... no tengo programa... la noche va a estar fría... creo que voy a permanecer en casa, ¿por qué?

Pensé en mil lugares y en ninguno para intentar invitarla. La verdad era que no conocía mucho la ciudad.

—No sé... tal vez si conoces algún lugar al que te gustaría ir...

—¡Claro que sí! A mi casa. Bueno, a decir verdad es un pequeño apartamento que acabo de tomar en arriendo cerca de aquí. Está ubicado en una pensión sencilla, pero agradable; tú sabes, uno de estudiante... Quisiera que conozcas, ¿aceptas?

—¡Magnífico! —No pude evitar que mi entusiasmo se desbordara. Me miró sorprendida—. ¡No, no! Disculpa. Lo que quise decir es que allí podremos planear mejor nuestra salida.

—¡Perfecto! —dijo, espaciando las frases con su risa sensual—. Sí que eres como un niño ingenuo. Bueno, pero a lo mejor podamos cambiar la realidad del país con tus ciencias.

—Sabes que eso es imposible, pero puede que logremos darle una mejor visión con tu psicología.

En la siguiente parada, descendimos del bus. Las tres cuerdas que restaban las caminamos lento. Ella rodeaba mi brazo con sus manos mientras seguíamos platicando.

—¿Estuviste en la protesta de ayer?

—No. En realidad soy cobarde para esas cosas.

—Pero si eso es muy divertido. Muchas mujeres participamos; y eso que no ostentamos la valentía de ustedes, los hombres. Apoyé su cabeza en mi hombro y deslizó sus manos sobre mi antebrazo en señal de que no había querido ofenderme.

—De todas maneras, no es bueno que lo golpeen unas bestias con escudos.

—¿Te enojaste?

—No, no. Por favor, no me malinterpretes.

—No pudieron golpear a nadie, ni siquiera con los chorros de agua porque utilizamos los tableros de la construcción del bloque nuevo para protegernos.

Después de unos veinte minutos entramos en una casona. El acceso era amplio, solado con bloques de barro cocido y desembocaba en un patio grande, recubierto con piedras perfectamente acomodadas. En el centro sobresalía una pila decorada con piedras lajas. Subimos por una escalera de madera en buen estado. El extenso pasillo del segundo piso nos condujo hasta un rincón de la casona. Una vez en la habitación me ofreció asiento mientras se dirigía a la cocina conectada por una puerta angosta. Enseguida regresó a la habitación.

—Por favor, espérame un momento. Voy a la tienda. Puedes encender la radio o la tele.

—¿Puedo acompañarte?

—Mejor descansa, no me tardo.

—Está bien. Encenderé la radio... y gracias.

Transcurrió más tiempo del que puede gastarse una persona en ir y volver de la tienda. Entonces me dediqué a detallar sus cosas. Me

llamaron la atención unas artesanías en fique entre las que había un portarretrato; “¡qué bella es!”, pensé, “pero es mucho mejor como persona, es muy divertida”.

Al fin de cuentas ya había esperado casi una hora, entonces caminé despacio hasta el primer piso para observar de cerca la fuente, pero un murmullo que venía de la calle hizo que olvidara mi objetivo.

Cuando salí, había una espesura de personas alrededor de un área acordonada que separaba un cuerpo inerte. Algunos rumoraban que era una universitaria y que dos tipos le dispararon desde un auto lujoso.

RECUERDOS PERDIDOS

Alejandra Tenchi Lugo



*Memoria y olvido son como la
vida y la muerte. Vivir es
recordar y recordar es vivir.
Morir es olvidar y olvidar es
morir.*

Samuel Butler

Estaba sentada junto a la ventana mirando a los chicos jugar bajo la lluvia, la radio sonaba como de costumbre y era viernes, aunque ella no lo sabía. No sabía tampoco en qué mes ni en qué día del año estaba, es más, no tenía la menor idea de cuántos años habían pasado desde la última vez que pudo recordar su nombre, desde que se acordaba de lo que fue su vida, pero ahora solo podía estar ahí sentada.

A veces salía al patio en compañía de Ruth, su enfermera, y podía sorprenderse del olor de las flores, podía saber que eran hermosas y preguntaba cómo nombrarlas y cómo nombrarse ella. Y Ruth respondía incansablemente una y otra vez.

Pero era inútil, ella jamás recordaría quién era o quién fue, su memoria se había extinguido, el olvido consumió su historia, se llevó su nombre, sus dolores, sus pasiones, quizá su existencia, porque ahora nadie la recuerda, ni siquiera ella.

En silencio, Yolanda lloraba desconociendo las razones de su llanto; ignoraba su pasado perdido y no tenía la menor idea de lo que había vivido, de los momentos duros que le acontecieron desde su niñez, no sabía que a los doce años había quedado huérfana junto con sus seis hermanos menores, tampoco se imaginaba lo duro que fue ver morir a su padre y, dos años más tarde, a su madre. No sentía qué era haberse quedado sola sin un pariente a dónde recurrir y tener que trabajar para amparar a Nelly, quien solo tenía un año de nacida en ese momento. Lo difícil que fue alimentar a Carlitos, a Herne, a Enodia, a Pedro y ni decir de Paz que todo el tiempo estaba enferma, hasta que no soportó y murió.

Por un lado, era bueno que Yolanda no recordara cuando a Pedro le dieron tres tiros frente a ella, que no viniera a su mente la imagen de Enodia cuando fallecía y dejaba a su cargo a sus hijos Lucho y Alex. Tal vez era mejor que no se acordara de todas esas muertes, incluso la de su hija Margarita y su nieto Eduar; aquel suceso que le provocó un dolor intenso que tiempo después trajo consigo un mal incurable que poco a poco fue borrando su amargura gris. El alzheimer que hurtó sus recuerdos.

Desde el momento en que la noticia de la muerte de Margarita y Eduar fue dada a Yolanda, el destino quiso que aquel dolor fuera aplacado y despojado de la memoria de quien lo sufrió, porque un ser humano no podía haber llorado tanto, porque la oscuridad no podía haber destrozado tantas ganas de vivir y porque tal vez Dios reconoció que se pasó de calidad al designar tantas penas a una sola mujer.

Su mayor dolor fue ver a Margarita muerta, aquella chica que siempre fue su orgullo, por la que trabajó incansablemente para lograr que se graduara de sicología, comprara una casa y tuviera una familia. Yolanda lloró tanto cuando aquel río caudaloso se tragó el cuerpo de aquella flor y su divina semilla.

Antes de que Yolanda perdiera su caja de recuerdos, fue lentamente trayendo hechos de su vida, evocándolos en medio de su angustia de perder la memoria; recordaba una y otra vez cuando desde chica trabajó en un hospital, ganándose unos cuantos centavos para dar de comer a sus hermanos y años más tarde a su hija y sobrinos huérfanos. Nunca trajo a la mente recuerdos de aquel amante celoso que sembró una margarita en su vientre, pero se amargaba por aquella

vez en la que la dejaron plantada en un altar cuando tenía veinte años, de pronto aquel hombre cobarde que huyó fue su gran amor, porque en los últimos tiempos de su memoria no hizo otra cosa que repetir y repetir esa dura historia, tal vez porque tenía el presentimiento de que nunca volvería a su mente.

Y allí sigue ella, con sus setenta y cinco años de edad. Mientras escucha la radio mira la ventana, observa las flores y contemplando sus aromas se fija en una en especial, tal vez porque hay un vestigio de ella alojado en su alma y una razón para preguntarse cada minuto cómo se llama aquella flor.

SEGUNDAS INTENCIONES

Cecilia Pedroza Bello



Sin notarlo, la sal había caído sobre su camisa. Nervioso jugaba con lo que estaba en la mesa que daba a la calle. Aún faltaba para la hora de la cita. Pensó en llamarlo. Marcó el número. No llamó, no quería parecer acelerado. Lo conoció unos días atrás en un tropezón casual, se asombró e inquietó mucho porque el muchacho tenía un parecido enorme con su amigo de la infancia que quería mucho, Pablo. Lo siguió, el muchacho entró a la empresa de compra y venta de autos usados, allí trabaja como vendedor. Pidió una tarjeta y se fue a su oficina.

Cabalgaba con sus dedos en la mesa, miraba por la ventana del restaurante para ver si salía o entraba a la compraventa. Una llamada a su celular le hizo regresar a su nerviosa espera, era él.

—Hola señor Rogelio. Qué pena con usted, se me presentó un inconveniente y no podré llegar al almuerzo. ¿Puede usted mañana a la misma hora? ¿Está allí, señor Rogelio?

—Sí, sí claro, aquí estoy. Mañana está bien. Nos vemos.

Almorzó solo. La oficina le esperaba llena de papeles y otros compromisos. Prefirió esperar allí. Otra vez sonó su celular, era de la oficina, tomó esto como indicación del destino. Se levantó y la sal

que tenía sobre la camisa rebotó juguetona sobre la mesa; se acordó de Pablo y de uno de sus dichos: “*estamos hechos de sal, no de barro, por eso no me baño*”. Sonrió mientras caminaba hasta su carro, pensaba en que si de veras estamos hechos de sal, sería muy fácil disolverse en el agua y difícil sería encontrar el agua a su medida, no ser fastidioso o desabrido. Recordó a Pablo y las cosas que hacían juntos en su casa cuando no había nadie y en lo mucho que se le parecía a Andrés. Era la primera vez que se sentía así de sensible. Subió a su oficina. Le dijo a Patricia, su secretaria, que cancelara todos los compromisos en la agenda de ese día, avisara a su mujer que llegaría tarde y luego se fuera para su casa. Se encerró, miró a su alrededor, fue al mini bar, tomó un trago y empezó a llorar. Secó las lágrimas, no siguió tomando, no le caía muy bien. Prendió el televisor de su oficina y se puso a ver cualquier programa con el interés fingido, solo para burlar la vergüenza que sentía consigo mismo. Ya eran las nueve de la noche. Recordó que ese era el día fértil de su mujer. Llegó a su casa, ella dormía tranquila, creyó que estaría esperándolo para hacer la tarea de casados. No habían podido tener hijos. Antes de meterse a la cama esperó un poco. Desde hace unos años ella no olvidaba este día, el de ovulación. Se acostó con cuidado. Quería descansar. No la despertó. Dibujó en su mente la cara de Andrés y la de Pablo, las diferencias eran mínimas... *Recuerdo aquel verano. El primero que no estaríamos juntos, antes que te marcharas para esas vacaciones en la playa con tus tías y primos; entraste desesperado llorando, me abrazaste fuerte, me diste un beso en la boca y te fuiste. Tres días después todos te llorábamos Pablo... El mar ocultó su envidia en la belleza de sus aguas, llevándote luego a conocer la violencia de sus carcajadas.* El mar reía muy fuerte como si hubiera ganado un trofeo y, en un momento de silencio, Andrés emergía levantado por las olas, hacia Rogelio, como para entregarle el premio de consolación. A lo lejos, escuchó entre los murmullos del mar a su mujer revolotear como gallina por toda la habitación, buscando aquí, recogiendo allá, tropezando y maldiciendo a la vez. La alegría del sol sonreía en la habitación.

—¿Para dónde vas tan temprano? —preguntó con voz de sueño—
¿Tienes que hacer tanto ruido?

—No es temprano, ya casi es mediodía y no quiero hacer ruido, es que nunca encuentro las cosas donde las dejo. Debo irme, no

me demoro —le dio un beso en la boca y se fue caminando. A dos cuadras, sonó su celular.

—¿Aló?, Andrés. Ya salí de la casa, voy en camino.

—Para eso te llamaba. Tengo un almuerzo pendiente, es del trabajo, no puedo aplazarlo. ¿Puedes mañana temprano?

—Está bien. Mañana veré si puedo sacar el tiempo.

Rogelio se había levantado hacía poco, todavía estaba en la ducha. Se veía en el espejo.

No soy tan viejo, dijo mientras estiraba con los dedos sus ojos para planchar ciertos pliegues. Tenía buen ánimo, hoy por fin se veía con Andrés. No escuchó llegar a su mujer, que entró refunfuñando.

—No pierdes la bendita costumbre de dejar la puerta del baño abierta. ¿Por qué llegaste tan tarde anoche?

—Eso te lo debió decir Patricia. ¿No lo hizo? —envuelto en la toalla salió del baño—. ¿Y tú a dónde fuiste esta mañana?

—Me fui a ver con Guido y Selena. Los asesoré en algunos detalles para su nuevo apartamento —entró al baño y cerró la puerta.

Se vio en el espejo. *Ya estoy muy vieja para esto*, dijo mientras veía las sobras de piel en los brazos, debajo del cuello. No quiso seguir mirando. Se sentó en el inodoro... *Pero, si varias veces he engañado a Rogelio. Pero Andrés ha sido el más joven de todos ellos, no puedo desaprovecharlo...* Pensó otra vez en sus arrugas y pellejos. Un frío le vino de pies a cabeza; contempló como nunca la fiel idea del divorcio, había suficiente dinero como para alegrar varias navidades y entre cuadros de felicidad con Andrés por diferentes partes del mundo, no tendría más qué pensar. Salió del baño con la intención de aclarar todo con Rogelio, levantó la cabeza y además de ver medio desorden, encontró una nota sobre la cama que decía: *Hoy es sábado, salgamos a bailar esta noche juntos, por los buenos tiempos, Rogelio.*

Llegó al mismo restaurante. Estaba casi vacío a pesar de ser hora del almuerzo. Andaba tranquilo, sabía que esta vez y sin excusas Andrés llegaría.

—Señor Rogelio, ¿cómo has pasado?, ¿lleva esperando mucho tiempo?

—Para nada. Acabo de llegar, siéntese. Te ves más joven con ropa deportiva, me haces sentir un vejete.

Ambos rieron. Andrés puso unos papeles sobre la mesa y Rogelio otros tantos. Hablaron del negocio, leyeron, firmaron, volvieron a leer.

—¡Listo Señor Rogelio! Después del almuerzo daremos una vuelta en su nuevo carro, bueno, es usado, en fin, usted me entiende. De verdad, ¿puedo tutearlo? Gracias por tu compra, eres buen cliente. Dios te bendiga. No me estás preguntando, pero con esta comisión podré ponerme al día con el semestre anterior y con este que ya va corriendo. Hacía mucho no vendía un carro —la llegada imprudente del mesero a la mesa para tomar la orden lo hizo sentir incómodo al notar que tenía su mano sobre la de Rogelio; rodó la silla, fingió toser y pidió comida ligera, Rogelio hizo el mismo pedido.

—¿Y por qué parte vives, Andrés?

—A dos calles después del nuevo centro comercial que van a construir, cerca hay una pista donde lo llevaré a probar el carro. El apartamento es un poco pequeño y desordenado, vivo solo —pensó en invitarlo a su casa, tenía unas cervezas, era sábado y hasta ahora no tenía nada más que hacer.

—Yo pago la cuenta —dijo Rogelio, dejando entrever billetes gruesos y tarjetas de crédito de todos los colores. Sin darse cuenta, una foto de su mujer cayó sobre la mesa.

—Se te cayó esto —reparó la foto mientras la levantaba.

Sus ojos se abrieron más de la cuenta. Era Miriam, la mujer con quien se había acostado por plata la semana pasada y con quien acababa de hablar hacía unas horas. Un frío le aceleró el corazón.

—Es mi esposa —dijo mientras se la arrebató para guardarla en el bolsillo.

Ambos siguieron hacia la empresa donde trabajaba Andrés, caminando entre la gente, silenciados por el ruido de la calle.

—Este es el carro, tu carro. ¿Qué tal, te gusta? Se le ha realizado mantenimiento, es del 86, pero tiene un motor de primera —veía en Rogelio algo que lo hacía vulnerable, débil; aprovecharse de él sería muy fácil, si no lo hacía él, otro lo haría con seguridad.

Luego sintió que lo de Miriam era contra un buen tipo, alguien que podía ser su gran amigo. Pensó que él no era culpable de lo que ocurría con sus vidas, esas cañerías oscuras instaladas bajo la piel, que en cualquier momento revientan en fugas incontrolables.

Rogelio tomó el volante. Salieron rumbo a la pista que Andrés había recomendado. La foto de Miriam le hizo entender que aun las personas necesitan mantenimiento. Ella había insistido en que le regalara una liposucción. Se le ocurrió que esa noche le daría esa sorpresa, un poco de mantenimiento y alguien se la llevaría como a este carro viejo.

—Bien, aquí están las llaves, te las entrego oficialmente, los papeles y, bueno, a disfrutarlo.

Andrés invitó a Rogelio a tomar unas cervezas, sería la última vez que lo vería; entendió que él no tenía la culpa de tener una mujer como Miriam. Luego de probar el carro, se quedaron en un sitio cerca a la pista.

—Advierto que el alcohol no me cae nada bien, solo tomaré dos. Además tendré que conducir y no quiero dañar mi carro nuevo, dijo, rechazando entre risas la tercera cerveza que Andrés le invitaba a tomar.

—¡Pues yo tengo que celebrar, hoy hice un buen negocio con un buen tipo, tan bueno como su... como su carro!

—Ya me tengo que ir. Esta noche saldré con mi esposa. ¿Te dejas cerca a tu casa?

—No, amigo. Yo me quedaré, aún no termino. Además mi casa está cerca de aquí. Ve tranquilo, dentro de un rato me voy. Gracias por todo, otro día salimos a bailar por allí.

Miriam pensó durante la tarde que no encontraría a alguien como Rogelio. Estaba tranquila, a sus treinta y siete años aún podía quedar en embarazo y sentirse realizada. Se le acercó con la obligación de hacerlo sentir muy bien, toda esa miel de cariños demostraría total entrega al punto de parecer fiel. Esta vez la piel suave y tersa de Andrés entró a la cama junto con Miriam. Rogelio estaba sobre ella, sintió en ese momento que, todas sus fechorías, él las estaba viendo. Cerró los ojos, lo besó muy fuerte, como nunca lo había hecho.

Rogelio la besó de la misma manera. La restregaba en su cuerpo como un jabón. Pensó en Pablo, siempre pensaba en él cuando estaba en la cama con Miriam; debía dejarla callada y sin reproches, así no sería visible la presencia de Pablo todas las noches en su cama. Empezó a restregarla casi que con odio, abrió los ojos y la vio con esa

cara de placer que siempre le había dado asco, entonces pensó en la posibilidad del divorcio. Terminó sólo para quitársela de encima. Se levantó rápidamente hacia el baño, con la excusa de orinar y lavarse para ir a bailar como se lo había prometido en la nota. Se alistaron rápidamente.

—¿A qué sitio iremos, amor?

—A uno que está a dos calles después del nuevo centro comercial que van a construir, me lo recomendaron, dicen que es bueno. ¿Nos vamos?

Llegaron, se sentaron cerca de una ventana. Ella empezó a beber unas cervezas antes de bailar. Hablaban de algunos buenos negocios de la empresa, de las ganancias y de algunos amigos que no veían. Él le entregó un papel, era el cheque para la liposucción que ella tanto deseaba. De la emoción, ella gritó, y todas las miradas del sitio se concentraron en ellos. En la barra aún estaba Andrés, que entre su borrachera los divisó, y no dudó en acercárseles.

—Miren a quiénes tenemos aquí. A mi amigo, un gran hombre, buen cliente, lo recomiendo. A su lado una mala mujer, pero buena clienta, la recomiendo; paga muy bien. ¡No te lo ha dicho, Rogelio! ¿No te ha dicho que se acostó conmigo a cambio de plata y que lo ha venido haciendo desde hace unos años con otros hombres? Rogelio, no te conozco bien, pero algo o alguien del más allá me dijo que tú eres un buen hombre. Yo no sabía que esta era tu mujer. Esta tarde, después de que te fuiste, pensé mucho en ti, en que yo no podía seguir haciéndote esto, mucho menos ella. ¡Esa es la verdad, dile Miriam!, ¿por qué callas?

Las luces rechinantes del sitio, el olor a cigarrillo y trago, el rugir de las carnes agitadas por la música, todo desapareció en ese momento para Miriam. Enardeció de rabia al mirar a Andrés. Heló de vergüenza mientras miraba a Rogelio. Andrés se fue repicando con la gente hasta la salida. Rogelio la miraba a los ojos con la satisfacción de verla desmoronarse, de saber que el destino se la estaba quitando de encima sin mover un solo dedo. No le dijo nada. Rompió el cheque, tiró unos cuantos billetes y se fue. Desde allí solo se ven en los juicios y conciliaciones. Rogelio abrió en otra ciudad una sucursal de su empresa y desde allí dirige. Se siente libre al poder dormir tranquilo con Pablo.

CARNAVAL

Rita Salamanca



La lujuria corría por mis venas.

Quedamos en vernos en la parada de tambores. Yo le pregunté de qué iría vestido. Él me lo ocultaba, igual yo. Sería secreto. La clave: lujuria. Todo esto pensaba mientras daba vueltas en mi cama sin poder dormir. Repasaba una y otra vez cada detalle del traje de pantera que llevaría al día siguiente.

Me despertó llamándome a desayunar. Le sonreí dándole las gracias y los buenos días. Dejó la bandeja en la cama y se fue al baño mostrándome un manojo de yerbas, mientras me explicaba el poder de cada una de ellas. Mamá Petra, como la llamo, llegó a casa muy niña.

Cuando contrataron a su madre para que se hiciera cargo de la cocina, llegó con ella. Mi mamá estaba encantada, pues lo que más quería era tener una niña en casa, después de tantos años de matrimonio sin hijos. Aquí la criaron como la hija que no tenían. Cuando ella ya había cumplido doce años, nací yo, y desde ese momento, me asumió como su hija. No hubo poder humano para convencerla de que fuera al colegio, pues no me dejaba ni un momento sola. Mis

padres y uno que otro profesor se pusieron en la tarea de enseñarle, pero Mamá Petra era negada para el estudio.

Todo esto me lo contaba ella y también cómo su madre se enamoró de un hombre que había conocido cuando mis padres se fueron a una isla y nos llevaron de vacaciones: “usted estaba muy chiquita, por eso no se acuerda. La noche antes de irnos, mi mamá le dijo a sus padres ‘ya vengo’ y jamás regresó”.

Desde hace cuatro años me da la misma cantaleta —¿en qué nos equivocamos su pobre madre ¡que Dios la tenga en el cielo! y yo? No entiendo por qué se va a encontrar con ese hombre al que usted ni siquiera le ha visto la cara ¡hasta un maleante será! ¡Bendito sea mi Dios!— y se echaba la bendición mientras recogía del suelo mi vestido negro de seda como si estuviera endemoniado.

Me levanté, me metí en la tina. El agua estaba tibia y perfumada, cerré mis ojos y me vi danzando como pantera. Muchos meses trabajé cada movimiento con mi profesora de danza. Luego tomé el guante de crin de caballo y froté mi cuerpo hasta dejar la piel rosada y palpitante, lo acaricié con aceite de verbena. No tengo treinta años, pero mi piel es firme, suave, y mis músculos apretados; esto, claro, es fruto de muchas horas de trabajo. Me puse la bata de baño y fui al espejo, me maquillé lentamente, con sumo cuidado. Me puse perfume, luego las medias de seda negras saboreando cada paso. Me puse el vestido que se deslizó por mi cuerpo acariciándolo como suave brisa fresca.

A todas estas, Petra me miraba, ya sin decir nada, con la cabeza de pantera en sus manos. Me puse mis zapatos negros de tacos muy altos, me miré al espejo y él me devolvió a una mujer hermosa. Petra me acompañó a la puerta. Me puse mi cabeza de pantera y me fui caminando acompañada de sus bendiciones.

Al llegar a la parada de tambores, me dejé atrapar por jirafas, elefantes y fantasmas que llegaban por todas las esquinas. Dancé palpitante y atrevida hasta que un sujeto se acercó a mí susurrándome y acariciándome en mi oreja.

Los tambores y las gaitas no me dejaban escuchar, hasta que entendí la palabra lujuria.

Yo quería que me soltara para ver de qué estaba disfrazado. Él no me soltaba. Sentía su miembro túrgido en mi espalda y algo

punzante que me recorría desde el cuello hasta las nalgas. Como no podía moverme como pantera, me entregaba a él como culebra. Me sacó hasta una calle vacía, me metió a una casa abandonada. Me arrinconó en una puerta. Su brazo fuerte y musculoso me apretaba cada vez más. Cortó mi vestido y la suave tela cayó al suelo. Yo temblaba, gritaba, luego algo penetró en mis entrañas.

Me vine una y otra vez, desvaneciéndome, pensando que estaba en el mejor carnaval de mi vida.

63 DÍAS HÁBILES

Alejandra Pacheco Estupiñán



*Well, the fevers of the night, they burn an unloved woman
Yeah, those red-hot flames try to push old love aside.*

A Woman Left Lonely, Janis Joplin

Me gustaba conservar tu olor en mis dedos. No te lo había dicho, pero en esos días hacía varias pausas en la tarde para olerlos y escapar de mi cubículo. Algunas veces Guillermo, el de al lado, me miraba a través del cristal espiando mi particular manera de pasar el descanso, mi secreta manera de pasar la tarde contigo.

Marie, me gustaba conservar tu olor en mis dedos y gozar la espera de otro día. Esa esperanza del mañana ya no existe y mi vida volvió a ser tan aburrida como antes. Trato de ocupar mi mente en otras cosas, pero me decidí a escribirte porque no puedo hablar contigo y porque quiero que conserves algo mío.

Antes de que aparecieras en mis mediodías, pasaba las horas de almuerzo en la oficina, fumaba uno o dos cigarros en el parque y veía a la gente de las oficinas cercanas caminar en grupos hacia un restaurante y volver. Distraía mis pensamientos contando cosas. Por ejemplo, durante algunos meses llevaba cuentas del color de la ropa de los oficinistas. Tomando información durante media hora en los

días laborales, pude concluir que el día viernes los colores predominantes eran el rojo y el negro. Yo casi siempre estaba de azul. La gente lucía radiante, contenta y sin mucho pensarlo, ese reconocimiento se volvió en mi contra, me sentía insignificante, imaginaba que esas personas saldrían en la noche a cumplir citas amorosas, a fiestas con amigos, a paseos románticos, mientras yo tomaba con rabia el manubrio de mi bicicleta y llegaba a mi casa a ver televisión, a enroscarme en mi cama, con mi propio olor, con mi propio sudor.

Luego, te conocí. Justamente fue un viernes. Imagino que te acuerdas. Esa mañana decidí vestirme de oficinista: un jean azul claro, una camiseta roja, zapatos negros de cuero, un saco negro de cremallera. Me sentía bien, pero ahora cuando me pongo esa ropa, mirándome sin compasión, sé que me da un aspecto fofo y aburrido. En el *Call Center* no notaron la diferencia, quizá tú sí, en aquel bar de la 58. Cuando entraste lo primero que vi fue tu pelo despeinado. Siempre me gustaron las pelirrojas y tú como nadie. Creo que no me viste al principio, pero por fortuna te hiciste cerca, como para que yo pudiera hacerme notar. Te tomaste esa primera cerveza rapidísimo, estabas sola, no te veías triste ni aburrida, simplemente estabas sola, eso fue lo que pensé.

Ibas a fumar, pero el mesero te pidió que lo hicieras afuera. Quisiste protestar pero te lo pensaste mejor porque no tenías fuego, así que le pediste un encendedor que él no podía encontrar. Yo tenía uno en mi saco. En un impulso lo saqué y te dije: “si me das un cigarro te prendo el tuyo”. Sonreíste y me señalaste la puerta con la cabeza. Como siempre, la sangre se me subió a la cara y quise disimularlo, por fortuna era de noche y mirabas los carros pasar.

Te dije algunas tonterías, pero fuiste tú la que más habló, contaste lo de la universidad, que querías dejar de fumar, que vivías sola en un apartamento del norte y ahora te sentías mejor sin nadie que te vigilara, que disfrutabas el silencio de tu casa, de las tardes en soledad y de tu trabajo de fines de semana, de tus cursos nocturnos. Entramos, nos tomamos varias cervezas mientras tú seguías hablando y yo miraba tu pelo rojo y tu boca con brillo de estrellitas. A la cuarta cerveza, me dijiste que en tu casa tenías mejor música que la del bar y también trago.

Me gusta tu casa. Nunca fuiste a donde yo vivo. Queda a 45 minutos en bicicleta desde tu apartamento. Los dueños de la casa son dos viejitos que no tuvieron hijos y me reclaman si llego tarde, como un gesto paternal. Me dicen que no debo dejar quedar a nadie conmigo, pero no he tenido la oportunidad de pelear por eso. Mi cuarto está en el tercer piso, donde se alquilan otras dos habitaciones. Los vecinos no me molestan, no hacen ruido y siempre están fuera, pero son de esas personas que aprovechan que dejaste el baño sin candado para robarte champú y papel higiénico. Debes estar pensando que lo mejor sería reclamarles, pero creo que lo mejor sería no dejar que estas cosas te cojan desprevenida.

Había ropa tuya por toda la sala. El olor a cigarrillo y tu perfume cítrico se mezclaban haciendo una armonía intimidante y cálida, que iba bien con tu pelo, con mis jeans sueltos. Pusiste a Janis Joplin en el reproductor *A woman left lonely* y entonces mi voz, la mía, pudo hablar contigo esa noche, hasta el silencio. Llenamos la casa de humo y tú parecías una luz roja sobre el sofá desteñido. Yo me reí de cada tonta y pequeña cosa, y tú te reías de mi risa fácil, de mis dientes puntudos, de mi imitación de Janis. Deseaba tu lengua filuda y rosada. En ese punto, darte un beso no fue difícil. Es decir, si de algo sé es del rechazo y tú estabas más que dispuesta, de otro modo no hubieras tomado la mano para violarme deliciosamente en tu cuarto.

¿Por qué no vienes el lunes al medio día? Me atropellaste con esa pregunta cuando estaba fuera de tu casa. Inmediatamente te dije que sí, aunque hubiera preferido decirte que quería vivir contigo.

Fueron 63 días maravillosos. ¿Valía la pena esperar algo más que eso? Creo que no.

No fue una sorpresa que ese día dijeras que ya no podrías verme más. Sé que la fortuna se acaba de repente, más cuando se la alienta a irse. La culpa fue mía, Marie, le di vuelta a la ruleta demasiado rápido y perdí.

Me acuerdo de ti todos los días, pero hace dos, volviendo a la costumbre de oler mis dedos para traerte a mí, me entraron ganas de verte. Superé el temor de un rencuentro después de tanta indiferencia y pedaleé a tu casa. Eran las 12:00, y tal como esos 63 maravillosos días, llegué en 15 minutos. Miraba tu puerta.

No sé bien cuánto tiempo había pasado, pero un taxi se estacionó frente a tu casa. Una linda chica de ventitantos tocó tu puerta. Saliste rápido, con unos pantaloncitos rosados de corazones, mis favoritos, y una camisilla blanca. Metiste tu cabeza en su cuello, tu lengua en su boca. Entraron y hasta las dos de la tarde ninguna de las dos se asomó a la ventana. Tenía que irme. Imagino que lo pasaste bien.

No veas esto como un reclamo, Marie. Solo quería contarte cómo termina nuestra historia. Después de ese día, no he vuelto por tu casa, prefiero hacer memoria.

Mañana es el último día que trabajo en el *Call Center*. Pedí un traslado al área de servicio técnico que queda en el centro, pagan más y trabajo más. Pienso mudarme a un lugar cercano y quizá tomar un curso nocturno de algo, en algún centro cultural de los que me hablaste.

Mañana voy a pasar por tu casa, solo por el frente, a eso de las 12:20. Si estás, me gustaría que te asomaras y me invitaras a un café para pasar el almuerzo.

Un beso

Amanda

PD: Escucho a Janis todo el tiempo. Su música es la mejor excusa para volver esta ausencia tuya, una alegría.

LA OSCURA VANIDAD

Carlos Andrés López Franco



—¿Te gustó la pasta?

—Sí amor, estaba buenísima, y ¿ahora?

—Ya sabes, voy a subir, pero no comiences a hacer esa cara; matarse no es algo tan grave como la gente cree, es más, pienso que las mujeres deberíamos hacerlo más a menudo.

—La verdad, no sé, Violeta.

—Bueno, no importa, al fin y al cabo el problema es mío. Tú no eres quien se va a morir, ¿o sí?

—No.

—¿Ves? ¡Soy yo! así que recoge la mesa, mientras lavo la loza antes de irme.

Y se retiró hacia la cocina con los platos vacíos de la cena. Apenas pude verla caminar con la sutileza del movimiento de sus caderas; a pesar de la fascinante oscuridad que la envolvía, no aguanté por mucho tiempo las ganas de quejarme.

—Hey, espera, ¿podrías parar por un momento?, al menos hasta terminar la digestión. Podemos tomar una siesta o ver una película primero, ¿no te parece?

Ella, sin voltear a mirar mi rostro invadido por el pánico, puso la vajilla con desdén en el lavaplatos. Luego extrajo nerviosa uno de los tenedores, rastrillándolo entre la esponjilla hasta crear la chispa necesaria para incendiar los estribos de su ira.

—¿Acaso tampoco puedo hacer esto sola? Ya te pedí permiso, ya sabes que no me voy a demorar. ¡Hasta te estoy dando las gracias! ¡Por dios! Toda la vida has querido darle largas a mis asuntos, en cambio, los tuyos ¡siempre! son primordiales, “amor, que quiero ir a visitar a mi madre”, “amor, debemos pagar los recibos”, “amor, ayúdame con esto porque se me cae”, “amor... amor”, ¡amor! Todo siempre es sobre ti, ¿y yo qué?, ¿ah? Por fin, cuando tomo una decisión propia, vienes tú queriendo llevarla con calma. ¡Pues no! Terminó de lavar los platos y me demoro el tiempo que sea necesario, ¿de acuerdo?

Sus ojos se exaltaron como un par de bombas de helio a punto de estallar, y la expresión de su cara se tornó tan incendiaria que sería hasta peligroso no hacerle caso de nuevo.

—Está bien, haz lo que quieras, pero ¿estás segura de no tardarte en eso? Porque... pues... quedamos en ir a la casa de mis padres por su aniversario y...

—¡Y nada! ¡Qué clase de matrimonio es este, carajo! ¡Mis suegros que se jodan! Me voy para arriba a morir un rato, y si ellos quieren esperarme, bienvenidos, si no, pues que se busquen otra nuera ¡y punto! Igual, ¿cuántas veces más crees que puedo suicidarme? A ver, no soy Estanislao: ¿diez? ¿veinte tal vez? ¡Claro que no! La vida se extingue con tal facilidad que debo aprovecharla al máximo. ¡Permiso! Tú quédate aquí secando los trastes mientras regreso, ¿ok?

Accedí a sus impulsos con la única intención de navegar en paz sobre su malgenio, y la dejé subir sin musitar palabra alguna, para evitar la controversia. Cada vez que resultaba con ese capricho insólito de fallecer por partes, yo no encontraba una salida diferente a la de bajar la guardia, recoger mi precoz miedo a perderla, y dedicarme a las cosas inacabadas de la casa; como por ejemplo, reparar el mueble viejo del patio, organizar mis libros con sus fichas bibliográficas, ponerle comida a nuestro gato Estanislao, mientras huye despavorido de la muerte, en fin, toda esa gran cantidad de labores que una pareja debe resolver cuando su esposa se está matando en el segundo piso.

La primera vez que me habló de su extraña manía, lo tomé a manera de broma. ¿Quién se imaginaría a mi mujer suicidándose a crédito? Es más, con solo decirlo podría pensar en algo gracioso, pero no, y aunque sonara ridículo, cuando llevábamos dos años de noviazgo, decidió hacerlo y fue tan traumático que la piel se me eriza de solo evocarlo.

Acabábamos de ver en el teatro una malísima versión de *El Retrato de Dorian Gray*. Sin embargo, pese a la deplorable actuación del protagonista, Violeta salió conmocionada con la idea de ser inmortalmente hermosa, arrojándome en una discusión aburridísima sobre el porqué la vida, como la belleza, deberían ser perentorias para alcanzar lo sublime. En teoría, la charla iba bien, aunque ella se mantuviera inconforme con aquella ley universal. La discusión se tornó en algo personal. Yo, siendo un filósofo especializado en semiótica, no pude tolerar esa posición egocéntrica, y cometí uno de esos grandes errores donde ningún hombre puede caer, mucho menos con su esposa.

—Ya Violeta, déjalo así porque, siendo realistas, tú tampoco eres tan hermosa como para creer que la muerte va a venir a endiosarte.

Al comienzo no me di cuenta del impacto de mis palabras, las cuales amplí con historias como la de Andrómeda en la mitología griega; la misteriosa Odette del atormentado Proust, o hasta la suicida belleza de *The Black Swan* con Nathalie Portman. Mujeres traídas a colación en un intento por convencerla de una estética más allá de lo mortal, pero ella, ensimismada en una licuadora emocional, se mantuvo callada todo el trayecto, alistando su estocada final para mis arrogantes interpretaciones.

Cuando llegamos a casa comimos sin determinación y ella, todavía con una cucharada de arroz en la boca se manifestó.

—¿Sabes qué? Tengo una gran idea, voy a morirme allá arriba a ver sí luego te parezco lo suficientemente bonita ¿Eh? Ya vengo. ¡Adiós!

Y subió corriendo por las escaleras hasta encerrarse en el baño. Muy preocupado por la situación, comencé a golpear la puerta tratando de tumbarla, evitando a toda costa que Violeta se quitara la vida, pero la madera era sólida y ella calmada. Solo me pedía algo de confianza en su actuación. Después de tanto pelear, me quedé

esperándola afuera, mientras el silencio se apoderó de la casa. Al principio, tal enmudecimiento fue tenso, luego, con el pasar de los minutos, se tornó agudo, denso y triste, hasta que un aire oscuro decidió acompañarlo, y todo el ambiente se salió de control.

¡Frío! ¡Frío! ¡Frío! Una sensación nebulosa penetraba mis huesos; era una especie de taladro de hielo que entraba con arrogancia por las articulaciones. De repente, una sombra se deslizó por las paredes como una mancha de acuarela negra cayendo del papel. Cuando la vi, me dominó el terror y no pude reaccionar. Me escurrí hacia una esquina casi llorando de miedo; sin embargo, aquella mancha avanzó indiferente hasta posarse encima del portón. Ya dominada la superficie de madera, la sombra se detuvo para “ver” la manera de ingresar al baño; descubrió un pequeño resquicio de la cerradura, por el cual se precipitó embravecida. Yo no fui capaz de intervenir ante tal manifestación sobrenatural, y al escuchar un grito agónico detrás de la puerta, desesperé. Lleno entonces de una fuerza indescriptible, arremetí contra la entrada y no pude abrirla. La puerta se abrió sola, lentamente. Al fondo, mi mujer, hecha casi un cadáver, me sonreía, mientras se desplomaba contra el baldosín.

Por fortuna, Violeta no había perdido el conocimiento. Sobre su rostro se habían formado unas costras purulentas, y su piel adquirió una textura verdosa, llena de pliegues descolgados sobre los músculos, como si fueran míseros trozos de algas arrojados en la arena. Sus labios se habían adelgazado de tal forma que se perdían entre el tono emblanquecido de su mentón, y sus ojos no conservaban el brillo cristalino de estar viva, dejando en su lugar un vaho muy oscuro, donde la luz se disolvía con solo tocarlos. Al verla de esta manera, la recogí del piso y la recosté encima de la cama. Ella apenas me miraba sin energía, mientras yo trataba de tomarle un pulso inexistente. Cuando noté que nada de su cuerpo estaba en orden, agarré el teléfono para llamar una ambulancia, pero ella me detuvo con un gesto de su mano.

—Amor, no te preocupes por mí, estaré bien... con... con solo que me traigas... un vaso de agua y un poco de miel me pondré mucho mejor.

En primera instancia, no quise hacerle caso. Se veía muy cada-
vérica para pretender escapar de la asistencia médica; sin embargo,

insistió tanto en ello que bajé a la cocina para traerle su pedido, no sin antes hacerle jurar que si con eso no mejoraba, iríamos directo al hospital.

De vuelta en nuestra habitación, le entregué el vaso de cristal casi temblando. Ella me lo arrebató ansiosa, lanzándolo hacia su boca con la sed de un mártir autolacerado. Sin dar tiempo de verlo bajar por su garganta, metió su dedo amoratado en la cuchara con miel y lo reposó en la punta de su áspera lengua. Los segundos pasaban con lentitud, cada cual lleno de preguntas, emociones e imágenes a la espera de colapsar, hasta que sus piernas se inflaron hasta quedar tersas, luego su pecho aspiró el aire faltante y levantó con sutileza su blusa. Luego su rostro, poco a poco, se estiró hasta recuperar su lozanía habitual. Los únicos faltantes eran sus ojos, ocultos aún detrás de la cortina de sus párpados. Durante algunos minutos me quedé pasmado esperando a verlos abrir, pero llevado por la exaltación, empecé a tironearla buscando traerla a la realidad. Al hacer esto, ella se quitó de mis brazos en un impulso inusitado, y empezó a gritar con tal brío ensordecedor que, a través de ellos, salió un brillo intenso que disipaba toda la oscuridad anterior. Entre tal impacto de luz, la miré. Intenté comprender lo sucedido, y ella, con una lentitud dramática, volvió a la cama con una sonrisa que me devolvió la calma. Era cierto, después de morir y regresar a la vida, Violeta se volvió una mujer mil veces más hermosa que antes.

Los años pasaron y mi concubina, en vez de alimentar el tocador con cremas, lociones, máquinas depiladoras y planchas secadoras, tomó por costumbre encerrarse cada tres meses en el baño para entregarse a la muerte, repitiendo el mismo ritual en cada ocasión. Las sombras se adueñaban de nuestro hogar, la temperatura disminuía y yo, al final, la levantaba del piso. Luego subía un vaso con agua y miel en una cuchara, que la regresaban de nuevo a la vida. Las primeras veces, me preocupé mucho, aun ahora todavía lo hago, pero con el tiempo me acostumbré a su extraña manía de ir y volver del inframundo. Varias veces discutí con ella al respecto, ya que fuera de lo irracional de aquel suceso, suponía que apostar contra la muerte era igual a pretender medir la eternidad, y tarde o temprano le cobrarían su atrevimiento de contado.

Entonces, aún con mis inquietudes latentes, en diferentes ocasiones, traté de hacer lo mismo sin que ella se diera cuenta. Iba con la adrenalina al tope, lleno de temor por morir en vano y me encerraba a la espera de aquella visita fúnebre, pero después de horas y horas sentado sobre el inodoro, nada sucedía, dejándome con antojo y con la decepción a pedir de boca.

También con la vida marital en proceso, su inmaculada belleza comenzó a aburrirme como a cualquier otro esposo promedio, y aunque sus pómulos rozagantes se asemejaran a la más exquisita porcelana, o sus nalgas se irguieran igual que un vellocino de oro sobre la tierra, o aunque su busto fuera el digno heredero de una escultura renacentista, para mí era simplemente mi mujer, igual de quisquillosa con los gastos caseros, igual de “chinchosa” cada mes con su ciclo menstrual, igual de imprudente con los visitantes, igual de chismosa con los vecinos. En definitiva, una esposa promedio como cualquier otra, transformando su indiscutible belleza de farándula en un lindo adorno cotidiano sobre el comedor.

De nuevo nos enfrentábamos a su rutina, ella arriba invocando a la muerte para que con sus secretos le hiciera un *spa* privado, y yo aquí abajo, buscando algo pendiente, mientras me llamaba en su auxilio. La mancha oscura pasaba por mi lado y ahora era yo quien se hacía el indiferente con su aparición. Esto parecía molestarle demasiado porque se detenía un rato, me “miraba” indignada y seguía su trayectoria habitual. Después de eso, le di una hora de receso a su capricho, y luego, con una puntilla todavía en la mano a la espera de reparar la biblioteca, abrí la nevera para sacar el agua y la miel necesaria. Mientras extraía la jarra fría con el líquido escuché su alarido, pero al momento de sacar el frasco con miel, descubrí que este se encontraba completamente vacío. Me puse muy nervioso, tiré la puerta de la nevera al presentir lo peor, y subí alterado la escalera, advirtiéndole la ausencia de miel; pero ella solo alcanzó a desbloquear el baño para decirme:

—¡Ve al supermercado!

Y se desvaneció de inmediato.

Corrí entonces fuera de la casa hacia el supermercado con el único pensamiento de no demorarme, sin embargo, solo hasta pararme en frente de él, me di cuenta de que estaba cerrado. ¡Cómo

diablos se le ocurrió a Violeta morirse un domingo santo! Todas las mujeres son impulsivas, pero ella cruzaba la línea, ¿también cometería errores tan únicos en su especie? ¡Carajo! Sin saber a dónde ir, di vueltas y vueltas por manzanas enteras buscando alguna tienda abierta, pero no conseguí ninguna que siquiera tuviese un terrón de azúcar. Regresé al barrio con la esperanza puesta en la alacena de alguno de mis vecinos. Corrí donde Gloria, mi vecina. Ella se tomó su tiempo para abrir la puerta. Cuando al fin salió, supliqué que me regalara un poco de miel, a lo cual accedió medio ofuscada, y después de recibir tan anhelado sustrato, la dejé hablando sola bajo el dintel.

Ya de vuelta en casa, subí al baño y me encontré a una Violeta casi ausente de carne, mostrando a través de los endeblés tejidos, su delgada estructura ósea deshaciéndose poco a poco. Como pude alcé su cabeza y coloqué entre su mandíbula un poco de miel a la espera de resucitarla, pero pasaba y pasaba el tiempo sin obtener ningún resultado. Grité muchas veces con desesperación en sus cavidades auditivas, intentando hacerle reaccionar, diciéndole lo importante que era para mí, pidiéndole por amor a Dios que volviera, pero ninguna de mis peticiones surtió efecto y mi llanto se desbordó bajo el rostro, con un dolor tan inhumano que las lágrimas quemaron mis mejillas. Cuando una de las gotas cayó en sus difusos labios, Violeta se estremeció de forma muy leve y respiró con sigilo para crear un sonido resquebrajado dentro de su garganta. Por lo visto quería decirme algo, a lo cual respondí emocionado poniendo mi oído sobre su boca. El suspiro emergente se deslizó por la caracola de mi oreja, congelándola en el acto, como si se estuviera inundando bajo la niebla. Pese a ello, no quise moverme un solo milímetro para reconocer el susurro de su voz, hasta que al fin el aire se hizo palabras y con aquel último aliento, Violeta reclamó mi impertinencia, antes de abandonarme.

—A... amor... e... esa era... miel... de... maple... no... sirve... no olvides... que... te amo... lo siento...

Y se deshizo en su totalidad sobre mis brazos, como un fino polvo de calcio sobre el suelo.

CUANDO TÍO BEN ESTÁ DEBAJO

José Andrés Ardila Acevedo



Frank es hombre de un solo tema.

Hoy, desde que me lo encontré en el puerto, ha vuelto una y otra vez al mismo asunto. Se resiste a cualquier intento de cambio.

Las calles nos han arrastrado de un bar a otro, de un viejo amigo a otro viejo amigo, como estaciones, y ahora estamos solos de nuevo. En el fondo, creo, es mi amigo, porque nadie está dispuesto a aguantarse a Frank mucho tiempo.

—¡Y yo qué mierdas voy a saber! —dice— ¿Tengo cara de saberlo? A lo mejor, tío Ben es estúpido. O a lo mejor como él piensa, el mundo conspira en su contra.

La trompeta de un mal imitador de Armstrong grazna desde el fondo del salón. Poco a poco, el ruido creciente del bar ha obligado a Frank a hablar más fuerte. La luz roja en su rostro y una laminita de gelatina de cereza en su piel, le da un cierto aire de hombre colérico.

—¡Puedes mirarme como quieras! —dice—, pero están los hechos. ¡Mierda!, ¿contra quién no conspira este mundo? Y creo que se amaña más con unos que con otros. ¡Que no me mires así! No

puedes negar los hechos, Ernst: hay gente afortunada y hay gente que no. Tú eres un hombre más afortunado que yo. No puedes negarlo. No conozco a nadie que tenga tan arreglada la vida como tú. ¿Y yo qué? Debo romperme el lomo a diario. Es un hecho, mierda.

En el bar, hay cerca de una docena de soldados. Corean canciones aprendidas al otro lado del Atlántico. Gritan “urras”, mientras llueve cerveza. Las putas del lugar no tienen ojos para nadie más. Son soldados veteranos, aunque solo unos cuantos pasan de los treinta, no creo que la mayoría haya estado más de cuatro meses en batalla. Sin embargo, es difícil señalar a uno que esté completo. Chapucean en torno a las mesas de billar, dan brinquitos de una posición a otra, sacuden los socos de brazos y piernas con una alegría un tanto repulsiva.

En el centro, ese grupo es una fiesta aislada. Las trompetas, los trombones y la batería tocan solo para ellos. Nosotros somos espectadores periféricos.

—En cuanto a tío Ben —dice Frank—, te lo he contado. ¿Qué hace falta para convencerte? Un accidente tras otro. Y otro. Y otro. Y otro más. Un hecho tras otro, ¿ves? Las palomas solo cagan cuando tío Ben está debajo. Las tempestades revientan cuando él pone un pie en la calle. Los objetos trazan trayectorias imposibles hasta su cabeza. Es probable que ahora llegue a la casa y alguien me reciba con la noticia: “Oye, ¿sabes? El tranvía atropelló a Ben”. Y yo, te lo juro, me lo tomaré con calma. Así. Tal cual: iré a la cocina, me prepararé algo de comer, tomaré una siesta y luego veré si voy al hospital.

Frank se cruza de brazos. Se hincha de algo parecido al orgullo, como un muñeco inflable.

Yo digo:

—¿Cómo se las ha arreglado para sobrevivir?

—Es un misterio —dice él.

—Tú le llamas misterio, yo le llamo mierda.

—No miento —sus brazos vuelven a la mesa. Sus manos son dos moles hechas puños.

—Frank....

—Mira, Ernst...

—Déjame hablar, Frank —y él se abandona al espaldar de la silla—: yo vivo de escribir, ¿de acuerdo? Hubo un tiempo en que

quise escribir historias de terror y de misterio porque son fáciles de vender, y fracasé. ¿Sabes por qué?

—No. Y no quiero saber.

—Te lo diré de todas formas: Para que una historia de misterio sea creíble, no es suficiente con decir “Es un misterio”, ¿ya?

La banda toca una versión blues del himno nacional. Los soldados y las putas han entrado en una especie de euforia solemne. Frank se ha retraído en su puesto. Observa su botella de cerveza vacía, casi que podría romperla con un guiño.

—Primero, no vives de escribir —dice—. Te mantienen. Vas a casa de tu tía y te forra los bolsillos cuando hace falta. Solo gracias a eso puedes decir: “Hola, soy escritor”, “Ay, qué aventura esta la mía de escribir”. Yo, por mi parte ¡Bah! ¡Que te jodan!

Vuelve a recostarse en el espaldar de la silla. Levanta un poco las puntas delanteras.

—¿Y segundo?

—...

—Vamos, Frank...

—No quiero decirlo.

—Dílo.

—No quiero.

—Dílo, por favor.

—Suena estúpido... Y tú...

—Dílo de todas formas.

—Está bien... ¿Qué tal si...? Es decir... ¿Seguro?...

—Seguro.

—Qué tal si le hicieron algo a tío Ben.

—Como qué.

—¡Algo!, te digo.

—Como qué, te digo.

—Algo... Cosas de negros, ¡mierda! —baja la voz. Levanta la mirada—. No entiendes nada. A donde te asomes, están los negros en sus cosas malas. Mira los músicos. Mira sus caras. Dime si no hay nada molesto en esas caras... Ahora mira las parejas... Cómo bailan... Sus movimientos —la voz de Frank se ha diluido en un susurro—. Como serpientes... ¿Lo ves? Dios santo, si pueden hacer eso con el himno nacional... Tanto libertinaje en unas pocas notas... Y no digo embrujo porque te me vienes encima...

—Ya.

En mi recuerdo más antiguo de Ben, él era un hombre impecable. Con cierta indescriptible dignidad. Vestía de blanco desde los zapatos hasta el sombrero. Aquel día me había colado en un paseo de la familia de Frank. Y Ben, desde el bordo del barco, nos señalaba a Frank y a mí los animales del Mississippi. Aun en la orilla, se veían al alcance de un puño a través de los binoculares. Ben los nombraba. Decía: “Eso es una nutria, niños”. “Hey, niños, aquello otro es un visón”. Y cuando se disponía a describir las diferencias entre no sé qué bicho del agua y otro, lo sorprendió el ataque inclemente de las gaviotas. Una decena de ellas. Todas sobre Ben con furiosos aleteos y picotazos. Fue necesario que la mitad de los pasajeros se desprendieran de las cosas de sus manos para detener el ataque de las aves. Llovieron sombrillas, carteras, relojes, libros, pipas, periódicos, zapatos; de todo. Desde luego, esto no fue posible sin que buena parte de los objetos impactaran contra el cuerpo de Ben. Y el pobre hombre terminó vuelto un barullo negruzco y harapiento sobre el suelo de la proa. Nadie, en el resto del recorrido, pudo convencerlo de que se moviera un centímetro.

—Podrás burlarte lo que quieras —dice Frank—, pero las cosas pasan como pasan. Punto. Y quiero otra cerveza. ¿A quién mierdas se la pido?

Intenta llamar la atención de las meseras, pero ninguna está dispuesta a alejarse del pequeño batallón del centro. Celebran con besos y risotadas los aciertos y errores de cada uno de los soldados en las mesas de billar. Frank lanza una maldición y se dirige a la barra. Poco después, vuelve con dos botellas de cerveza.

—Este servicio es un asco —dice.

—A donde vayamos será igual. No tiene sentido movernos.

Hablamos de viejos tiempos. Hacemos el infaltable inventario de muertos. Por su parte, el abuelo, una tía lejana, un perro llamado River. Por la mía, solo papá. Y no puedo afirmar, con total certeza, que sea una pérdida. Hace tanto que no lo menciono siquiera. “Qué lástima por tu padre. Un buen tipo, ¿eh?”. Tomamos cerveza como si fuera agua. Qué tonta que es la gente de esta ciudad, decimos. Enumeramos las cosas que nos aburren. Tenemos tema para largo porque somos, en la más pura esencia, un par de hombres

fatalmente aburridos. Un par de monolitos incrustados en esta tierra, y el mundo se puede hacer escombros a nuestro alrededor. Reímos. “Monolitos. Ja”. Nos turnamos para ir por las cervezas a la barra. Y reímos de nuevo. Nos abrazamos. Brindamos. Reímos todo el tiempo. “Ja. Conque el hijo de puta de tu padre, ¿eh? ¡Era un hijo de puta!, hay que decirlo”. Y ya en el pico de la hilaridad, hablamos de la guerra. Llevamos todo el día sacándole el cuerpo al asunto, pero hemos agotado los temas de conversación. Yo digo no sé qué cosa sobre la justicia y la desesperanza. “A veces es necesario levantarse en armas”, digo. Algo muy por el estilo. Hablo sobre la patria y los héroes y los colores de la bandera. Me exalto con todas esas palabras juntas, porque son palabras hechas para que uno se exalte a su gusto. Se me aguan los ojos. Hablo más o menos fuerte para que alguien del grupo del centro pueda escucharme como por error. Le digo a Frank: “Brindemos”, y aprieto los labios y frunzo el ceño. Él se me queda mirando un rato, y luego dice:

—¿Por la guerra? No me jodas. ¡Tremenda porquería! —grita.

Entonces, sin pensarlo siquiera, me lanzo sobre él. Tumbo la silla en el proceso. Le tapo la boca. Saludo a los soldados con un gesto que se me hace muy militar. Frank me muerde la mano. Dice:

—Pero si es una mierda, hombre —luego grita de nuevo—: ¿Cuánto tiempo? ¿Dos años? Y esto es todo lo que queda: ¡Un montón de lisiados tratando de jugar billar!

La banda se ha detenido de pronto. Las bolas de billar han dejado de chocar. Las risas de las putas se han retraído en un gesto de miedo. Un par está al borde del llanto. Todas las miradas se centran en nuestra mesa.

—¿Está borracho! —digo—. No le presten atención.

—¡Sí! Estoy borracho... —dice Frank.

—¿Ven?

—¡Pero estoy completo! —y suelta una carcajada.

Los soldados han empezado a moverse en nuestra dirección. Dejo todo el dinero de mis bolsillos sobre la mesa, sin contarlos, y saco a Frank a rastras del lugar. Él se aferra a la botella de cerveza como a su vida. Lo obligo a correr, aunque a duras penas puede mantenerse en pie. No para de reír.

Diez minutos después, en una esquina de Poydras Street, Frank dice:

–Para. No puedo...

Y vomita. Se sienta al pie de una alcantarilla y vomita cada dos minutos. Ríe en los intermedios.

Ahora lleva un buen rato tranquilo. Estoy ligeramente distanciado de él. El cielo tiene rasgos de luz. El sol se derrama de a pocos por entre esos nubarrones densos, como piedras.

–Lo mejor –dice Frank de pronto–... es que en la casa creen que se ha vuelto contagiosa...

Yo tomo mi tiempo para decir algo, porque, en realidad, podría no decir nada:

–De qué estás hablando.

–De tío Ben –dice Frank–. Su mala suerte, ¿recuerdas? Se contagia, dicen en la casa.

–Y eso importa porque...

–Pues ya lo viste... Ahora puedo creerlo yo también.

–Lo que acaba de pasar no tiene nada que ver con la mala suerte. Hubo una acción y una consecuencia. Cualquier estúpido pudo haberlo previsto.

Frank hace como si no hubiera oído una palabra. Toma un trago de su cerveza y por poco lo devuelve en una carcajada.

–Hace como dos años, se casó.

–¿Quién?

–Tío Ben, mierda. ¿De quién más estoy hablando? En la familia creímos que al fin iba a sentar cabeza. Y así fue, consiguió trabajo. Armó planes con su esposa. Empezaron a ahorrar para una casa. Mejor dicho, la mujer le arregló el camino.

Frank ríe de nuevo. Termina de arrancar el último adhesivo de su botella, hace una bolita con él y lo frota entre la palma de sus manos hasta volverlo una tirita larga. Y entonces, como si de pronto recordara que estaba hablando de algo, dice:

–Después de dos meses de casados, un auto se los llevó a los dos por delante –se pone la tirita de adhesivo entre los labios, juega con ella como con un palillo–. Pasaron seis meses en cama. Y ahora la mujer es incapaz de salir a la calle. Le da pánico. Ella duerme en un extremo de la casa y tío Ben, en otro, cerca de la cocina. No se

atreve ni a mirarlo. Solo sale de su cuarto si él no está en la casa. Y cuando lo siente abrir la puerta, se escabulle como una rata. La he visto: Una criaturita, una joroba andante, huyendo a toda prisa hasta el agujero que ahora es su habitación.

Frank vuelve a reír a toda gana, pero el vómito detiene la carcajada. No le da tiempo de inclinar la cabeza hacia la alcantarilla. El vómito apenas alcanza a un denso y verde escupitajo de bilis.

Frank se limpia la boca con una manga. Se deja caer contra el muro de la acera. Cierra los ojos.

—¿Crees que algo similar me pudo haber pasado a mí? Lo he pensado. Mucho —se endereza. Me mira atentamente—. Eso haría que todo tuviera sentido, ¿no crees, Ernst? Tú me conoces desde siempre. Sabes que estaba destinado a algo más que esta vida que tengo, ¿verdad? —asiento de la forma más creíble que puedo—. Es injusto, ¿no? Estoy estancado y no nací para estarlo. En el mismo punto. Envejezco, como todo el mundo, pero mi vida está en el mismo jodido punto. Nadie puede hacerse a una idea de lo que está destinado para mí. Me desperdicio, ¿no? Así me siento. Como un pedazo de desperdicio. Soy el mismo de hace nueve años, cuando te fuiste de la ciudad. Estoy en el mismo lugar de hace nueve años, que resulta ser el mismo de diez años atrás, y el de doce... ¡mierda!

—Yo tampoco he cambiado gran cosa —digo.

—Claro que sí —dice él—. Tú te fuiste y ahora vuelves. Puedo ver la diferencia: eres otro. Y probablemente te marches dentro de una semana o dos o tres, pero te marchas. ¡Y serás otro entonces!, ¡lo sé! ¡Ahora eres escritor! Ja... Puedes decir: “Hola, soy escritor”. “¿Sabes?, hubo un tiempo en que intenté escribir historias de terror...”, ja, hijo de perra... Yo, en cambio...

—...

—Quiero irme, Ernst...

—Vete.

—Lo he intentado. ¿Crees que no lo he intentado? Estoy amarrado, vaya el diablo a saber por qué fuerza, a este lodazal. Siempre que hago el intento de irme, algo me lo impide. Lo juro. Hace tres años fue la muerte del abuelo. Dos años después, quise ser marinero, y el barco que me había contratado partió sin mí porque me dio apendicitis justo antes del viaje. Hoy se cumplen

dos semanas de haberme inscrito en el ejército. ¿Puedes creerlo? ¡Estaba tan desesperado que me inscribí en el ejército! Hice todas las pruebas. Entregué los documentos. Me aprobaron, maldita sea... ¡Me aprobaron! Ya me veía en una trincheras de quién sabe qué punto de la frontera franco-germana. Dispuesto felizmente a la llegada de una bala de cañón. Tatatatá... tatá... ta... tatá... y... ¡Pum!

Luego, podría volver con un brazo o una pierna menos, pero, ¡mierda!, volvería como un héroe. ¿Lo imaginas? ¡Un jodido héroe! ¡Adorado por las putas! Casi un sueño. Y entonces... bueno, ya sabes lo que pasó.

—...

—...

—Terminó la guerra.

Frank se deja caer de nuevo contra el muro. Recoge sus piernas. Clava el mentón entre las rodillas. Ha adquirido un cierto aire infantil. Juguetea con los cordones. Podría jurar que hace pucheros.

—Tres días —dice—. Tengo tres días para reportarme a la base local. Cómo mierdas iba a...

Y no pronuncia una palabra más.

Desde eso, han pasado unos quince minutos. Ya ni lo miro.

—Frank —digo—. Frank...

Duerme.

Estoy tentado a dejarlo ahí, y no volver a darle el saludo siquiera. A cambiármele de andén. De niño, los amigos estúpidos no pesaban tanto como ahora. Dios, podría...

—Frank...

Iré a dormir. No saldré de la casa en un par de días. Dejaré que tía Nell me consienta como solo ella sabe hacerlo, y después veré. Quiero irme, pero tengo esta especie de ancla en la espalda. Estas pesas amarradas a mis brazos... Lejos, muy lejos, el canto de una bandada de gaviotas me arrulla poco a poco. Oigo las campanas de St. Bernard. Tiene que ser St. Bernard. ¿O será St. Tammany? Ayer habría podido decirlo sin problema. Habría dicho: “Esas son las campanas de St. Bernard, hijo de puta, lo son, no me lleves la contraria”. Y habría... mejor dicho...

—Frank. Frank...

Una paloma atina un proyectil de mierda justo en mi frente. Siento la plasta líquida, caliente aún, pero mis manos no tienen fuerza ni para levantarse unos centímetros. Quiero irme a casa. Quiero...

¡Bah!, ahora qué importa.

CAFÉ DE ANIVERSARIO

Leonardo Fabio Arias Arias



Al fin dormida. Él se desliza bajo las cobijas sin hacer ruido. Le rodea el cuello con ambas manos y aprieta. Patalea, rasguña, grita y muere asfixiada por la presión de una almohada en la cara. No es que sea un hombre malo. Los hombres malos no ríen. El codo de Esther en su brazo acabó con su risa y descanso.

—¡Bernardo son las seis! Un amanecer cubano, particular y regular como cualquier otro domingo.

Se sentó en el borde de la cama. Bostezó, se rascó la cabeza, buscó las pantuflas, miró a Esther, se levantó y salió de la alcoba. Tiene cuarenta y dos años, es regordete, medio calvo, de baja estatura, usa lentes; un ser sospechosamente inofensivo. Tanto que lleva quince años de matrimonio con Esther. La conoció en el *bufete* de abogados y hoy, precisamente hoy, es su aniversario de bodas.

Exprimió cuidadosamente las naranjas y luego se ocupó de las tostadas que saltaron doradas, como si estuvieran vivas; las cortó en diagonal, esparció mermelada de fresa en porciones iguales y las dispuso en abanico junto a los huevos hervidos. Limpió el borde del plato. Dejó que la cafetera vertiera hasta la última gota y sirvió en pocillos iguales. Puso todo en la mesa, vestida con un mantel

de cuadros y se sentó a echarle una mirada al periódico, mientras Esther bajaba.

Esther tiene la nariz puntiaguda, como si la hubiera metido en un sacapuntas. Para más señas, estudió derecho y es hija única. Hoy, como en todos los aniversarios de bodas, van a visitar a su madre, quien vive en una cabaña, a cuarenta y cinco minutos de la ciudad.

—El café sabe raro —dijo ella.

—Debe ser porque es orgánico.

—No me gusta, no lo vuelva a comprar.

Se montaron al Chevette. Se abrocharon los cinturones de seguridad. Esther hizo una mueca y se puso las gruesas gafas de sol.

—Odio esta chatarra. ¿Por qué no lo vende y compra uno nuevo?

Bernardo no respondió, aceleró y tomó la autopista principal. Salieron de la ciudad rumbo a las montañas. Esther observaba los abismos.

—Bernardo maneje bien, estoy mareada. ¿Trajo las pastillas para el mareo?

—Se me olvidaron.

—Qué inútil es usted.

—¿Quieres que pare?

—No. Siga.

Bernardo encendió la radio, donde sonó una balada “prehistórica” de Óscar Golden.

—Estoy mal, indispuesta.

Y con la violencia de un relámpago, acalló a Golden.

—Bernardo pare. Me duele la cabeza. Pare. ¡Carajo, que pare!

La tos la ahogó, como si tuviera un filete atravesado en el guaragüero. Bernardo frenó y parqueó a un lado de la carretera.

—¿Qué te pasa cariño? Dime amor, qué te está doliendo.

Revisó el pulso de Esther. Le pasó la mano por la frente. Reclinó la silla y le secó la comisura de los labios por los que se deslizaba un hilo fino de baba. Esperó hasta que la sintió bien, bien muerta, por supuesto. Cubrió su cuerpo con una manta que traía en el asiento trasero y que siempre llevaba, por si algo se presentaba. Le cerró los ojos, recitó una oración por ella, encendió otra vez la radio, miró por el retrovisor y giró para volver a la ciudad, mientras sonaba una guaracha.

MOÑA IMPERIAL

Sandra Patricia Palacios Rojas



I

Seca, más seca que un palo viejo, por el que la savia dejó de correr hace tiempo. Muda, más muda que el mismísimo silencio, sin poder pronunciar ni una sola de las palabras que me hubiera gustado decirles, algunas para agradecer tanto amor recibido, otras para pedir perdón por los desaciertos y unas cuantas más para exigirles a los que están en la esquina de la sala que se larguen... sí, a esos de la esquina que solo vinieron a chismosear y parecen estar disfrutando de este ritual macabro. Esos que se asoman de tanto en tanto por el vidriecillo para ver mi cara torpemente maquillada. Es obvio que acudieron aquí por simple compromiso.

Estoy tiesa como un rejo viejo, todita encalambrada. No se imaginan cómo me gustaría poder doblar mis coyunturas, estirarme un poco, librarme de este dolor insoportable en la espalda y salir a dar una vuelta. Si lograra hacerlo, les pediría que me devuelvan donde el muchacho que me organizó el cabello y me “pintarrajeó” como un payaso. ¿Cuándo carajos me vieron con el pelo recogido? ¿Y por qué me pusieron esas sombras verdes espantosas que enmarcan

mis ojos ahora cerrados para siempre, haciéndome ver como si fuera un palo enmohecido? ¿Dónde quedaron mis tacones? ¿Los olvidaron en medio de tanto alboroto? ¿Jamás había conocido a un peluquero tan descuidado! Y, sobretodo, uno como él, que en vez de alisarme el pelo, se dedicó a halármelo torpemente convirtiéndolo en una maraña que se atrevió a llamar jocosamente “moña imperial”.

Sí, lo escuché decirlo mirando mis ojos vidriosos y entrecebrados, después de terminar en un santiamén su trabajo: “Monita, esta moña imperial le sienta lo más de bien”.

II

—¿Weimar, ya está lista la Monita? Apúrese que ya se la llevan para la sala.

—Sí, sí, señor, ya casi va a estar.

—¿Weimar, por qué carajo se demora tanto? —dice gritando Bertulfo, el dueño de la funeraria, mientras se saca la cera de la oreja con el cabo de un Kilométrico, la frota gustosamente entre los dedos, y luego la pega debajo de la mesa del escritorio.

—¿Sabe algo, patrón? A lo mejor usted tiene razón en afanarme, me he vuelto muy demorado.

—Sí, Weimar... ¡Ni que se quedara charlando con las difuntas!

—Tampoco patrón, pero a veces se me pasa el tiempo descifrándoles la cara. Podrán ser muertas y todo, pero no todas tienen cara de lo mismo.

—¡Ja! ¡Bandido! Me va a decir que ahora le están gustando las muertitas, con semejante mujercita que tiene en la casa vivita y coleando.

—¿Cómo se le ocurre, patrón! Yo no soy de esos pervertidos que se aprovechan de las finadas. Aunque... últimamente me pasa algo muy raro.

—Diga a ver, ¿qué es lo que le pasa? —pregunta Bertulfo, mientras se rasca de nuevo la oreja con el lapicero.

—Pues que cada que arreglo a una finada, tengo la sensación de que me está mirando, y no le miento que a veces hasta me parece que me sonríen o me pican el ojo.

—Te estás asustando muchacho... y en este oficio, uno tiene que tener los nervios bien templados, porque si no, termina con el coco rayado. Fíjate no más... decir que las finadas te pican el ojo...

—No sé, patrón, usted debería cambiarme por Héctor y dejar que yo arreglara a los finados.

—¿Es que quieres quedarte sin trabajo, Weimar? Mira cómo a mí, en tantos años, nunca me tembló la mano para arreglarlas, ni siquiera cuando me tocó organizar a la gorda de mi mujer para que cupiera en el cajón y pudiéramos cerrar la tapa.

—Patrón, tiene razón, debe ser mi imaginación.

—Mejor vámonos a descansar, muchacho, para que dejes de pensar tantas pendejadas.

Weimar se alista para darse una ducha antes de salir. El baño está ubicado justo frente a la camilla metálica, donde arregla las muertas. No han puesto la puerta desde que se cayó hace tiempo cuando cedieron las bisagras.

Al terminar la jornada, Bertulfo, el dueño de la funeraria se levanta con dificultad de la silla, y se estira la camiseta sin lograr tapar las carnes fofas que salen sin control, dejando al descubierto parte de su peluda y enorme barriga. Espera que Weimar salga y pasa por la caneca, para recoger lo suyo.

Con este, ya son 180 calzones que tapizan las paredes de su oscuro cuarto de inquilinato. En la parte más alta está el que tenía puesto su mujer el día que falleció: amarillo, enorme y desteñido. Los demás se encuentran distribuidos, de tal manera que se asemejan a un *collage* artístico por la variedad de colores, formas y tamaños.

III

¡Estoy muy aburrida aquí toda apretada! Quisiera salir corriendo: el aire viciado con tantos humores diferentes comienza a exasperarme. El maldito olor a flores podridas se cuele por los algodones e invade mis fosas nasales y parece que estoy a punto de estornudar. ¿Se imaginan la cara de todos los que están agoñados en la sala, si escucharan un estornudo mío?

Pero a decir verdad, no todo ha sido tan malo con el cuento este de la muerte, pues conocí al muchacho... Sí, el mismo que me arregló el pelo, me frotó por todos lados y luego me inyectó una sustancia que nunca supe para qué servía. Espero al menos que sea una de esas cosas que usan para rellenar las arrugas, pues a mi edad, ya empiezan a notarse. Aunque después de todo hay que reconocer, fue muy caballeroso y me ayudó a vestir, este fue uno de los pocos que lo hizo... en esta época, ya casi no se encuentran caballeros.

Y lo mejor fue cuando le dio por bañarse... Yo llevaba un rato en esa camilla fría y dura, sentía los párpados bastante pesados, me costaba trabajo ver claramente. Sin embargo, no pude evitar mirarlo. Se volteó, se quitó la camiseta y dejó al descubierto sus músculos marcados y su espalda ancha. Entonces, sentí que mis labios comenzaban a perder su rigidez y logré sonreírle tímidamente. No puedo decir que le estaba coqueteando, pues fue algo muy sutil, ya que no quería que él lo notara.

Y ni qué decir cuando se quitó los pantalones antes de meterse en la ducha y pude ver su cola perfecta. Fruncí los labios y traté de contenerme, pero se me escapó un silbido y al voltear, él se dio cuenta de que me estaba sonrojando. Decidida y dejando la timidez a un lado, hice un esfuerzo enorme para abrir y cerrar uno de mis ojos en un acto de total y franca coquetería. Él se acercó pálido y con los ojos muy abiertos. ¡Casi me muero de la pena! No quería que fuera tan evidente que me había gustado.

Sin embargo, aproveché que lo tenía a mi lado y descuidadamente dejé descolgar una de mis manos y logré rozarlo. Él la tomó suavemente entre las suyas y con un gesto de dulzura volvió a ponerla a mi costado. Lo vi voltearse varias veces a mirarme antes de entrar a la ducha. Creo que estoy bien correspondida: la atracción ha sido mutua, el problema es que no sé ni siquiera su nombre y con la facha, el maquillaje y el peinado que yo tenía, quién sabe qué habrá pensado... Además, supongo que creerá que soy una antipática, pues de la emoción no fui capaz de decirle ni una sola palabra.

Hoy empezaron a llegar temprano los mismos de ayer, y otros cuantos. Van vestidos muy formales, se ven tristes, lloran, están muy serios y carilargos.

¿Estarán bravos o será que mi vestido es muy transparente y les parecerá una falta de respeto que yo vaya sin calzones, mientras ellos van tan elegantes?

¡Parece que por fin nos vamos de aquí! Ya no tengo que soportar el olor a flores podridas, que hoy está más concentrado.

Es curioso, no sé para dónde voy y a pesar de que sigo acostada, todos me siguen. Me veo muy encopetada con mi “moña imperial” y procuro no soltar de mis manos la rosa roja que me regaló el muchacho de la funeraria.

NOS CAMBIÓ LA VIDA

Hilda Isabel Lubo Gutiérrez



*Pobreza, miseria, nacemos para morir
más de 70.000 civiles muertos en Medellín.
Con menos de 15 años, caras de inocentes
sus manos manchadas de sangre,
Cualquier foto es un muñeco de dos tiros en la frente.
Me enrolé porque los militares mataron a mis hermanos/ por Pablo tú me
enseñaste a vivir en esta mierda a lo grande.
Fuiste el único, más que un amigo
siempre estarás con nosotros, que se jodan nuestros enemigos.
Y nunca pedirán, no pedirán perdón
al muñeco cabrón, los sicarios son.....*

Canción “Los Sicarios”, Artista: NARCO, Disco: *Satán vive* (2005)

I

—¡Ay, “jueputa”, qué noche tan berraca! ¡No joda, levántate Feo!
¡Que te levantes, “hijueputa”! Mira que vomitaste el colchón. ¡No
joda, este marica ni siquiera sabe chupá ron! Un día de estos lo voy
es a matá como siga con su pendejé.

—¡No joda Mopri!, deja tanta jodedera. Siempre es la misma vaina. No puede dormir uno después de que te despiertas porque te inventas pretextos pa' que nadie duerma. ¡Qué más da que me haya vomitado! Igual vomité en mi colchón, no en el tuyo. Además, ya está seco y no huele tanto, ¿cuál es el problema?

—¡Ah, si este cabrón se dio cuenta del vómito! La próxima vez te voy es a meté un tiro por el culo, pa' vé si aprendes, ¡puerco cochino!

“Este malparido siempre hace lo mismo. Total, ya no sé ni pa' que me molesto, si ya hasta etoy acostumbrao. Mejor cojo pa'l patio a cagar y de paso me zampo un pase. Seguro así se me quita el guayabo. Ahora que me vista, paso por donde la Dori; hoy tengo ganas de echar un polvo. Con tal que la hijeputa no salga con que no quiere. Bueno, pero si ella no quiere, busco a la Chechi, esa siempre está arrecha: más puta no puede ser. Con estos hijeputas malparidos siempre pasa lo mismo, de nuevo se acabó el papel higiénico. ¡No jooda, ahora no tengo con qué limpiarme! Definitivamente estoy jodío. Voy a tené que zafá a estos manes. Como sigan así, le voy a cogé la caña al Copete. Total, siempre soy yo el que se tira los muertos. Uno más o uno menos, qué más da. Esos cabrones se las tiran de machos, pero al momento de concretar son unas huevas, los muy gonorreos. A mí sí no me tiembla la mano. Total, si esto solo es negocio y yo no tengo que ver con los que me despacho. ¡Huu! El agua fría de la alberca me reanimó y el pase me quitó el guayabo, hasta me compuso el ánimo; con esta euforia ya no tengo ganas de tirarme a la Dori, mejor cargo con el Feo pa' vé si concretamos alguna vuelta. Hace días que no sale nah y la platica se está acabando. ¡Claro, costeándoles a estos manes el perico todos los días, no hay bolsillo que aguante!”.

II

—Feo, pasemos por Coquibacoa, por allá quizá levantamos algo. Hay que coroná pa' la papa. Acuérdate que lo que queda de la última vuelta solo alcanza pa' la gasolina.

—Mopri mira esas peladas. La más chica tiene celular. Por ese, por lo menos, el Rafa nos tira unos sesenta.

—Hagámosle la vuelta.

—Espera, me voy a orillá.

—¡Pérate gonorreal, parece que alguien sale.

—Nada hermano, voy a seguí de largo.

—No ves que salió alguien de la casa. Mejor esperemos que queden solas otra vez.

“No jooda, que agilidadá tiene el Mopri, de un brinco bajó de la moto y encañonó a la más chica, que del susto tiró el celular. ¡Ese man nació fue pa’ eso! Menos mal está de buen ánimo, no me gusta cuando mata a la gente. Todavía me da pesadilla el último pelao que jodió no más porque lo desafió tirándole el celular al monte cuando lo estaba atracando. Ese ‘hijeputa’ no tiene entrañas, no le tembló la mano pa’ metele el tiro en la frente. Pobre pelao, tenía como 15 años no más. Quedó tirado en el suelo con su cara llena de granos y los ojos esepitao. Esas son las cosas que no me gustan del Mopri. Últimamente me ha dao por pensá demasiado. Ya esta vida no me gusta. Todavía no he matao a nadie, pero tarde o temprano me va a tocá y no sé si seré capaz. En los últimos días, mi vieja me ha estao pidiendo que regrese al pueblo. Tengo ganas de irme. Creo que lo voy a hacé. La cosa se está poniendo difícil. El Pelucas me dijo que la gente del Pablo anda buscando al Mopri. Lo están cazando y ese man en vez de cuidarse y dejá de da papaya, anda como si na’. Claro, como él se cree el más macho piensa que no lo van a quebrar. Yo mejor me devuelvo pa’l pueblo, no vaya ser que a mí también me jodan”.

—Feo, viste la cara de espanto de esas hijeputas. Yo pensé que la grande se iba a oriná del susto, pero qué va, la malparida resultó hasta valiente. Como hubiera sido en otro lao le hubiera dado su gustico pa’ que la próxima vez coja miedo. Ganas no me faltaron pa’ tirámela, a pesar de ser pelaita tiene buenas tetas y buen culo. En otra ocasión será. Bueno, Feo, empezó bien el día, tiremos por los

lados de Entre Ríos pa' vé qué más conseguimos, hoy tengo como meta que hagamos como doscientos. Con eso tenemos pa' tres días... No te he contao, Feo, anoche soñé que hoy me cambiaba la vida. Yo creo que pronto el Caña nos llama pa'l trabajo grande que dijo. ¿Te acuerdas?, dijo que nos iba a pagá como dos melones. Con esa platica me voy a ir con la Dori pa' El Rodadero unos días. Anda cansona diciendo que yo no la saco. Bueno, con ese cruce le voy a da la sorpresa.

—Te lo dije Feo, el día pinta bien, ya tenemos más de los doscientos. Anda pa' donde el Rafa. ¡Negocia bien cabrón! Como te dejes joder de ese hijeputa te meto un tiro por el culo. Déjame donde la Dori. ¿Que qué voy a hacé? Pues marica a echame un polvo, ¡qué más! Recógeme en una hora pa' almorzá donde la Chancha y después vamos al billar.

III

—Jueputa Rafa, ¿cómo hiciste eso, si tú eres mi carnal? No hermano, no soy capaz. Ese “pollo” es “a lo bien” conmigo. No hermano, no me pongas en esta. ¡Ya te dije que no soy capaz!

—¡Mira Feo, o lo haces tú o lo hace otro! Total, es la única opción que tienes. Colaboras con estos manes o aquí mismo te quiebran, y de todas maneras el Mopri ya está del otro lao. ¡Anda hombre, colabora!; mira que te están ofreciendo mucha plata. ¡Piénsalo!, con toda esa plata te regresas pa'l pueblo y hasta le pones un negocio de venta de minutos de celular a tu hermano pa' que ayude a la vieja y así no tenga que lavá tanta ropa ajena. ¿O es que a ti no te da pesar la vieja? Además estos manes ya saben todo de ti, no vaya a sé que les dé por desquitarse con ella o con tu hermano. ¿Vas a ser capaz de cambiar la vida del Mopri por la de tu vieja?

—¡Ojo Rafa! Con mi vieja no se metan. Ella es lo único que vale la pena en esta vida. ¡Por ella yo me hago matá!

—¡Entonces, Feo, no la arriesgues! ¿O tú crees que el Mopri se haría matá por ti? Estás equivocao, si a él le ofrecen mucho billete

no le tiembla la mano y te quiebra. Acuérdate que por ahí dicen que no tiene familia porque mató al papá. Si no le tembló la mano pa' tirarse al que lo engendró, ese es capaz de matá a cualquiera. ¿Por qué crees que todos los trabajos del grupo los hace él? Porque no tiene corazón.

—Está bien Rafa, dile a los manes que lo voy a hacé, pero tienen que dejá tranquila a mi vieja. Lo voy a hacé para que a ella no le pase na. ¡Sí!, en una hora recojo al Mopri, dile que nos esperen por la salida de Majayura; yo lo saco por ahí. Lo voy a dejá solo en la moto, pa' que ellos aprovechen. ¡Díles que tienen que esperar a que yo me baje! No vaya a sé que me den a mí cuando le caigan, además quiero mi plata ya, por adelantao.

—¿Tú crees que esos manes son maricas? Te van a da la plata por adelantado pa' que tú después te arrepientas y no hagas na'. ¡Olvídale, la plata se te da después del cruce!

—Nanai cucas, hermano, la plata por adelantao o no hay negocio, no te creas, yo no nací ayer.

“Diosito lindo, perdóname, sé que lo que voy a hacé no tiene perdón. A los amigos no se les traiciona. Pero, o es él, o es mi viejita, y tú sabes que ella es lo único limpio que yo tengo, ella es la que me va a recogé cuando caiga. Ella es la que va a rezá pa' que no me quemé en el infierno. Lo hecho, hecho está, además con este billete le cambio la vida a la vieja. Perdóname Diosito, perdóname”.

IV

—¿Mopri, cómo te fue? ¿Estuvo bueno el polvo?

—Este man parece marica, qué te voy a está contando si estuvo mal o bien el polvo, eso no es asunto tuyo, ándale más bien pa' donde la Chancha que tengo un hambre de los mil demonios, estoy que me como una vaca entera.

—(...)

—¿Feo, te acuerdas que te conté que anoche soñé que hoy me iba a cambiá la vida? En el sueño yo hoy iba a tené mucha plata y a vivir sin tené que preocuparme de na'. ¿Sabes?, yo creo mucho

en los sueños. Mi abuela contaba que uno debe decir los sueños después del mediodía pa' que se conviertan en realidad; si se dicen antes no se cumplen, por eso te lo cuento. Definitivamente estoy convencio que hoy va a sé un buen día. Tengo una corazonada de que va a sé un buen día. Feo, marica, por qué te metes por estos laos, si cogiendo por la veintidós salimos más rápido.

—Dejá tanta jodedera que el que va manejando soy yo y no tú.

—Y a este man qué mosca le picó que regresó de mal genio. No me dígas que el Rafa te jodió otra vez. ¡No jooda, tú si eres marica, mínimo te dio menos plata!

—¡Qué me va a jodé ese man! Hoy sí le saqué buen billete. Ni te imaginas cuánto le saqué.

—¿A vé, cuánto? Muéstrame pa' vé si al fin aprendiste.

—Le saqué doscientas cincuenta barras, ahora dime cómo te quedó el ojo.

—¡No jooda Feo!, estás aprendiendo, ya hasta me estoy sintiendo orgulloso de ti. Hasta siento que eres como mi hermano, el único man en quien puedo confiar.

—No jooda Mopri, deja la maricá, o es que te estás enamorando de mí.

—Definitivamente estás de mal genio y no sé por qué, yo en cambio estoy pleno, ya te dije que tengo un presentimiento. ¡Hoy la vida me va a cambiá! ¿Qué te pasa? ¿Cuál es tu cuento? ¿Por qué paramos en este monte?

—No pasa nada, es solo que me estoy miando. Espérate un momento mientras meo, o es que acaso no tengo derecho.

“Este man está actuando raro. Me está dando mala espina. Él nunca es así conmigo. ¡Chaa!, qué voy a pensar locuras de mi carnal a estas alturas de la vida, si el man me ha demostrao que es firme. Mejor me preparo un pase mientras Feo regresa. En el centro, voy a comprar el baloto, a lo mejor me lo gano. Seguro que me lo gano, ese es el presentimiento que tengo de que la vida hoy me va a cambiá”.

V

“¡No jooda, qué duro sonaron esos tiros! Ya lo quebraron. Seguro le dieron los balazos en la cabeza y yo aquí escondido llorando como mariquita. Perdóname, hermano mío. Perdóname Diosito, tú sabes que yo no lo quería hacé, pero la vida es así. Por lo menos algo de provecho voy a sacá de todo esto. Ya mi viejita debió haber retirado el giro. Creo que lo mejor que hice fue ponele la plata enseguida. Con lo que tengo hoy mismo me voy pa’l pueblo. ¡Qué chinga, no jooda! Mopri, al que le cambió la vida fue a mí y no a ti. ¿Será que esos manes ya se fueron? ¿Será que ya la gente salió a vé qué pasa con los disparos? Seguro el Mopri alcanzó a sacá la pistola. A ese ‘pollo’ no lo matan sin da la pelea. Pobre mi carnal, debe está ahí tirao, desangrándose sin saber cómo fue la vuelta. Mejor dejo la moto tirá y me voy a pie de una. Sí, eso es lo que voy a hacé, de una cojo pa’l terminal y me voy pa’l pueblo”.

—¿Qué les pasa “pollos”, si ya les entregué al Mopri? ¡Yo cumplí con lo mío, ahora déjenme ir! ¡Cómo es eso de que no pueden quedar testigos! ¡No me vayan a matá que yo cumplí con lo mío! ¡No, no tengo la plata! Por Diosito lo juro, ya no tengo la plata. ¡No, no me vayan a matar! Por Diosito, se lo suplico, no me maten.

“Todo se me ha puesto negro. Uno de los tiros me lo dieron en la cabeza. Seguro los que hablan son de la policía. ¿Habrán matao al Feo? ¿Será que ese man me vendió? Ya no alcanzo a escuchar nada. Siento que me hundo en un hueco sin salida. Ya casi no escucho nada, ya no siento dolor”.

—Mi teniente, este todavía está vivo, rápido, llamemos una ambulancia, el otro, el del monte, está muerto. Nada más le metieron un balazo y está muerto, y a este que le metieron seis, todavía sigue vivo.

VI

—Teniente, ese muchacho no se va a recuperar. Uno de los disparos lo recibió en el cerebro. Él está vivo, pero no responde, tiene daño cerebral profundo. Está en estado de coma irreversible. No sabemos cuánto pueda durar, lo que sí sabemos es que nunca se recuperará. ¡Pobre muchacho, cómo le cambió la vida! ¿Que por cuánto tiempo puede vivir?, no lo sabemos. Hay personas que han vivido muchos años en ese estado.

VII

—¡Ay, doña Tulía, pobre mi Feo! ¿Cómo me lo fueron a matá así? Pobre mi muchacho, cuando ya él había decidido regresase pa'l pueblo. Pobre mi muchacho. Tan buen hijo, tan buen hermano, tan buen amigo y tan buena persona que era. ¡Pobre mi muchacho, si él no mataba ni una mosca!, ¡ahora cómo vivo yo sin él? Bueno, por lo menos con la plata que mandó me alcanza pa' traerlo al pueblo y enterralo al lao de los suyos. ¡Definitivamente nos cambió la vida! Con la muerte del Feo ahora todo va a sé más difícil. Cómo me va a hacé falta la platica que él mandaba de vez en cuando. Cómo me va a hacé falta mi pelao, tan buen muchacho que era. ¡Cómo nos cambió la vida!



POESÍA



BALANCE DEL DESTIEMPO

Carlos Valverde Nallar



Tu ausencia
no es el balance de mi soledad.
Mi soledad es inestable
al vacío de tu abundancia
Mi balance es soledad
sin que tu presencia
varíe el orden de tu ausencia
¿Cuántas veces resto, divido y multiplico
el espacio para que un minuto sea un segundo?
Porque respirar es un algo/rítmico inentendible
¿Cuándo mi balance pende y desprende
de tu sitio al lado del mío?
¿Cuándo los problemas equivalentes a tu estado físico,
no gaseoso, no espiritual,
dejan de ser dioses olímpicos, dueños del espacio y del tiempo?
Madrugada de ratas
¡Noche gran puta!
Día misógino
Perras oportunidades...

Dicen que las oportunidades no
se desaprovechan.
Esta ganga me tiene alejado de vos.
Doscientos cincuenta y nueve mil segundos.
Si te parece poco,
cuéntalos de atrás hacia adelante
Hasta terminar sin vos...
Ven a mí...

Abrázame con los brazos de tus caderas,
muéstrame que te pertenezco.
Te desafío.
Prende un cigarro y
cuéntame de tu viaje.
Dime qué conociste y
¿con quién tuviste relación?

Cuéntame de la química sin mí.
Explícame cómo fue tu decisión
de dejarme.
Enumera las costuras
de tu lado derecho
al izquierdo mío
Rehústate a creer en la reencarnación.
Esa imitación de presente.
El calco aquel en futuro del pasado
Rechaza de mis labios
tragarte el cuento
de la carne infinita.
Comprende, colgada del aro de mi oreja,
que me rehúso a haber vivido conductas,
en otros tiempos,
sin que me llames la atención.
Atrápate en mi cuello
y despreciemos la idea
de haber vivido sin nosotros.
Destierro la oportunidad (una vez más)

de un futuro después de mis novenas,
donde me encuentre sin la posibilidad
de hallarte.
Ven a mí...
No nos demostremos nada,
amémonos hasta que
se nos explote el alma
Juntémonos hasta la deformidad
Entra en mí en tu cuerpo
hasta que mi peso sea el tuyo.
Amarra tu corazón a mi cuerpo
con hilo de pescar.
Esconde las tijeras del mundo
y tu cuerpo a mi vida.
Te pertenezco perteneciéndote.
Con egoísmo lo digo,
no me quiero para nada que no sea tu lengua.
Está bien... Una más...
Viaja... Solo una vez más...
Y después
¡Noche gran puta!

FULGOR DEL ABISMO

Lucy Esther López Panza



La testa grana del pez ciego
aletea en mis aguas abisales,
en el fulgor del abismo,
flotan lotos púrpuras.

Ciego abismo,
donde crecen las alas
como ángeles de invierno.
Ceniza del deseo,
ladera fértil,
vuelo de la garra del halcón,
serenidad...

PÁJARO

Felipe García Quintero



A los secuestrados de mi país

A quien vive tañendo la sangre marchita del silencio en su corazón, y el insomnio del río le arrulla el sueño, yo lo imagino anidar sobre el hierro inmarcesible de la selva, picotear el óxido vegetal de los huesos, donde el horizonte en tajos se derrumba.

A quien lejos canta y adentro vuela, y es cautivo del cielo, yo lo veo jugar con el aire que sostiene la mirada, embriagarse con el vino crudo del crepúsculo.

Esa tierra transparente de la música en los ojos, se hace niebla voraz en el aliento.

Como savia la mañana adentro crece y lenta surge la hierba invicta de la mano en la distancia, donde la lluvia se acalla y socava otras entrañas.

DANCER IN BLUE

Yovany A. Piedrahita C.



Inicia la danza;
el azul de su cuerpo ficticio,
la inocencia del pincel se ha escapado a otras manos.
La sombra de una copia
queda en el trazo de mi mano,
las emociones arrebatadas;
DEGAS, el impaciente, el observador, el astuto,
el caminante de la pincelada,
el imitador de la cotidianidad.
cómo te atreves a darme el *Dancer in blue*
y después me lo despojas.
Las bailarinas en azul, el enamoramiento absurdo;
la cabalidad de mi morada
atrapada en la tinta del óleo.
La danza o la música
se deslizan por los oídos;
como el pincel cuando llega a su tonalidad
y plasma las seducciones... un orgasmo, un éxtasis.

La gran complacencia de pintar.
Cuánto tiempo brindé en hacer una copia para mí,
cuántas pinceladas de errores, mezclas y enojos,
de no saber cómo llegabas a la pregunta.
Cómo te atreves a darme el *Dancer in blue*
y después me lo arrebatas,
lo obsequias a otro desconocido,
me obligas a entregarlo,
a no hacer ningún esfuerzo,
a reírme del destino. Ni modo de culparlo,
no tiene nada que ver,
él es un tiempo que apenas crece.
Ojalá lo disfrute,
le encuentre el placer de observarlo,
que descubra cómo se hunde en la cavidad más
oscura del cerebro,
en la parte más diminuta del placer
el éxtasis de la tonalidad.

VIENTO Y OTROS POEMAS

Alexander Noreña Agudelo



Viento

La lluvia cómplice aprisiona
los afanes del mundo.
Circula con ligereza,
llama a la ventana.
¿Queda algo de la tempestad?

Ayer

Conquistador de sueños
que va dejando telarañas,
tuve el valor, quizá irreal, de huir.
Hay un mundo virtual para los destinados a caminar la noche.
Ayer repartí la ruina.
Vi cómo las ideas se iban tras los autos.
El muro se arroja sobre mí, vertiginoso.
No hay argumentos en el jardín.
No se puede escribir, en el aire noctámbulo.

16 noches

Déjalo ir,
 La vida misma no va más.
 Nadie debe ignorar la tragedia.
 Nada es perfecto, ni siquiera el romance.
 Es invisible, para muchos,
 Esta nube que cae en la cabeza.
 La tragedia de un día
 exige ignorar los detalles.
 En mi múltiple dirección
 todo se puede olvidar.
 La mágica acción del mundo
 suprime hasta la hora de la saciedad.
 No importan los detalles,
 y el destino de un hombre
 es un minúsculo agujero.
 Todo va, para él
 en una sola dirección.
 El vuelo exige
 ignorar los detalles.
 Atrás quedan los muertos,
 cavando entre sus tumbas.
 Yo no huelo mi carne
 y la tragedia
 hija de puta, enmascarada
 va sangrando hasta convertirse en risa.
 Atrás quedan
 la comedia de quince noches
 y la tragedia de un solo día.
 Hamlet ha muerto, con sus criminales asesinos.
 Pido una tumba para mí.

Alicia

A Lewis Carroll

Alicia, Alicia mía
 perdida en su propio rincón,
 madre de tu cueva.
 ¿Qué país se prolonga en tus maravillas,
 en la reina vieja, que son todas las mujeres
 que abandonan la magia de la infancia.
 Esas que aman las tristezas del mundo?
 Alicia, niña mía:
 En la barca Nibelunga
 se respira el aroma contagiado
 por la excitación del jardín.
 Aroma que se extiende
 hasta impregnar tu carne.
 Alicia, Alicia niña,
 el olor del heno se ha mezclado,
 con el perfume de las fieras salvajes.
 Quiero tu refugio
 aplastado entre tus muslos,
 padre conejo que te salva;
 padre del tiempo que te niega.
 Te puedo almidonar
 sin que te amamantes de mi sexo.
 Puedo someterte sin que pierdas
 el brillo cristalino de las gotas
 que saltan a tu barca.
 Eres viajera, Alicia, tú,
 de aquel país donde no mueren las maravillas.

Lo bello de no sentir

La luna fue corriendo tras su sombra
olvidada la casa, convertida en humo.
Lo que aquí nadie dijo
fue desechando los rumores
fantasmales del mar.
Esta calma que apoltrona
va dejando traslucir las hojas de Rimbaud.
Catorce gatos que violaban las felinas noches
no se sienten ahora.
Sus maullidos no retumban en las sombras.
No se siente, en las cortinas, el frío desvelador.
No hay ahora un dedo que señale las margaritas.
Hoy no se sienten las palabras al aire,
ni crecen aluviones en la frente.
Y no hay estrellas
Para estos ojos viciados del infierno.
La calma del tiempo transparente
se escurre en la estación del agua.
Ya no viene la muerte a las orgías
y no ladran los autos.
En esta espesa carga de carnes y de huesos
no pasa ni el cansancio.

Letanía

Aquí,
la pena llena el paladar del mundo.
Allá,
las frases abnegadas saltan
torturando a los dioses.
Yo no existo.
No soy sangre de esa sangre.
No estoy entre los vientres de los hombres.

Odio la multitud,
las cosas contenidas de su humanidad.
Nada pasa, nada existe, nada queda.

A Bukowski

¡No digan que estamos llenos de azufre, y que el infierno es en nosotros!

¡No canten, con voz airosa, que el pecado es original, porque nadie ha podido inventar algo más!

El niño preguntaba: ¿Qué se siente al ser arrastrado sobre la hiel del padre?

Las viscerales heridas del alma se consumieron bajo el susurro de melodías injuriosas.

Nadie grita desde la distancia para despertar a los ahogados de falsedades.

Incansable es la tarde, repetida de concreto.

MI REINO

María Cecilia Muñoz



Un grito oscuro –enorme como la noche–
acecha como un asesino esta quietud de viento
este silencio de piedra, de río sumergido...
Con las manos y la lengua
heridas de tanto verso
busco a Dios...
en el rocío de las hojas nacientes
en la tarde roja que se cierra
en el sagrado canto de los pájaros.
Como un árbol insomne me deshojo cada noche
destejo en la penumbra esta madeja de memorias
que me envuelve hasta sangrar
este ritual de alfabetos que me escribe
este canto perdido en el mundo.
Con los ojos húmedos,
sigo atrapada en esta angustia quemante
mi lengua es pluma de iniciado escribiente
y mi reino aún no florece.



TEATRO



CON LA ESPALDA SIEMPRE RECTA

Carlos Alberto Molano Monsalve



PERSONAJES: ÉL, MADRE, OTRO, AZAFATA

I

MADRE: Siéntese.

ÉL: Eso hago, Madre. Me siento.

MADRE: Enderécese.

ÉL: Deme un instante.

MADRE: Apoye la espalda.

ÉL: Estoy bien así, gracias.

MADRE: No cruce los pies.

ÉL: Me gusta cruzarlos.

MADRE: Con los talones en el piso es más fácil enderezar la espalda.

ÉL: Eso parece.

MADRE: Ponga los codos en los descansabrazos.

ÉL: Me gustan cerca del cuerpo.

MADRE: Deme gusto.

ÉL: Están donde quiere, madre. Y ¿ahora?

MADRE: No sé. Dígame usted.

ÉL: Déjeme percibir un instante la diferencia.

MADRE: Y ahora. ¿Qué piensa?

ÉL: Que se trata de un buen cojín.

MADRE: Entonces, está cómodo.

ÉL: Por supuesto, pero no podré llevarlo.

MADRE: ¿Por qué no? Cuando la gente va al estadio lleva algo para sentarse.

ÉL: No es lo mismo. No es el caso.

MADRE: Nadie le dice nada a quien lleva un cojín al estadio. Que yo sepa, no hay prohibiciones.

ÉL: Por lo mismo; no se trata de un estadio. No es igual.

MADRE: ¿Acaso le dijeron que no podía llevarlo? (*Toma unos documentos, los ojea y se los muestra a él*) Muéstreme donde dice que usted no puede llevar un cojín.

ÉL: No lo dice.

MADRE: Entonces, como en ninguna parte dice que está prohibido, lo puede llevar.

ÉL: Muchas gracias, pero...

MADRE: Pero nada. Usted está pagando y su plata vale.

ÉL: No se acostumbra...

MADRE: ¿Sabe cuánto me costaron los materiales? ¿Cuánto tiempo invertí en él?

ÉL: No debió molestarse. No era necesario.

MADRE: (*Alterándose, y luego, conteniéndose*) Coma.

ÉL: No tengo hambre.

MADRE: ¿Cómo dice?

ÉL: Que no tengo hambre, gracias. Comeré durante el viaje, gracias.

MADRE: ¿Sabe cuánto tiempo invertí en esta comida?

ÉL: No debió molestarse. No era necesario... gracias.

La mujer se retira con la comida, mientras refunfuña.

ÉL: Ustedes podrían aventurarse a juzgar a esta mujer muy a la ligera. Absténganse de ello. Hacer un cojín para mi viaje y preparar mi comida favorita es su mejor esfuerzo por demostrarme que aún le queda corazón. Todo lo que hago ahora lo hago por ella, no por mí. Ya no tiene sentido hacer nada por mí. Yo no tengo nada que perder. Premiaré en parte sus esfuerzos, aunque no de la manera que ella espera.

(A su madre) ¿Puedo ir al baño?

MADRE: (Regresando) ¿Y se va al baño con el cojín? (Gesto de emoción)

ÉL: Por supuesto que no. Es más, lo guardaré en el equipaje de mano.

II

OTRO: (En off) Síga.

ÉL: Ya estoy adentro, gracias.

OTRO: (En off) Espero que haya seguido mis instrucciones al pie de la letra.

ÉL: Eso espero yo también.

OTRO: (Llegando desde el fondo) Esto no es un juego. Seguir mis instrucciones al detalle es un asunto de seguridad. ¿Comprende usted la importancia de ello?

ÉL: Eso creo. ¿Puedo sentarme?

OTRO: Por supuesto. Le será más fácil todo. Apoye la espalda.

ÉL: Vengo fatigado. Cuando uno está fatigado, la espalda tiende a arquearse. Mire que si apoyo la espalda, no queda recta del todo. Es en parte por la altura de la silla.

OTRO: Con los talones en el piso es más fácil enderezar la espalda.

ÉL: Me gusta cruzar los pies. Me siento más cómodo.

OTRO: Si se acomoda bien y pone la espalda recta, será más fácil. ¿Qué hace?

ÉL: Pongo un cojín.

OTRO: Eso ya lo sé. ¿De dónde salió?

ÉL: (Señalando una pequeña maleta) De acá, de mi equipaje de mano.

OTRO: ¿Para qué carajos trae usted su equipaje de mano?

ÉL: Obviamente, para cargar el cojín.

OTRO: Eso no lo necesita.

ÉL: ¿Sabe usted cuánto tiempo le tomó a mi madre hacer este cojín? Tiene artritis, ya no puede coser como lo hizo durante toda su vida.

OTRO: Haga lo que quiera. Siempre que tenga la espalda recta, puede colocarse un flotador, un nido de un ave o hasta un rollo de alambre de púa. Me da igual (Pone una bandeja frente al rostro de ÉL). Comience.

ÉL: No tengo hambre.

OTRO: ¿Cómo dice?

ÉL: Que no tengo hambre, gracias. Comeré durante el viaje, gracias. Ni siquiera sé qué es. No tiene buen aspecto.

OTRO: ¿Me está tomando el pelo?

ÉL: Dos semanas tragando uvas enteras, cada vez más grandes... y ahora, esto.

OTRO: ¡Tráguese esto ahora mismo! (reacciona iracundo).

Golpean la puerta con un ritmo particular, a manera de un santo y seña.

OTRO: Hay movimientos sospechosos afuera. No tenemos mucho tiempo.

ÉL: ¿Puedo ir al baño?

Repiten el toque anterior, un poco más fuerte.

OTRO: ¡Pero qué carajos pasa! Voy a ver qué está pasando afuera.

ÉL: ¿Tiene el dinero del adelanto que le pedí?

OTRO: (*Yendo al fondo*) ¡Tráguese eso ya, si no quiere que se lo meta por el culo!

ÉL: No tiene que molestarse.

OTRO: (*En off*) Haga lo que le digo.

ÉL: Ustedes podrían llegar a pensar que este hombre es mi amigo, pero no es tal. Apenas lo conozco. Le soy útil. Y él a mí. Lo que no sabe es que su plan y el mío son diferentes. Sé que me quiere para sus propósitos; pero, he llegado a sospechar que no es del todo honesto, y que solo me utilizará como un elemento distractor. Los tipos como él lo hacen siempre, yo lo sé. Le hago pensar que me creo su cuento, pero no soy tan tonto.

ÉL se pone de pie, mira hacia la silla.

ÉL: (*Al Otro*) ¿Puedo ir al baño?

III

AZAFATA: Bienvenido. Este es su asiento. Siéntese, por favor.

ÉL: Me siento.

AZAFATA: Ponga la espalda recta, por favor.

ÉL: Deme un instante.

AZAFATA: ¿Qué hace?

ÉL: Pongo un cojín.

AZAFATA: No está permitido.

ÉL: No lo dice en ninguna parte.

AZAFATA: No lo dice en ninguna parte, pero no está permitido. No es habitual, y como no es habitual, por tanto, no está permitido.

ÉL: No lo dice en ninguna parte. ¿Cómo puede saber que no está permitido?

AZAFATA: (*Sacando un pequeño libro*) Lo dice el manual: TODO AQUELLO QUE NO ES HABITUAL, NO ESTÁ PERMITIDO.

ÉL: Debí saberlo... de hecho lo sabía; pero me dejé convencer de lo contrario.

AZAFATA: Puedo traerle una almohada, si lo desea. El uso de la almohada es lo habitual, por tanto, está permitido...

ÉL: ¿Sabe usted cuánto tiempo le tomó a mi madre hacer este cojín? Tiene artritis, ya no puede coser como lo hizo durante toda su vida...

AZAFATA: ...aunque no podrá usarla de la misma manera que el cojín...

ÉL: ...años y años frente a una máquina hasta que acabó con sus ojos y con sus manos. Ahora es una anciana, y usted me dice que no puedo usar su cojín.

AZAFATA: ...imagínese usted: otro pasajero usando en su cabeza la almohada que usted usó por horas para sentarse. No es habitual, por tanto, usar la almohada como un cojín tampoco está permitido (*Él acepta a regañadientes y pone el cojín en su regazo*). Ahora debe abrochar su cinturón.

ÉL: ¿Podría hacerlo por mí?

AZAFATA: No es habitual, por tanto, no está permitido.

ÉL: Usted me recuerda a mi madre.

AZAFATA: Ante este tipo de comentarios, habituales por cierto, el protocolo ordena que no debo responder más que con una sonrisa cortés.

Ella gesticula una gélida sonrisa.

ÉL: Creo que la amo.

AZAFATA: (*Gesticula de nuevo una gélida sonrisa*) Le pido que se abroche el cinturón. Es mi deber decirle lo que tiene que hacer.

ÉL: (*Para sí, abrochando su cinturón*) Creo que la amo cada vez más.

AZAFATA: Si gusta, puedo mostrarle la carta de clase viajero frecuente.
 ÉL: No soy viajero frecuente. Es la primera vez que viajo a España... es la primera vez que salgo del país... de hecho, es la primera vez que me monto a un avión.

AZAFATA: (*Mostrándole la carta*) A la derecha podrá encontrar las entradas, los platos principales y ensaladas. A la izquierda, licores. Abajo, repostería.

ÉL: Quiero un pastel de chocolate, y que sea idéntico al que me hace mi madre, gracias.

AZAFATA: No es habitual que un pasajero consuma un postre sin haber probado uno de los platos principales, y por tanto, no está permitido. La aerolínea se sentiría muy desilusionada de que usted no coma, debido al esmero que ella pone en atenderlo.

ÉL: He decidido que es lo único que voy a comer... lo último que voy a comer.

AZAFATA: Si se refiere a que será lo último que consuma antes de dejar su vida anterior, está bien. Si por el contrario, su comentario es una especie de "última voluntad" debo informarle, en nombre de la aerolínea, que no es habitual que un pasajero haga ese tipo de comentarios, y por lo tanto, no está permitido. Si sus intenciones fueran secuestrar este avión o perpetrar un ataque terrorista, tampoco está permitido.

ÉL: Entonces, solo quiero un vaso de agua. ¿Puedo desabrocharme ya?

AZAFATA: Las normas de seguridad son claras: Conviene estar alerta cuando un pasajero rechaza alimentos y bebidas; y en especial cuando, además, suda copiosamente, como lo hace usted.

ÉL: (*Desabrochando su cinturón*) Podría traerme un vaso de agua, por favor.

AZAFATA *va al fondo.*

Ustedes podrían llegar a pensar que está mujer es algo así como un témpano de hielo; pero su actitud no es otra cosa que la fachada que debe darle a su rol. Por lo pronto, todo sucede tal y como yo he deseado que suceda.

AZAFATA *regresa con un vaso con agua. ÉL ha sacado un papel de un bolsillo de su camisa y lo arruga nervioso cuando la AZAFATA regresa, ocultándolo en su mano.*

AZAFATA: Aquí está su vaso de agua. Debe beberlo para que recupere los líquidos perdidos por el sudor. Si desea recuperar las sales minerales que perdió por la misma causa, puedo traerle una bebida “energizante”. Si desea recuperarse rápidamente de su evidente deshidratación, puedo pasarle una solución electrolítica por vía endovenosa. En tal caso, debe poner su brazo en el descansabrazos y permitirme canalizar su vena; no me tomará más que un segundo.
 ÉL: ¡Un excelente servicio!, pero he decidido que estoy bien así, gracias.

ÉL observa de nuevo el papel, lo arruga aún más y se lo lleva a la boca.

AZAFATA: Es mi deber informarle que no debe consumir nada distinto a lo que ofrecemos en la carta de viajero frecuente. En tal caso, si desea hacerlo, debe cancelar un excedente.

ÉL: *(Sacando el papel de su boca)* ¡Es solo papel! Un recibo de consignación... Puse todo mi dinero en la cuenta de mi madre. Revíselo si quiere.

AZAFATA: Son dos euros por cada gramo de material de origen orgánico, y tres euros por cada gramo de origen inorgánico.

ÉL: ...Ella solo se percatará de ello hasta el viernes, cuando tenga que ir al banco.

AZAFATA: Por otra parte, si usted hace pasar cualquiera de estos materiales por su tracto digestivo y lo evacua en nuestro servicio sanitario; al peso, producto de esta evacuación, se le considerará como adicional al peso del equipaje, y se le aplicarán las tarifas respectivas.

ÉL: ¡Imagina su cara tan pronto vea tantos ceros en su cuenta? Se le olvidará que ya no estoy, de eso estoy seguro, y podrá...

AZAFATA: Si insiste en consumir ese papel, se le cargará al consumo a la hora del desembarco, o se le sumará al impuesto de entrada al país.

ÉL: *(Confidente)* ¿Usted sabe qué suelen hacer? Montan a varios incautos en el mismo avión y luego delatan al más ingenuo de todos.

AZAFATA: Puede consumir el material orgánico con un buen vino. Si desea puedo traerle la carta de vinos de la clase viajero frecuente.

ÉL: Un vino cualquiera está bien, gracias.

La mujer va al fondo y regresa con una copa de vino tinto.

AZAFATA: Un vino tinto es ideal para acompañar ese papel. Los químicos que adicionan para hacer copia se acentúan maravillosamente con el buqué de este vino chileno.

ÉL: ¿Le había dicho antes que la amo? (*La mujer responde con una sonrisa acartonada*).

ÉL: A su salud entonces.

AZAFATA: Antes de beber debe abrocharse de nuevo el cinturón. Puede quedarse con el cojín si así lo desea... como “última voluntad”.

ÉL: ¿Por qué lo dice? ¿Habría acaso una turbulencia?

AZAFATA: Es por el protocolo. Tan pronto usted beba de ese vino y se trague ese papel, es posible que comience a echar baba y a convulsionar. No queremos que ensucie todo el avión. Sospechamos que usted trae en su cuerpo un cargamento importante. Respetamos su decisión de suicidarse, es nuestro lema.

ÉL: Me gustaría que usted conserve el cojín. Estoy seguro de que mi madre la amaría tanto como yo. Usted se le parece mucho.

AZAFATA: Le agradezco su gentileza; pero no lo puedo aceptar.

ÉL: Insisto. Tómelo.

AZAFATA: (*Tomando el cojín*) Lo conservaré. Pero solo porque hace juego con mi sala. Tengo un piso en Barcelona, en la calle Morelos, frente a la playa, y aún lo estoy decorando (*Silencio*). Ahora, abróchese.

ÉL: Me abrocho.

AZAFATA: Es mi deber informarle que la aerolínea ofrece también el servicio de repatriación; para su cadáver, claro está. ¿Quiere que nos comuniquemos con su señora madre o desea usted ver la tabla de tarifas para viajero frecuente? Es un servicio excelente, y hasta puede redimir millas.

ÉL: Es usted muy amable; pero no deseo regresar a Colombia jamás. Ahora, si me permite (*Va a llevarse el papel a la boca y prepara la copa de vino*).

AZAFATA: (*Deteniéndolo por las muñecas*) Por último, gracias por viajar en aerolíneas Interiberoamericanas, gracias por preferirnos.

Forcejean. ÉL Desiste. Permanece con los elementos en sus manos. Silencio.

VOZ EN OFF: Su atención por favor: Les habla su capitán. Abrochen sus cinturones. En contados instantes estaremos aterrizando en la

ciudad de Barcelona. Por favor permanezcan en sus asientos hasta que el avión se haya detenido. No olviden su equipaje de mano, pasaporte y demás documentos para registrar su ingreso a España. ¡Gracias por viajar en aerolíneas Interiberoamericanas! ¡Gracias por preferirnos!

La azafata se sienta en el asiento contiguo a ÉL, y se abrocha el cinturón. El hombre aprovecha este instante para comer el papel y pasarlo con el vino. Sonidos de aterrizaje. Él se pega de su asiento y cierra fuertemente los ojos. La azafata no se inmuta. Cuando los sonidos de aterrizaje cesan, el hombre abre los ojos tranquilamente, y con una actitud en extremo segura, desabrocha su cinturón, se incorpora, toma su equipaje de mano y le entrega la copa a la azafata. La mira directo a los ojos.

AZAFATA: Calle Morelos, frente a la playa.

El hombre sale. La azafata sigue la salida del hombre con la mirada. Ella permanece sentada, observa el cojín y lo abraza contra su pecho.

LA MUELA

Eugenio Gómez Borrero



(Sala de espera de una vieja dentistería de pueblo a medio día. Un niño de unos 12 años entra corriendo con una cauchera en la mano. Con sigilo mira por las rendijas del consultorio, se retira y va hacia la ventana. Divisa algo a lo lejos, fija la mirada, tensa la cauchera y apunta; sigue el objetivo en la distancia cual si fuera un francotirador. De pronto, se detiene. Observa de nuevo por la rendija, guarda la cauchera y se ubica en el centro de la sala. Desde el umbral de la puerta se proyecta la imponente sombra de un hombre con sombrero).

NIÑO: ¡Papá!

VOZ DENTISTA: ¡Qué!

NIÑO: Dice el alcalde que si le sacas una muela.

VOZ DENTISTA: Dile que no estoy aquí.

NIÑO: Dice que sí estás porque te está oyendo.

VOZ DENTISTA: Mejor.

(El alcalde entra, viste traje militar, sus insignias revelan el cargo de teniente y sus ojos vidriosos evidencian la angustia de varias noches de insomnio. Un lado de su rostro está perfectamente afeitado, mientras que el otro, con barba de cinco días, se ve monstruosamente hinchado.

El hombre, indiferente a la presencia del niño, desenfunda su arma, le monta el proveedor y avanza hasta la puerta del consultorio).

NIÑO: ¡Papá!

VOZ DENTISTA: ¡Qué!

NIÑO: Dice que si no le sacas la muela te pega un tiro.

VOZ DENTISTA: Bueno, dile que venga a pegármelo.

(El alcalde cierra los ojos, se lleva la mano al cachete inflamado y suspira. El sonido de la fresa lo hace sudar frío. Mira al piso un rato, toma aire profundamente, relaja su cuerpo y enfunda con resignación su pistola. Se quita el sombrero, gira lentamente la manija de la puerta y entra al consultorio).

NIÑO: ¡Sí, sí, voy a ganar, voy a ganar! Aposté con Rodrigo una bolsa de bolas blancas a que el alcalde de hoy no pasaba. Primero apostamos el recreo de toda la semana, pero después me arrepentí, bueno, nos arrepentimos los dos al mismo tiempo. Si mi papá mata al alcalde hoy, Rodrigo me tiene que dar 67 bolas chinas de las nuevas *(Al público)*. Todos saben que fue el alcalde, todo el pueblo sabe que siempre es el alcalde... pero nadie dice nada, nadie hace nada. Tanto es el miedo que le tienen a mi teniente, que ninguno fue al entierro del profesor González. Hasta los malos estudiantes lo querían, pero tanto era el temor a que los mataran por sospecha, que no fueron. Los únicos que acompañaron el cadáver del profe fueron esos malditos gallinazos *(Tensa la cauchera y lanza un par de piedras)*. Siempre están donde está el alcalde, para donde va el teniente van los gallinazos. Mírenlos como están de gordos y negros, el alcalde nunca los deja pasar hambre *(Dispara su cauchera)*. ¡Te salvaste maldito! Pero se le acabó la fiesta al teniente. Si al barbero le dio miedo *pelarlo* ese día, a mi papá no, hoy mismo *se lo echa a la muela*. Espere y verá, mi papá se demora un poquito para mostrar los colmillos, pero cuando muerde ¡ay dios mío! no hay quién lo pare *(Mirando por la rendija)*. Vamos papi, vamos, no me vaya a fallar, no se vaya a dejar convencer de esos ojitos de perro estreñido *(Suenan la fresa de nuevo)*. Vamos papi, gana usted, gana el pueblo y yo gano 67 bolas chinas.

VOZ DENTISTA: Siéntese.

NIÑO: En la gaveta está el revólver, apenas se siente, ¡PUM! De un solo tiro. Vamos papá, aproveche ahora que está sentado. De una,

papí, no lo piense tanto, pégueselo ahora que cerró los ojos (*Pausa*).
 ¿Pero qué está haciendo mi papá? ¿Le está revisando la muela? ¡Ay mi papá es una güeva! ¿Se va dejar conmoveer? No lo mire, no lo mire, papí no lo mire... Él no es un hombre papá, el teniente es una caries.

VOZ DENTISTA: ¿Quién me va a pagar esta cuenta, usted o los...?

VOZ ALCALDE: Es lo mismo.

(*Pausa*)

VOZ DENTISTA: Tiene que ser sin anestesia.

VOZ ALCALDE: ¿Por qué?

VOZ DENTISTA: Porque tiene un absceso.

VOZ ALCALDE: Está bien.

NIÑO: ¡No le digo, en vez de matarlo ahora lo va a ayudar! Papá, ese mismo hombre mató al abuelo, a mi tío, al profesor González, a la vaca de doña Ruby y hasta estranguló el perro de Rodrigo... dispá-rele papá, dispá-rele (*Pausa*). A no ser que... claro, ya entiendo. Un disparo es muy ruidoso ¡Por eso no va a usar anestesia! Claro, va a hacer sufrir al teniente igual que él nos hizo sufrir a nosotros. Mi papá, aunque no tiene título profesional de dentista, es muy inteligente. ¡Buenísimo, primero lo tortura y luego lo estrangula! (*El niño emocionado vuelve a pegarse a la rendija*) Genial, mi papá es todo un varón.

(*Pausa*)

VOZ DENTISTA: Aquí nos paga veinte muertos, teniente.

NIÑO: ¡Bien papá, eso es! Tortúrelo como torturó al abuelito Arturo; eso es papí, pártale la mandíbula, muévasela duro; eso es, de izquierda a derecha, de un lado para el otro; que le crujan los huesos de la cara, que su lengua grite por todos los que calló, que se le derrita la columna de dolor, que se ahogue en la sangre de sus propias encías, que cada gemido reviva un ¡no por favor no! Eso, papí, pártale la mandíbula, muévasela duro, tan duro, que le crujan los huesos, que se le hielen los riñones, que sude frío como un muerto, que apriete el culo, que arañe la silla como los que arañaron la tierra mientras suplicaban por sus vidas, que sufra como mi tío cuando le sacaron los ojos por ver lo que nadie quería ver.

(*Pausa*)

VOZ DENTISTA: Séquese las lágrimas.

NIÑO: Huele inmundito... como si al sacarle la muela hubieran destapado una letrina (*Pausa*). ¡Bien, papá! eso es, ahora sí mátelolo, clávele esa pinza en un ojo o ahórquelo, pero mátelolo... o hágale tragar la muela y que todo parezca un accidente, mejor todavía (*Pausa*). ¿Y ahora qué? ¿Por qué lo está dejando parar? ¿A dónde va? ¿A mi papá qué le pasa? ¿Mi papá se acobardó? ¡No! A mi papá le pasó lo mismo que al barbero... ¡Maldita sea, perdí la apuesta de las bolas!

(El alcalde sale del consultorio, se ve tranquilo. En la mano lleva un pañuelo blanco ensangrentado con la muela recién extraída. Al ver que el niño le apunta con su cauchera, se detiene en seco y desenfunda su arma. Duelo de miradas).

VOZ ALCALDE: Su amiguito Rodrigo me dijo que tu papá me iba a matar (*Escupe sangre*). Aquí estoy (*Pausa*). Pero matar no es fácil. Se lo digo yo (*Le muestra la muela*). Lo único que me ha hecho llorar en la vida y mire, su papá ya la mató por mí (*tira la muela al piso*). Entiérrrela... es mejor no dejar testigos.

(El duelo estalla. El niño falla su disparo de cauchera pero el teniente en un acto reflejo le descarga en ráfaga el proveedor completo. El padre sale, y al ver el cadáver queda petrificado. El alcalde, como si nada, se dirige a la salida. De pronto, se detiene. Se devuelve, le quita la cauchera de la mano al muerto, recoge la muela y sale. Desde la puerta se proyecta, como al inicio, la imponente sombra del alcalde, esta vez, apuntando con la cauchera).

VOZ ALCALDE: Me pasa la cuenta.

VOZ DENTISTA: (*Vacío*) Un día de estos teniente... Un día de estos. *En fin...*



AUTORES Y TALLERES



SOBRE LOS AUTORES



Selección, edición y presentación

MIGUEL ÁNGEL MANRIQUE

Premio Nacional de Novela 2008 del Ministerio de Cultura con la novela *Disturbio*. Autor de *Carlos Fuentes: una lección del tiempo y la circunstancia*, ensayo (1992); *La mirada enferma* (2005); *Disturbio* (2009); *El Quijote de Shakespeare*, entrevista al historiador Roger Chartier (2010); *Sobre la escritura* (2010) y *San Mateo y el ángel* (2011).

Cuento

CLAUDIA LAMA ANDONIE

Ganadora del primer premio de los Estímulos Relata 2012 del Ministerio de Cultura, en la categoría *Asistente a taller*, con el cuento titulado “Un par de huevos”. Nació en Barranquilla, en 1973. Ha publicado cuentos en la revista dominical del periódico *El Heraldo*, en la revista *Cambio* y en la *Antología Relata 2011*. Forma parte del taller “José Félix Fuenmayor” desde el 2008, en Barranquilla.

LEONARDO JOSÉ BERDELLA GUZMÁN

Obtuvo el segundo premio de los Estímulos Relata 2012 del Ministerio de Cultura, en la categoría *Asistente a taller*, con el cuento titulado “Final de ruta”. Nació en Cereté, Córdoba, en 1977. Licenciado en Informática y Medios Audiovi-

suales de la Universidad de Córdoba, de la cual es docente. Segundo premio en el Concurso de Cuento “Cinco años de *El Meridiano de Córdoba*”, en 2000. Finalista en el Primer y Segundo Concurso Regional de Minicuento Zona Caribe, en 2008 y 2009. Sus cuentos han aparecido en suplementos literarios locales y revistas universitarias. Fue miembro del grupo literario *El Túnel de Montería*, y desde 2010 hace parte del taller literario “Raúl Gómez Jattin” de Cereté, adscrito a Relata.

FRANK MAURICIO DURÁN

Obtuvo el tercer premio de los Estímulos Relata 2012 del Ministerio de Cultura, en la categoría *Asistente a taller*, con el cuento titulado “A las seis”.

Nació en Ibagué, Tolima, en el año 1975. Es técnico en Sistemas. En el año 2011 publicó en la *Antología Cuernistas Inéditos Biblioteca Soledad Rengifo*, y prepara otros textos para una nueva antología. Escribe una novela ambientada en un universo fantástico. Forma parte del taller Relata “Liberatura”, de la ciudad de Ibagué, desde el año 2006.

JORGE ISAAC TOLEDO RAMÍREZ

Nació en Armenia, Quindío, en 1932, cuando esta ciudad formaba parte del departamento de Caldas. Autodidacta, técnico en Construcción del SENA, instructor de esta institución por más de veinte años y actual pensionado de la misma. Participante en el taller “Maniguaje”, de Florencia, desde el año 2006. Cuentos suyos han sido incluidos en las antologías locales de “Maniguaje” (2007 y 2010) y en *Este verde país* (cuadernos RENATA 2, 2008).

YAMID TORRES RODRÍGUEZ

Nació en Bucaramanga, Santander, en 1987. Es administrador de negocios internacionales de profesión. Se diplomó como gestor y promotor cultural y ha participado en diferentes encuentros literarios. Actualmente asiste al taller de escritura “Bucaramanga lee, escribe y cuenta”.

BEATRIZ MAESTRE ROCHA

Nació en Medellín, Antioquia, en 1953. Estudió en la Escuela de Bellas Artes y en la Escuela Interamericana de Turismo de Medellín. Ganadora del primer premio en el Concurso Juvenil de Cuento organizado en el Colegio Palermo de San José. Correctora de textos y estilo para publicaciones institucionales de diferentes empresas de Medellín. Forma parte del taller literario “Mascaluna” dirigido por César Herrera del museo *Otraparte* en Envigado (Antioquia).

ANA MARÍA CASTRO VIVES

Nació en Bogotá, Cundinamarca, en 1969. Estudió Comunicación Social y Periodismo en la Universidad Externado de Colombia. Ha escrito crónicas y otros textos periodísticos en *Llano 7 días* de la Casa Editorial El Tiempo; ganadora del premio de poesía en el Colegio Departamental Femenino. Forma parte del taller Relata “Entreletras”, de Villavicencio, desde el 2005.

AURA MARÍA MENA DE LA CRUZ

Nació en Santa Marta, Magdalena, en 1992. Estudia Administración de Empresas en la Universidad del Magdalena. En 2010 obtuvo el segundo lugar con el cuento titulado “Después de la llamada, la muerte”, en el I Concurso de Cuento Talium—RENATA Universidad del Magdalena. Fue seleccionada en 2011 para ser publicada en la antología del taller por parte de la Universidad del Magdalena. Forma parte del taller de escritura “Talium” de Santa Marta, adscrito a RELATA.

LEONARDO GÓMEZ MARÍN

Nació en Yarumal, Antioquia, en 1978. Técnico en Gestión de Recursos Naturales del SENA. Realizó estudios de Filosofía y Letras en la Universidad Pontificia Bolivariana. Ha publicado artículos en periódicos estudiantiles y revistas científicas. Director de la revista *La Carreta*. Integrante del taller de escritores de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín para América Latina desde el 2009; en la antología *Obra diversa 2* del mismo taller está incluido su relato: “¿Y si Dios fuera una mujer...?”.

DIEGO VALBUENA

Nació en Bogotá en 1977. Estudió Licenciatura en Lengua Castellana en la Universidad Distrital (Bogotá). Ganador del concurso “Bogotá: historias paralelas” (2008). Textos publicados en la antología de cuento urbano *Cenizas en el andén* (2009) y *Letras capitales: Talleres literarios ciudad de Bogotá* (2010). Actualmente participa en el taller de poesía Relata “Los impresentables”.

MARÍA VICTORIA ACEVEDO ARDILA

Nació en Bogotá, en 1971. Estudió Literatura en la Universidad Nacional de Colombia. Ha participado en varios talleres de cuento y crónica. Es docente y forma parte del taller “Funza para contar”.

JHON WALTER TORRES MEZA

Nació en Zarzal, Valle del Cauca. Estudió Licenciatura en Español y Literatura. En el año 2008 ocupó el tercer puesto en el Concurso de Cuento Homenaje a Jesús María Valle Jaramillo. Actualmente es subdirector del semillero de Hermenéutica Simbólica de la Universidad Tecnológica de Pereira. Forma parte del taller de escritura “La caza de las palabras” de Pereira, adscrito a Relata.

NORWELL CALDERÓN ROJAS

Nació en Bucaramanga, Santander, en 1962. Estudió Derecho en la Universidad Libre y Pedagogía en la ESAP. Catedrático (UFPS). Ex consejero departamental de literatura. Dirige “Libertad Bajo Palabra”, Cúcuta. Publicó la novela *La peligrosa herencia del joven Aykord* (2009); poemas en la antología *La sombra y el relámpago* (2011); y cuento en *Suenan voces* (2010). Ha escrito los relatos “El dragón viejo” (2002) y “Soliloquio que Nancy no va a escuchar” (2010). Forma parte del taller Relata Cúcuta.

ALEXANDRA WALTER LONDOÑO

Nació en Sevilla, Valle del Cauca, en 1950. Estudió Licenciatura en Química en la Universidad del Sur de Alabama, EE.UU., y Lenguas Modernas en la Universidad del Valle. Es fundadora de la tertulia poética “Pacha Mama”. Ha trabajado como traductora, editora y periodista, y realizado varios videos que han sido galardonados internacionalmente. Desde marzo de 2012 forma parte del taller de escritura creativa “El cuento de contar”, en Cali, adscrito a Relata.

SERGIO AUGUSTO SÁNCHEZ MURILLO

Nació en Bucaramanga, Santander, en 1984. Educado por padres jesuitas, militares y hermanos Isallistas. Comunicador social *Magna Cum Laude* de la Universidad Autónoma de Bucaramanga (UNAB). En 2007 obtuvo el primer lugar en el XX Concurso Nacional Universitario de Cuento Corto de la Universidad Externado de Colombia. Varios de sus cuentos han sido publicados en el diario *Vanguardia Liberal*. Comenzó a asistir al taller de Relata-UIS a partir de 2012.

MICHAEL ANDRÉS CABRERA CALDERÓN

Nació en Neiva, Huila, el 20 de mayo de 1984. Estudió en el colegio INEM “Julían Motta Salas”. Inició estudios de Humanidades y Lengua Castellana en la Universidad Surcolombiana. En el año 2011 publicó los cuentos “Las palabras mágicas” y “Las pastillas que todo lo paran” en el libro *Fugas de tinta 3*. Forma parte del taller de escritura “José Eustasio Rivera”, de Neiva, Huila, dirigido por Betuel Bonilla Rojas, adscrito a Relata.

MÓNICA PAOLA SIABATO BENAVIDES

Nació el 9 de julio de 1983 en Santa Rosa de Viterbo (Boyacá). Es abogada, con una formación de valores críticos respecto a su entorno. Desde temprana edad su oasis fue la lectura, que con el tiempo se tradujo en una necesidad imparable de contar el mundo. Desde febrero de 2012 participa en los talleres de la Red de Escritura Creativa - Relata del Ministerio de Cultura, en la ciudad de Armenia. Colaboradora habitual de la revista literaria *Monolito*, de México.

ANDRÉS RODRIGO LÓPEZ-MARTÍNEZ

Nació en 1990 en Fusagasugá, Cundinamarca. Es estudiante de Licenciatura en Ciencias Sociales de la Universidad de Cundinamarca. Su primer cuento publicado es el que encuentra el lector en esta antología. Forma parte del taller Relata “Manuel María Aya Díaz”, Fusagasugá, desde el 2012.

ÁLVARO MÉNDEZ PÉREZ

Autor del cuento “Mátame de pasión” publicado en esta antología. Perteneció al taller “Palabras fugaces” de Honda, Tolima, que forma parte de Relata.

OVER DE JESÚS CÓRDOBA RENTERÍA

Nació en 1987 en Bagadó, Chocó. Estudia Lingüística y Literatura en la Universidad Tecnológica Diego Luis Córdoba. Compositor de canciones, poemas y cuentos: “Amiga mía” (canción) “Pesadumbre” y “Cordura descabellada” (poesía) “La pluma”, “El chaval y sus caídas ilusiones” (cuento), aún inéditos. Forma parte del taller Relata-UIS, Quibdó, Chocó, desde 2011.

CARLOS WILFRIDO NEME MONRROY

Nació en Arauca, Arauca, en 1997. Estudiante de grado Décimo. Ganador del concurso de cuento *Sueños de Corocoras* en el año 2010 y del Concurso *El agua y la seguridad alimentaria* en el 2012. Segundo lugar en el Concurso Municipal de Ortografía, Letra y Redacción, año 2006. Primer lugar en el mismo concurso, año 2007. Semifinalista del VI Concurso Nacional de Cuento RCN y Ministerio de Educación Nacional, 2012. Forma parte del taller de escritura creativa “Arauca lee, escribe y cuenta”, adscrito a Relata.

BLANCA LIGIA SUÁREZ OCHOA

Hija del llano y la selva, 1959. Especialista en Gerencia Social, integrante del taller permanente de escritores “Guaviari”; coautora de las publicaciones: *San José del Guaviare capital de la esperanza* (2004), *Guaviari raudal de cuentos* (2006), *Suiya - cartilla* (2007), *Suaya - cartilla*, (2010), *Llegué para quedarme* (crónicas, 2010), y de las Antologías de talleres de Escritura Renata - Relata (2008, 2010 y 2011).

CARLOS BARROS

Nació en Fundación, Magdalena, a principios de los años ochenta. Se trasladó a Barranquilla, donde permaneció por varios años antes de radicarse en Bogotá D.C. Estudió Artes Audiovisuales en la EDA (Escuela Distrital de Arte de Barranquilla). Actualmente prepara su libro de cuentos *El ocaso de Trino Zepeda*.

JAVIER ROSERO CALDERÓN

Autor del cuento “Carta jugada” publicado en esta antología. Pertenece al taller “José Pabón Cajiao” de Samaniego, Nariño, adscrito a Relata.

ALEJANDRA TENCHI LUGO

Nació en Lórica, Córdoba, en 1992. Estudia Química en la Universidad de Córdoba. Se ha destacado en la creación de cuentos y poemas, los cuales han sido presentados en importantes recitales organizados por la universidad de la que hace parte. Integrante del taller literario “Manuel Zapata Olivella”, adscrito a Relata.

CECILIA PEDROZA BELLO

Nació en 1986. Tiene un gusto extraño por la literatura, después de tomar la Enfermería como profesión, que la llevó a pertenecer al taller “Páginas de agua”, Relata, Sincelejo, su ciudad natal.

RITA SALAMANCA

Rita es una mujer polifacética y autodidacta que ha incursionado en el diseño, el arte y ahora en la escritura. Lectora incansable, ama los árboles y los animales. Vive en Providencia isla y asiste al taller Relata del lugar.

ALEJANDRA PACHECO ESTUPIÑÁN

Nació en Madrid, Cundinamarca, en 1985. Estudió Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana en la Universidad Distrital de Bogotá y la especialización en Creación Narrativa en la Universidad Central. En el año 2008 publicó el poema “Alma resuelta” en la revista *Gavia* de la Universidad Distrital. Es autora de diversos textos escolares de promoción de la lectura y en la actualidad forma parte del taller de escritura “Árbol nómada” de Pasto, adscrito a Relata.

CARLOS ANDRÉS LÓPEZ FRANCO

Nació en Bogotá D.C. en 1987. Escritor, fotógrafo y arquitecto. Con estudios en la Universidad Nacional de Colombia y la Universidad Jorge Tadeo Lozano. Colaborador de revistas como *Metronomo* y *Cinépata* de Chile. Participante del Encuentro de Escritores “Fuerza de la Palabra” en 2009 y 2010. Autor de la novela inédita *Historia en blanco* y del blog *Acerca de la vida y su curiosa insolencia*. Forma parte del taller de novela Ciudad de Bogotá.

JOSÉ ANDRÉS ARDILA ACEVEDO

Nació en Chigorodó, Antioquia, en 1985. Estudia Periodismo en la Universidad de Antioquia. Forma parte del taller de escritura de la Universidad de Antioquia, adscrito a Relata.

LEONARDO FABIO ARIAS ARIAS

Nació en Salamina, Caldas, en 1984. Caricaturista por pasión y escritor por obstinación. Colaborador regular de la revista universitaria *El Clavo*. Hizo parte en 2011 de la antología de cuentos de terror *Pasos en el ático*. Perteneció al taller literario “Écheme el cuento”, de Relata Cali, desde 2011.

SANDRA PATRICIA PALACIOS ROJAS

Nació el 23 de diciembre de 1969. Aprendiz de escritora. Mujer ávida de herramientas y conocimientos que le permitan plasmar en palabras el raudal de ideas y sentimientos que habitan su cabeza y su corazón. Odontóloga de la Universidad Javeriana, especializada en Estética Dental en la Universidad de Nueva York. Asistente al taller de la Universidad Santiago, dirigido por Harold Kremer, en la ciudad de Cali.

HILDA ISABEL LUBO GUTIÉRREZ

Nació en Riohacha, Guajira. Estudió Arquitectura en la Corporación Universitaria de la Costa en Barranquilla. Ha publicado los cuentos: “El patio de mi casa” (2008); “Últimos instantes” (2009); “El laberinto de Ícaro” (2010); “El cadáver”, “Bilocación en el espejo con el yo” y “Otro día para los olvidados” (2011). Forma parte del taller Relata Guajira “Cantos de Juyá”, Riohacha, desde el 2008.

Poesía

CARLOS MOISÉS VALVERDE NALLAR

Nació en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, en 1984. Vive en Colombia hace seis meses. En Bolivia trabaja como productor audiovisual y director de programas de televisión. Ha publicado historias de migrantes y artículos de opinión en la revista boliviana *Zupremacia*. Participó en una campaña audiovisual apoyando la donación de órganos con la cual se salvaron más de veinte vidas. Pertenece al taller de escritores “Urabá escribe” de Apartadó.

LUCY ESTHER LÓPEZ PANZA

Nació en Valledupar, Cesar, en 1985. Estudiante de Licenciatura en Lengua Castellana e Inglés en la Universidad Popular del Cesar. Forma parte del grupo cultural “Raúl Gómez Jattin” y es miembro del taller “José Manuel Arango” Relata-Valledupar, desde el 2010. En el 2011 recibió mención especial en el VI Concurso Departamental de Cuento Corto de la Biblioteca Rafael Carrillo Luquez.

FELIPE GARCÍA QUINTERO

Nació en Bolívar, Cauca, en 1973. Docente de la Universidad del Cauca. Es autor de libros de poesía: *Vida de nadie* (1999), *Piedra vacía* (2001), *La herida del comienzo* (2005), *Mirar el aire* (2009) y *Siega* (2011). De ensayo: *La vastedad inconclusa* (2000), *Crítica cultural de la pintura “Apoteosis de Popayán”* (2003), *El cerco. Poéticas del lenguaje en la poesía moderna* (2005) y *La ciudad de Dios. El estatuto colonial contemporáneo en Popayán* (2009). Y del libro de viaje por México *Diario sucio*. Integra el taller Relata de Popayán.

YOVANY A. PIEDRAHITA CARDONA

Nació en 1986 en Ciudad Bolívar, Antioquia. Estudiante de Tecnología en Gestión Profesional y Producción Creativa para las Artes Visuales en la Escuela Superior Tecnológica de Artes Débora Arango. Ha pertenecido a diferentes grupos literarios; actualmente hace parte de “Triáde literario” adscrito a Relata.

ALEXANDER NOREÑA AGUDELO

Es actualmente animador de lectura en Comfamiliar, Risaralda. Ha adelantado estudios en Ingeniería de Alimentos en la UNAD y el SENA. Fue reconocido como joven con espíritu intelectual por Comfamiliar (2010). Pertenece al colectivo cul-

tural “Mímesis” del municipio de La Virginia. Es director del grupo de teatro “La mordaza” y asistente permanente al taller de creación literaria “La poesía es un viaje”, del Banco de la República-Pereira.

MARÍA CECILIA MUÑOZ GALEANO

Nació en Medellín, Antioquia, en 1959. Estudió Comunicación Social en la Universidad de Antioquia. En el año 2005 publicó su primer libro de poemas, *Entregas*. Sus poemas han sido publicados en las antologías: *Piedraluna, poesía de mujeres* (Medellín, 2010); *Poetas en el equinoccio* (Risaralda, 2011); *Muestra de poesía de Medellín* (2011) y *Memoria literaria viva de Envigado* (2011). Forma parte del taller de escritura “Pluma encendida” de Envigado, adscrito a Relata.

Teatro

CARLOS ALBERTO MOLANO MONSALVE

Ganador del primer lugar de los Estímulos Relata 2012 del Ministerio de Cultura, en la categoría *Asistente a taller*, con la obra titulada “Con la espalda siempre recta”. Nació en 1971 en Manizales, Caldas. Es docente del departamento de Artes Escénicas de la Universidad de Caldas. Dirige “Éxodo Teatro” y el grupo de la Universidad Nacional. Finalista en 2007 en el Premio Nacional Colombo Francés con “Iré vestida de carmín”. Mención especial en 2009 en el Premio Nacional de Dramaturgia Contemporánea con “El trato”, incluida en 2010 en la Antología del Ministerio de Cultura *Primer llamado*. Perteneció a la Red Nacional de Dramaturgia, nodo Manizales, desde 2009.

EUGENIO GÓMEZ BORRERO

Licenciado en Arte Dramático de la Universidad del Valle con una especialización en Dramaturgia de la Universidad de Antioquia en convenio con Bellas Artes. Es realizador del documental *Entre Santos y Cucuruchos* y del cortometraje *Minuto a 300*. En 2010 recibió la Beca de Mincultura para desarrollo de guión cinematográfico infantil con *Canchimalo Guerrero Marimba*; en 2011, su obra teatral *Amangualdos, el fusilamiento de Manuel Saturio Valencia*, recibió la Beca Itinerancias Artísticas por Colombia. Se desempeña actualmente como docente de teatro en la Universidad del Valle, sede Pacífico.

TALLERES RELATA 2012



ANTIOQUIA

APARTADÓ

Taller “Urabá escribe”

Director: Mark Vender - markvender@yahoo.com.au

ENVIGADO

Taller “Pluma encendida”

Director: Edgar Albeiro Trejos Velásquez - plumaencendida@gmail.com

Taller de escritores “Mascaluna”

Director: César Augusto Herrera - revistamascaluna@hotmail.com

Taller de lectura y escritura creativa “Triáde poliartístico”

Director: Nelson Augusto Rivera Palacio - triade6@gmail.com

MEDELLÍN

Taller Biblioteca Pública Piloto

Director: Jairo Morales Henao - comunicaciones@bibliotecapiloto.gov.co

Taller de escritura Universidad de Antioquia

Director: Luis Fernando Macías - luisfmacias@une.net.co

ARAUCA

ARAUCA

“Arauca lee, escribe y cuenta”

Director: Nelson Pérez - llanenero@hotmail.com

ATLÁNTICO

BARRANQUILLA

Taller “Maskeletras”

Director: Álvaro García Burgos - alvaroramon.garciaburgos@gmail.com

Taller literario “José Félix Fuenmayor”

Director: Antonio Silvera - ansilar@hotmail.com

Taller “Caminantes creativos”

Directora: Luz Elena Arroyo Ruiz - larroyoruiz@yahoo.es

BOGOTÁ

Taller de cuento Ciudad de Bogotá

Director: Carlos Castillo Quintero - carjoscas@yahoo.es

Taller de crónica

Director: Cristian Valencia - cristianvalencia@yahoo.com

Taller de novela

Director: Pedro Badrán - pbadran@gmail.com

Taller “Los impresentables”

Director: Rodolfo Ramírez Soto - tallerlosimpresentables@gmail.com

Taller de poesía Universidad Pedagógica Nacional

Director: Rafael del Castillo - direccion@poesiabogota.org

BOLÍVAR

CARTAGENA

Taller permanente de escritura creativa

Director: David Lara - david28lara@gmail.com

CALDAS

MANIZALES

Taller permanente de escritura dramática

Directora: Liliana Hurtado Sáenz - lilihur51@hotmail.com

CAQUETÁ

FLORENCIA

Taller “Maniguaje”

Director: Hermínsul Jiménez Mahecha - herjima@hotmail.com

SAN VICENTE DEL CAGUÁN

Taller “Cómale cuento al cuento”

Directora: Hermana Reina Amparo Restrepo G. -hermanareina2009@hotmail.com

CAUCA

POPAYÁN

Taller permanente de formación literaria

Directora: Hilda Pardo - hildapardo1@hotmail.com

CESAR

VALLEDUPAR

Taller “José Manuel Arango”

Director: Luis Alberto Murgas - murgasguerra4@gmail.com

PELAYA

Taller “La voz propia”

Director: Eguis Palma Esquivel - lavozpropia@gmail.com

CHOCÓ

QUIBDÓ

Taller Relata

Director: Fabio Asprilla - fabioasprilla@hotmail.com

CÓRDOBA

CERETÉ

Taller literario “Raúl Gómez Jattin”

Director: Ignacio Efraín Izquierdo Ayala - nacho-efrain@hotmail.com

MONTERÍA

Taller “Grupo de literatura Manuel Zapata Olivella”

Directora: Irina Alejandra Henríquez Vergara - cineciego@gmail.com

CUNDINAMARCA

EL COLEGIO

Taller “Mesitas para escribir”

Director: Víctor Manuel Mejía Ángel - mejiavm@gmail.com

FUNZA

Taller “Funza para contar”

Director: Víctor Manuel Mejía Ángel - funzaparacontar2010@gmail.com

FUSAGASUGÁ

Taller “Manuel María Aya Díaz”

Director: Hellman Giovanni Pardo López - ingellman@yahoo.es; hellmanpardo@hotmail.com

GUAJIRA

RIOHACHA

Taller “Cantos de Juyá”

Director: Víctor Bravo Mendoza - vibram2@hotmail.com

GUAVIARE

SAN JOSÉ DEL GUAVIARE

Taller del Guavire

Director: Edwin Tobón González - edwinton51@hotmail.com

HUILA

NEIVA

Taller “José Eustasio Rivera”

Director: Betuel Bonilla Rojas - tanta1080@hotmail.com

MAGDALENA

SANTA MARTA

Taller “Taliun”

Director: Gustavo Hermógenes Arrieta López - taliun2@unimagdalena.edu.co

META

VILLAVICENCIO

Taller de escritores “Entreletras”

Director: Nayib Donald Camacho Oviedo - nayigula@hotmail.com

NARIÑO

PASTO

Taller “ÁrboI nómada”

Directora: Alejandra Pacheco Estupiñán - alejandrarp2010@gmail.com

SAMANIEGO

Taller “José Pabón Cajiao”

Director: Carlos David Perugache Patiño - bibliotecacocuyos@hotmail.com

NORTE DE SANTANDER

CÚCUTA

Taller Relata-Cúcuta

Director: Manuel Iván Urbina - manuelivanurbina@hotmail.com

PAMPLONA

Taller “Rayuela”

Directora: Johanna Marcela Rozo Enciso - mujerdeniebla29@yahoo.es

QUINDÍO

ARMENIA

Taller de escritura creativa Relata Quindío

Director: Carlos Fernando Gutiérrez - letradelcafe@yahoo.com

RISARALDA

PEREIRA

Taller “La poesía es un viaje”

Director: Giovanni Gómez - ggomez@camarapereira.org.co

Taller “Caza de las palabras”

Director: John Jairo Carvajal Bernal - nithael_21@hotmail.com

SAN ANDRÉS Y PROVIDENCIA

PROVIDENCIA

Taller Relata Providencia Isla

Director: John Taylor - johnnytay@hotmail.com

SANTANDER

BARRANCABERMEJA

Taller “Letra”

Director: Uriel Navarro - catalejo.libre84@hotmail.com

BUCARAMANGA

Taller “Bucaramanga lee, escribe y cuenta”

Directora: Laura Margarita Medina Murillo - ojosdemar05@gmail.com

Taller de literatura Relata-UIS

Director: John Freddy Galindo - kurosawa20@hotmail.com

SUCRE

COROZAL

Taller “Laberinto”

Directora: María Alejandra García M. - metzwey@yahoo.es

MORROA

Taller “Lenguaje del telar”

Directora: Ana Carolina Osorio - ancaosca@yahoo.com

SINCELEJO

Taller “Páginas de agua”

Directora: María Alejandra García M. - metzwey@yahoo.es

TOLIMA

HONDA

Taller “Palabras fugaces”

Director: Hugo Fernando Bahamón - palabrasfugacestaller@gmail.com

IBAGUÉ

Taller “Escribarte” Ibagué

Director: Hugo Fernando Bahamón - troyano.986@gmail.com

Taller “Liberatura” Ibagué

Directora: Martha Fajardo Valbuena - miballeta@hotmail.com

VALLE

BUENAVENTURA

Taller “Arte y letras”

Director: Alfredo Vanín - tahurdemar@yahoo.com

CALI

Taller “Écheme el cuento”

Director: Alberto Rodríguez - casalectura@yahoo.com

Taller Biblioteca Universidad Santiago de Cali

Director: Harold Kremer Martínez - kremerharold@yahoo.es

Taller “El cuento de contar”

Director: José Zuleta Ortiz - josezuletaortiz@gmail.com

Taller Relata Comfandi

Director: Julio César Londoño - jclondonos@gmail.com

Taller “Palabra mayor”

Director: Alberto Rodríguez - casalectura@yahoo.com

Nota bibliográfica

En la presente antología aparecen publicados los textos ganadores de los Estímulos Relata 2012 del Ministerio de Cultura.

CUENTO:

Primer lugar, en la categoría *Asistente a taller*, al cuento titulado “Un par de huevos” de Claudia Lama Andonic, del taller “José Félix Fuenmayor”, de Barranquilla.

Segundo lugar, en la categoría *Asistente a taller*, al cuento titulado “Final de ruta” de Leonardo José Berdella Guzmán, del taller “Raúl Gómez Jattin”, de Cereté.

Tercer lugar, en la categoría *Asistente a taller*, al relato titulado “A las seis” de Frank Mauricio Durán, del taller “Liberatura”, de Ibagué.

TEATRO:

Primer lugar, en la categoría *Asistente a taller*, a la obra titulada “Con la espalda siempre recta” de Carlos Alberto Molano Monsalve, del taller permanente de escritura dramática de Manizales.

Este libro de la Red de Escritura -Relata-,
se terminó de imprimir en noviembre de 2012,
en Medellín, Colombia.